

ÁNGELES DOÑATE

El
ÚLTIMO



VAGÓN

Umbriel

ÁNGELES DOÑATE

EL ÚLTIMO VAGÓN

Dedicatoria

A Jaume P., maestro, que murió con las botas puestas acompañando a *los nadies* en fronteras lejanas y, a la vez, cercanas. A Jaume P., amigo, por regalarme esta historia y un país que ya son nuestros.

A todos los educadores y educadoras que corren por mi árbol genealógico.

A todas las maestras y maestros que defienden la esperanza con lápices de colores.

Sentencias de papel

Las manos crispadas de Hugo Valenzuela esperaban una orden.

Solo una, simple y directa: «Ciérrala».

Pero su cerebro era incapaz de dársela.

«¿Qué broma es esta?», le había espetado a su secretaria cuando le había entregado la carpeta verde.

—Escuela Pública Artículo 123. Expediente de cierre. Pendiente de revisión —leyó ella algo nerviosa.

—Me alegra descubrir que sabe usted leer con fluidez —murmuró lo suficientemente alto para que pudiera oírle—. ¿Desde cuándo un inspector jefe de la Dirección General de Educación se ocupa de algo así? Parece usted novata.

Carolina, a punto de jubilarse, se lamentó de su suerte.

Hugo era un jefe duro y exigente, un adicto al trabajo que la obligaba a hacer horas extras incluso en domingo, pero siempre se había mostrado educado. Estaba preparado y, según decían en los despachos de la planta de los jefes, era un profesional con un futuro prometedor que trabajaba duro. Por eso, a pesar de que era mucho más joven que ella, siempre lo había respetado y admirado.

¿Estaría a punto de perder esas virtudes?

—La secretaria del director general me la ha entregado porque quiere que nuestra sección se ocupe de este expediente —pareció dudar la mujer ante la mirada interrogante—. Dice que es un caso especial. Son solo treinta alumnos y el maestro debería jubilarse, pero se resiste para evitar el cierre de la escuela. El director general cree que es el momento adecuado para tomar una decisión definitiva.

El inspector jefe dio un manotazo en el aire, tratando de apartar las palabras que salían de la boca de su asistente.

—Pues dele el expediente a Martínez o a Pascual. Los técnicos son los que se ocupan de estos temas. ¿Necesito recordárselo? Que lo estudien y me comenten lo

que sea antes de tomar «una decisión definitiva» —ironizó.

Volvió a concentrarse en sus papeles, dando por zanjada la discusión y esperando que ella desapareciera por la puerta.

—A Martínez lo han intervenido esta mañana de urgencias a causa de una peritonitis, y le recuerdo que Pascual está de permiso en Estados Unidos. Se casaba su hija y... —se excusó Carolina, sin moverse un centímetro.

Hugo bufó.

Estaba claro que, a un par de meses de sus vacaciones de primavera, le había caído un regalo que no podía devolver. «¡Con todos los expedientes abiertos que están a punto de comérsame!», se quejó para sus adentros.

Recordó su tabla de surf y los billetes de avión que lo llevarían tras la gran ola. Se dijo que tendría que tomar una decisión «más que rápida, supersónica» sobre la Escuela Pública Artículo 123. «¡Qué nombre tan ridículo! Solo por eso ya merece ser cerrada», pensó mientras alargaba la mano y recogía el expediente.

Tres horas después, la luz de su despacho era la única que continuaba encendida en la Dirección General.

De pie y frente al gran ventanal, Hugo Valenzuela contemplaba su propia imagen reflejada. Perdido en sus pensamientos, ignoró a la luna llena, que se le ofrecía como una confidente discreta.

A sus pies, veinte pisos más abajo, una procesión de coches avanzaba por la avenida Central. El sonido de los bocinazos y las frenadas le recordó que era viernes y que los conductores estaban dispuestos a jugarse sus cervicales por llegar a casa cuanto antes. No compartía ese anhelo. En dieciocho años de carrera nunca había tenido prisa por volver a su apartamento, donde le esperaban su equipo de música de alta tecnología y una biblioteca que eran la envidia de muchos amigos.

A su espalda, sobre la mesa de caoba, yacía abierto en canal el expediente enfermo de la Escuela Artículo 123. De la carpeta habían escapado gráficas de población, estudios de rentabilidad, un par de cartas firmadas por el director de la escuela y la comunidad de vecinos, decenas de dibujos de jóvenes artistas. Incluso varias redacciones escolares habían ocupado el espacio destinado a su portátil, algunas de ellas realmente emotivas.

Nadie se resignaba a la desaparición de la escuela.

Sin embargo, ninguno de esos documentos había impresionado al inspector jefe, acostumbrado a tomar decisiones poco populares sin que le temblara el pulso. Había sido una inocente foto la que había hecho diana en sus sentimientos, inquietándolo.

Unas pequeñas manchas ocre empezaban a comerse sus esquinas, pero en el centro se distinguía perfectamente un vagón de madera, en el que alguien había pintado una y mil veces «Malinalli Tenepatl». Debajo, y con una caligrafía más torpe, otra mano había añadido «Escuela Artículo 123». En la puerta, un adulto y un pequeño grupo de mocosos de diferentes edades sonreían como si adivinaran la trascendencia que tendría ese momento muchos años después. «Como si supieran que, algún día y en un despacho, juntos podrían detener el cierre de su escuela», reflexionó sorprendido.

Sus caras compartían el color de los que pasan la vida expuestos al sol, a la lluvia y al viento. Unos iban descalzos, otros llevaban ropas que, de tan usadas, parecían invisibles, y algunos escondían sus manos, conscientes de su vejez anticipada. El trabajo duro las había agrietado. En primera fila, un perro feo y despeluchado, de espaldas al fotógrafo, parecía dirigir aquel coro mudo.

Por detrás, alguien había escrito «Campos Verdes, 1971».

Hugo Valenzuela no estaba acostumbrado a que la duda le corroyera. Una cosa era enfrentarse a porcentajes y otra muy diferente, a las caras ilusionadas de sus posibles víctimas.

Salió del despacho sin volver la vista atrás.

—Ya sé que espera que tome una decisión lo antes posible, pero... —le dijo a un invisible jefe.

«La decisión», murmuró sabiendo que lo único que se esperaba de él, el más implacable de todos los funcionarios de la Secretaría, era que justificara con un buen informe cargado de razones el cierre de aquella escuela.

Mientras, a cientos de kilómetros y en una estación abandonada de tren, un viejo maestro recogía los cuadernos que sus alumnos habían dejado tirados. Con mimo, acariciaba cada uno de ellos como un tesoro preciado.

Los rayos de la misma luna, que se colaban a través de los barrotes del pequeño ventanuco del vagón, seguían sus pasos vacilantes, dotándolos de luz.

Don Ernesto, al igual que Hugo Valenzuela, también la ignoró, perdido en una oscuridad amable y suave, donde solo reinaba el olor a azahar de su infancia y el sonido de las risas de los alumnos de toda una vida.

«No era más que un zorro semejante a cien mil otros.

Pero yo lo hice mi amigo y ahora es único en el mundo».

Antoine de Saint-Exupéry

—¿Estará muerto? —preguntó Chico.

Tuerto y Valeria se encogieron de hombros.

—¿Tú qué crees, Ikal? —insistió Chico.

El golpe de su voz me sorprendió más que el cuerpo desmadejado que habíamos encontrado tirado al borde del camino.

Chico era el mayor de todos.

Tenía catorce años y unos brazos fuertes, acostumbrados a trabajar en el campo. Fumaba y, de vez en cuando, bebía. Eso, y un carácter explosivo, lo habían convertido en el jefe sin la más mínima discusión.

Yo era el más pequeño en todos los sentidos. Tenía once años, unas piernas como alambres y una voz que se resistía a cambiar. Nunca había fumado y estaba seguro de que hacerlo me mataría. No serían ni la nicotina ni el alquitrán: serían la escoba de mi madre o el cinturón de mi padre. Eso me convertía en la mascota del grupo o incluso en la pulga de la mascota. También sin discusión.

¿Por qué Chico se dirigía a mí?

Tres pares de ojos se posaron en mi cara.

¿Era una prueba?

Sentí que me estaba jugando algo, no sabía el qué, pero algo importante.

No podía fallarles. No podía fallarme.

Me mordí los labios con fuerza y me acerqué hasta aquel hombre.

Lo observé como a uno de mis gusanos, uno de los que guardaba en la caja

de cartón. Como ellos, era de color gris. Sus ojos estaban abiertos, clavados en algún planeta.

Chico y Tuerto le habían escupido, le habían insultado. No se había movido. O dormía muy profundamente o, efectivamente, tanto le daba ya lo que hiciéramos con él.

A su lado descansaba un bastón.

Lo cogí y, despacio, rocé el cuerpo.

Siguió quieto y eso me animó a golpearlo con más fuerza.

Y entonces pasó lo que pasó.

Entre la maleza, apareció un pequeño perro ladrando con rabia.

Avanzaba despacio pero sin dudar.

Chico, Valeria y Tuerto salieron corriendo.

El perro y yo nos quedamos mirándonos, separados por el cadáver.

No podía moverme. Mis piernas no me obedecían.

Allí estábamos: un niño mestizo agarrado al bastón, y aquel chucho sucio y mil leches agarrado a su ira, sin que ninguno de los dos tuviéramos muy claro qué hacer. ¿Perseguir a los tres amigos que corrían? ¿Atacarme? ¿Lanzar el bastón? ¿Seguir ladrando? ¿Gritar? ¿Desaparecer de nuevo entre los matorrales?

El tiempo pesaba.

De repente, el animal hizo algo que no me esperaba, algo sin importancia que uniría nuestros destinos para siempre.

Bajó la cabeza.

Miró al borracho apestoso, con la ropa llena de vómitos y un solo zapato.

Gimió con tanto dolor que mis ojos estallaron en lágrimas.

El bastón cayó de mis manos.

Hasta yo, la pulga de la mascota, entendí aquella pena tan grande.

Empezó a lamer la cara del que había sido su amo.

Me puse de rodillas a su lado y él me lo permitió. Por un instante me miró y, aunque nadie me creyera después, yo sé que me sonrió al ver cómo lloraba con él.

Así nos quedamos, uno al lado del otro y en silencio, contemplando al muerto, conscientes de que aquel momento y aquel camino eran la frontera entre el antes y el después.

Nada volvería a ser igual.

Él se había quedado sin su vagabundo y sus tiempos de camino. Y yo, el hijo único de un ferroviario, había visto mi primer cadáver y había sido aceptado en una pandilla por un acto de valentía involuntaria.

Pero sobre todas las cosas importantes de aquel día y de los siguientes, yo, Ikal, y él, que aún no se llamaba Quetzal, habíamos encontrado al mejor de los amigos que jamás tendríamos.

Nos habíamos encontrado.

«Yo no soy un maestro: solo un compañero de viaje al cual has preguntado el camino. Yo te señalé más allá, más allá de mí y de ti mismo».

George Bernard Shaw

—Puede quedarse en la escuela —terció don Ernesto.

Mi padre lo miró incrédulo.

La solución no podía ser tan simple.

Llevábamos más de una hora discutiendo y eso, para él, un indio de pocas palabras, era una eternidad.

—Y no se preocupe, Tomás, no le cobraré una parte proporcional de la escolaridad —sonrió el maestro—. El perro puede dormir a la puerta del vagón y defender la escuela de los ladrones. Si hace mucho frío —añadió mirándome a mí —, lo dejaré entrar y protegerse bajo los pupitres. Durante las horas de clase, no podrá estar allí. Sé que es más inteligente y tiene más ganas de aprender que alguno de mis alumnos, pero no sé qué pensaría el inspector...

Mi madre sonrió agradecida. Hacía rato que había servido el arroz y por culpa de nuestra discusión se había quedado frío y apelmazado en los platos. Observó cómo mi padre cabeceaba, señal de que le parecía un buen trato. Por fin podríamos cenar.

—Pero óyeme bien, jovencito, tú te ocupas de darle de comer, de tenerlo limpio y sin pulgas —indicó mientras le hacía una señal al perro para que le siguiera—. Quetzal pasa a formar parte de la escuela Malinalli Tenepatl y ya sabes que soy muy estricto con las normas.

Quetzal movió la cola, mirándome. Yo asentí y, sin dudar, se fue con el maestro.

Mi perro era muy listo: sabía quién era un humano de fiar solo con olerlo.

Don Ernesto olía todo el año a azahar porque, decía, había crecido en una casa con un jardín lleno de naranjos. A mí siempre me han gustado mucho las naranjas, pero no era por eso por lo que me caía bien el maestro.

Creo que era porque siempre tenía tiempo.

Mi padre y los padres de mis amigos trabajaban muchas horas así que apenas podían jugar con nosotros. El mío y el de Tuerto ponían raíles. En la familia de Chico eran temporeros: desde el hermano pequeño hasta el abuelo; recogían manzanas, algodón o lo que se diera. Cada vez el patrón era diferente, pero mi amigo aseguraba que, al cabo de las temporadas, a él todos le parecían igual: gordos, de cara roja y con botas de *cowboy* de punta metálica. Lo sabía porque las había probado.

La familia de Valeria también era campesina, pero la chacra que trabajaban era suya. Eso marcaba una diferencia: «Tú te partes el espinazo por lo que es vuestro», le recriminaba Chico cada vez que ella explicaba entusiasmada cómo le gustaba sembrar el maíz o ayudar a su abuela a recoger la fruta para llevarla al mercado.

Así es que, si tenías un problema, o una duda, o... acudías a don Ernesto. Como el día que Chico, Tuerto, Valeria y yo encontramos el muerto. Ese día fue él quien vino hasta el borde del camino, quien llamó a la policía y al médico forense. Fue quien nos explicó que aquel hombre era un vagabundo, pero que no nos preocupáramos, que el cura lo enterraría igualmente. Nos hizo rezar un minuto por él y luego, con suavidad, nos ayudó a olvidarlo. Pero sobre todas las cosas, él fue quien me permitió quedarme con Quetzal, porque supo ver el hilo que el destino había tejido entre nuestros dos corazones.

Don Ernesto era el único adulto que yo conocía capaz de intuir esas cosas.

Del mismo modo que aquella noche vio que yo nunca podría volver a pasar una velada tranquila si Quetzal no dormía seguro.

Mi sonrisa y yo nos quedamos mirando a mi maestro y a mi perro hasta que los perdimos de vista entre las sombras de aquel otoño.

Suspiré, reconciliado con mi peculiar universo: un conjunto de vagones de madera pintados de todos los colores imaginables en los que vivían más de cien trabajadores del ferrocarril y sus familias. Éramos nómadas: nuestra vida discurría de un lado a otro del país, reparando vías, construyendo estaciones, tendiendo postes de la electricidad. Quemábamos kilómetros, subidos en una ciudad ambulante. Ingenieros, electricistas, herreros, maquinistas, obreros sin cualificación viajaban de aquí para allá, construyendo y reconstruyendo el ferrocarril.

Si había suerte, como aquel año, nos asentábamos durante varios meses en un tramo de raíles. Las mujeres aprovechaban para adecentar sus hogares: los repintaban, añadían cortinas o cultivaban flores en el porche. Los niños paseábamos por las calles del pueblo cercano, hacíamos amigos y jugábamos al fútbol en alguna cancha de tierra. Algunos jóvenes, como explicaba mi padre riendo, se comportaban como marineros, y cuando al cabo de ocho meses el tren se volviera a poner en marcha, se largarían dejando un amor en cada estación.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

«¿Tendré que dejar a Quetzal aquí solo cuando nos marchemos? Juro que me escaparé con él si nos obligan a separarnos», prometí a una estrella fugaz que en ese momento rasgó mi noche como una certeza.

«La primera tarea de la educación es agitar la vida, pero dejarla libre para que se desarrolle».

Maria Montessori

—Los ríos de México son ochenta y cinco —dictó despacio don Ernesto.

Un coro descompasado de lápices rasgaba el papel.

Los de la primera fila escribían dudando de cada letra, mordiéndose los labios. Alzaban la cabeza buscando que el maestro les diera su conformidad y tropezaban con su sonrisa acogedora. Eran los enanos.

En la segunda y tercera fila estábamos los pelones. Cuando estábamos sentados en los pupitres nuestros pies ya tocaban el suelo, pero aún no habíamos dejado de ser niños. Escribíamos rápido, muy rápido, buscando la admiración de don Ernesto. Todos creíamos que si nos aprendíamos los nombres de esos ochenta y cinco ríos, llegaríamos a ser alguien. Yo soñaba con ser maestro como él y Tuerto con trabajar en una fábrica de trenes del norte.

Los de la última fila ya eran lo suficiente mayores como para no soñar. No llegarían a la universidad, no viajarían y trabajarían por un jornal. Entre estos estaban Valeria y Chico, el día que aparecía por el vagón.

Don Ernesto batallaba con nosotros con fuerza, día tras día.

—Valeria, ¿podrías recordarnos los cinco principales? —pidió el maestro.

Ella se levantó. Se dirigió hacia la pizarra.

Yo sacaba punta a mi lápiz. Pasó por mi lado y me rozó.

Sentí como si la corriente, una suave, me recorriera todo el brazo. Un olor a tierra mojada y hierba inundó mis pulmones.

Nunca me había pasado algo así.

Desconcertado, alcé la vista: tropecé con su melena oscura moviéndose al compás de su mano, que se afanaba en escribir los nombres que el maestro le había

pedido. Pensé que el movimiento de su cabello, las ondas que formaba sobre su espalda, me recordaba al de las aguas de esos ríos. Y allí me quedé atrapado, por minutos que parecían horas. Atrapado por días, por semanas. Por todos los meses que duró aquel curso.

Era bajita, tenía la piel oscura y unos ojos pequeños. Sus manos y sus pies, con grietas y cicatrices, la delataban: trabajaba en el campo desde niña. A diferencia de muchos otros, a ella aquello no le parecía una condena, sino una bendición.

Valeria no era guapa, pero era nuestra.

Sobre todo, era de Chico.

Él la había elegido y ella, a su manera, se había dejado elegir sin darle importancia. De él era el privilegio de pasar a buscarla por su casa y de acompañarla de vuelta cuando caía la noche. Solo a ella le consultaba sus ideas. La escuchaba y le importaba su aprobación, aunque nunca se lo hubiera reconocido ni a sí mismo. Con nosotros, simplemente las compartía. Se daba por sentado que nos parecerían buenas. O dignas de admiración. Él estaba convencido de que lo seguiríamos hasta el mismo infinito.

Y así había sido durante aquellos últimos meses de la infancia.

Valeria era de Chico, incluso aunque ella no lo supiera.

Hasta aquel día de los ríos, a mí no me había importado. A partir de entonces, me dolería un poquito a cada rato.

Pero eso aún no lo sabía cuando la voz de don Ernesto me devolvió a la tierra:

—Creo que su compañero Ikal navega ahora mismo por uno de esos ríos — calló un segundo antes de añadir sin ser consciente de lo que decía—: O eso, o se nos ha enamorado.

Me desordenó el pelo mientras me ofrecía la tiza.

Los compañeros reían.

Estaba tan perdido en mis pensamientos que no me había dado cuenta de

que Valeria había vuelto a su silla en la última fila y que el maestro me había llamado para sustituirla en la pizarra.

Allí, con los ojos perdidos en el inescrutable encerado, descubrí que para mí el primer amor tenía la forma de un río negro de cabello.

Entre la espada y la pared

Hugo Valenzuela se enfrentó a aquel lunes con un nudo en el estómago y tres cafés muy cargados.

Hacía años que no le sucedía.

Presumía de nervios de acero. La práctica de deportes de riesgo le había ayudado a ejercitarlos. Sin embargo, el expediente de la Escuela Pública Artículo 123 había conseguido ablandárselos.

Las palabras de Limónex junto a la máquina del café aún le pusieron más nervioso. Todos sabían que era un correveidile del partido, encargado de hacer llegar de manera informal lo que la junta quería que se supiera.

—Te ha caído el expediente de la escuela vagón, ¿verdad? —inquirió el susodicho.

Hugo lo miró de frente. No le gustaba demasiado aquel tipo, pero tampoco era su estilo demostrar sus simpatías o antipatías. Y así le había ido siempre muy bien. No era momento de cambiar.

Su silencio animó al compañero, que lo confundió con interés:

—¡A esa historia deberían haberle dado carpetazo hace años! ¿No crees? —lanzó directo su dardo—. No digo que no fueran una buena idea cuando las crearon, pero representan a un país que ya no existe. Ya se sabe, gobiernos populistas que ganaban votos entre obreros, temporeros... se aprobaban leyes y proyectos solo para eso. Somos un país moderno que necesita escuelas a la altura de los retos que nos presenta este nuevo siglo. Esto es un lastre.

¿Existe ese país?, pensó Hugo, quien se cansaba de ver las extensiones de chabolas a lado y lado de la carretera cuando viajaba hacia el interior. «¿Quién creará que vive en esas casas de uralita? ¿Millonarios con sed de aventura?». Estuvo a punto de reírse, pero consiguió mantener a raya su propia ironía.

—No sé, Limónex. No hago ese tipo de valoraciones. Ya sabes que lo mío son los números, balances, variables —dijo seco mientras removía café con su cucharilla—. Mi trabajo se resume en un pregunta: ¿es o no rentable?

—Y muy bien que lo haces —sonrió—. Y verás que llegaremos a la misma conclusión. Solo queda un vagón escuela de los cientos que cruzaban el país. Ni siquiera se mueve ya, aparcado en una estación abandonada. Treinta alumnos y un maestro anciano. Convendrás que lo mejor es aprovechar para cerrar este proyecto que ya fue. La jubilación del hombre será el momento perfecto. ¿Qué maestro joven y con ganas va a querer enclaustrarse allí?

«Allí» era en la estación Delicias, abandonada en medio de un poblado de casas bajas y calles de tierra que vivió tiempos de gloria que ni siquiera los libros de historia recordaban.

—Las escuelas vagón responden al artículo 123 de la Ley de los derechos del trabajador. No sé yo si... —respondió Hugo sin convicción.

Conocía bien esa ley: sobre ella había hecho su trabajo final de carrera. Recordó el momento en que lo defendió: su madre, orgullosa, estaba entre el público. Para ella, aquel momento daba sentido a toda una vida de sacrificios.

Fue la última vez que vio esa mirada brillante. En unos meses se había apagado para siempre. Y al hacerlo, había dejado solo a un Hugo aún demasiado joven para recordar quién era o intuir quién quería ser.

—¡Una ley que se aprobó en la década de los treinta del siglo pasado! —le cortó su interlocutor—. Lo que te decía... todo eso ya pasó. De hecho, lo que se espera es que, con este primer gesto, poco a poco, vayamos desmontándola, ¿entiendes? Necesitamos leyes nuevas para un país nuevo.

El inspector jefe sonrió con un gesto torcido, que tanto podía significar sí como no. «Así es que de esto va en realidad el expediente Escuela Pública Artículo 123. La escuela es solo la punta del iceberg», pensó.

Limónnez le dio una palmadita en el hombro antes de desaparecer, convencido de que, una vez más, había cumplido con su misión.

A Hugo Valenzuela la política no le había tentado hasta que, hacía menos de un año, la manzana había llegado en forma de comisión para la elaboración de la nueva Ley de educación pública. Le ofrecían formar parte como técnico independiente. No le pedían afiliación al partido: todos sabían que iba por libre y se lo respetaban.

Algo que le había parecido un horizonte imposible para alguien como él,

hijo de una madre viuda y que había estudiado a golpe de beca, se presentaba a su alcance. Sin padrinos, sin dinero y solo con su inteligencia y su esfuerzo, un simple licenciado en Educación se había convertido en inspector jefe. Sabía que era un buen profesional y que estaba capacitado para su trabajo. Había renunciado a tener familia y conservaba pocos amigos, a los que veía de vez en cuando. El trabajo era el centro de su existencia. Pero también hacía años que la vida le había enseñado que llegaba un momento en que todo eso no era suficiente. Siempre pensó que a los cuarenta habría alcanzado la cota máxima de su desarrollo profesional.

Y entonces, desde el partido, le hicieron una llamada que le amplió esa cota.

«Desde la Comisión de verdad podría cambiar las cosas, mejorarlas», se repetía como un mantra. Y no le importaba reconocer que desde allí sería mucho más fácil convertirse en autor de libros sobre educación, dictar clases en alguna universidad de prestigio o, quien sabe, si jugaba bien sus cartas, llegar a agregado de educación en algún consulado extranjero.

Su sueño hecho realidad.

Maldijo por enésima vez en las últimas setenta y dos horas la carpeta verde que, inocente, aguardaba sobre la mesa de su despacho.

La escuela Malinalli Tenepatl había llegado a poner en suspenso ese futuro.

Él siempre tomaba la decisión correcta. Tenía un expediente intacto en el que la ética y la rentabilidad iban de la mano. Y eso no era tan fácil.

¿Qué haría esta vez?

Sacó la foto en blanco y negro.

Miró con fuerza al maestro que sonreía: «Si usted fuera yo, ¿qué haría? ¿No tiene nada que decir?».

Entonces acarició con el dedo la cabeza del perro feúcho: «¿Quizás tú tengas un mejor consejo, viejo?».

No hay dos sin tres

—Soy licenciada en Pedagogía, por la Universidad Central. Durante los estudios, hice mis prácticas en un grupo de escuelas privadas como profesora. Cuando me licencié, me contrataron. Digamos que fue entonces cuando descubrí que me interesaba más la parte de administración.

—Digamos —soltó Hugo, algo impaciente mientras hacía girar su iPhone último modelo.

Rebeca Mejías no se dio por aludida. Desde su casi metro ochenta las cosas se veían de otra manera. Estaba acostumbrada a gustar a los hombres. Observó disimuladamente a su nuevo jefe. Le pareció atractivo.

Bajo aquel traje de corte impecable, se intuían unos músculos bien formados gracias a muchas horas de deporte. Sus movimientos eran elegantes y viriles.

Sonrió.

—Por eso decidí mudarme a New York para cursar un MBA en Columbia. Mi tesina final versó sobre modelos educativos sostenibles y rentables —tosió involuntariamente antes de añadir—: No hace falta que diga que hablo perfectamente inglés pero también domino el chino.

El silencio que se creó hizo temblar a Carolina. Esperaba la reacción de su jefe desde la tarde anterior, cuando el director general le había anunciado la nueva incorporación al equipo. «Con dos de tus hombres de baja y tantos proyectos sobre la mesa, necesitarás un refuerzo», le había comentado.

—He sido miembro del equipo nacional juvenil de bádminton y practico el tenis y el *running* —leyó Hugo de unos folios que tenía sobre su mesa—. En mi tiempo libre, me gusta leer, viajar y conocer gente de otros países.

El inspector alzó la vista y la clavó en la nueva ayudante.

—¿Podría contarnos algo que no hayamos ya leído en su currículum?

Rebeca no se achantó. Le mantuvo la mirada.

—Soy consciente de que tengo mucho que aprender, pero también de que he venido a uno de los mejores sitios para hacerlo. Me adapto rápido —calló un segundo antes de añadir—: Si me da una oportunidad, le demostraré que soy responsable, trabajadora y valiente.

Carolina tragó saliva.

A ella, esa chica vestida con un traje pantalón de marca la había impresionado. Sus aires de valquiria, tan rubia y con los ojos tan claros, jugaban a su favor. Pero también el buen currículum que tenía y la seguridad con la que se movía, hablaba y respiraba.

Estaba asistiendo a un duelo de titanes, pero sabía de sobra que Rebeca no tenía nada que hacer con Hugo Valenzuela a no ser que él decidiera ceder. Este era conocido en toda la Dirección General por su aplastante seguridad y confianza en sí mismo. «Aunque hay que reconocer que la chica tiene agallas», se dijo mientras observaba con el rabillo del ojo a su jefe.

—Sabes perfectamente que no depende de mí que estés aquí... o que dejes de estarlo —respondió el inspector jefe—. La oportunidad te la han dado otros.

—Pero depende de usted que la aproveche —respondió ella.

El silencio volvió a ocupar el despacho.

—Eso es cierto —sonrió satisfecho Hugo.

Carolina respiró aliviada cuando oyó cómo su jefe le pedía que guiara a su nueva compañera hasta la mesa que ocuparía y le facilitara algunos documentos para que empezara a ponerse al día.

Cuando las dos mujeres abandonaron el despacho, Hugo dio un último vistazo al currículum antes de guardarlo.

«Está preparada para el puesto. Hay que reconocer que, a sus treinta años, acredita formación y experiencia, personalidad... ¡y unas piernas bien largas!», pensó. Hugo Valenzuela no era inmune a la belleza femenina.

Aun así había algo que no le cuadraba.

Rebeca Mejías tenía méritos para ocupar un puesto en su departamento,

pero, por su experiencia, sabía que eso no siempre era decisivo.

¿Sería la amante o la hija de alguien? ¿Algún jefe le debería favores a su familia? Tendría que intentar sonsacarle algo a Limónéz para saber si tenía que andar con pies de plomo.

Tal vez algún enemigo de los que había ido dejando por el camino se la quería jugar: «Una chica guapa, segura de sí misma... no sería la primera vez que el futuro de alguien se ve truncado por un escándalo. Un buen titular en la prensa, un par de fotos indiscretas y... adiós Comisión. O peor aún, ¿la habrá puesto el partido para vigilarme? ¿Querrán investigarme antes de darme el puesto?», se preguntó mientras encendía el ordenador.

Si hubiera compartido sus dudas con su secretaria, la veterana Carolina le habría dado un diagnóstico sencillo y práctico: «Padece usted susceptibilidad extrema. ¿No puede aceptar las cosas buenas cuando vienen? Tenemos mucho trabajo y pocas manos. Alguien nos envía refuerzos».

Pero Hugo Valenzuela había llegado a inspector jefe buscándole siempre tres pies al gato.

«Sea lo que sea, ¡no hay dos sin tres! Mil proyectos y mi equipo de baja, un posible espía y... », se dijo mirando una vez más el expediente de cierre de la Escuela Artículo 123, que seguía amenazándolo desde un extremo de su mesa.

Los mundos de Hugo

—Es muy educada y amable —le explicó Carolina—. Pregunta mucho y trabaja aún más, con ilusión. Sabe qué se hace. ¡Está muy preparada!

Miró a su alrededor.

En aquel despacho, siempre estaba fuera de lugar.

Era como si Hugo Valenzuela pretendiera que nadie se sintiera cómodo en su pequeño reino. Ni él mismo. El espacio era funcional, luminoso y moderno. Incluso se podría decir que bonito. «Pero impersonal. Todo grita “estamos de paso”, no nos cojamos confianza», reflexionó.

Observó a su jefe que, ensimismado, golpeaba la mesa con los nudillos de la mano izquierda.

Después de trabajar más de diez años en su equipo, no podía decir de él nada más allá de lo obvio: no era muy alto pero sí delgado. Su piel tenía un precioso bronceado que parecía fruto más de la casualidad que del interés de su dueño por tenerlo. Tenía el pelo siempre cortado a la perfección y los ojos oscuros. «Sin duda su mejor parte», pensó al recordar cómo a través de ellos podía leer qué pasaba por la mente de su jefe. Cuando se enfadaba, se volvían más negros y parecían relampaguear; si algo le hacía gracia, brillaban, y si, como sucedía raras veces, estaba ausente, aparecían pequeñas motas de marrón más claro.

«Como ahora. ¿En qué estará pensando?», se preguntó.

Hacía quince minutos que le había pedido que entrara con la excusa de dictarle una carta para el delegado de Enseñanza del Departamento Sur. En realidad, lo único que había hecho era preguntarle por Rebeca.

Carolina tosió.

—¿Estás constipada? —sonrió él con el gesto torcido, mientras sacaba unos caramelos de su cajón.

«Ahí está, el inspector jefe de siempre», se dijo Carolina.

—Le estaba comentando que Rebeca...

—Es la empleada perfecta —le cortó él.

—Bueno, no sé, yo no ... —se empezó a poner nerviosa—. A mí me parece que...

—Pues eso es lo que le he preguntado: qué le parecía a usted —respondió el inspector jefe sin poder evitar un tono algo irónico del que se arrepintió rápidamente—. Me alegro de que se entiendan. Tenemos mucho que hacer en los próximos meses.

Añadió muy serio:

—Carolina, confío en usted. Hoy por hoy, es el miembro veterano del equipo. Esté pendiente de qué hace la novata. Cualquier cosa, me la comenta.

La secretaria asintió, sorprendida.

Era la primera vez que el inspector jefe se dirigía a ella en esos términos y eso le dio confianza. No era alguien que regalara piropos si no estaba convencido de ellos. Era tan exigente con los miembros de su equipo como lo era con él mismo.

Con la puerta entreabierta, ya a punto de salir, se giró de nuevo hacia el inspector jefe. Sonriendo tímidamente le dijo:

—Entonces, al delegado de Enseñanza del Departamento Sur le digo que todo sigue igual. *No news, good news*.

Hugo, sin apartar la mirada de la pantalla de su ordenador, respondió:

—¿Le he dicho alguna vez lo bien que le sienta el sentido del humor? Sáquelo a pasear de vez en cuando.

Cerró la puerta riéndose.

Rebeca, que la esperaba para que le imprimiera unos documentos, le preguntó por qué estaba tan contenta. Ella no supo cómo explicárselo.

—Hugo Valenzuela es un poco especial, ¿no?

Carolina se encogió de hombros.

No tenía por costumbre hablar de sus jefes. Por eso había conseguido mantenerse tantas décadas en la secretaría, a pesar de los mil y un cambios. «Perfil bajo», le había aconsejado la compañera a la que había sustituido por jubilación. Ese consejo y una postal de la Torre Eiffel que aún adornaba su mesa fueron la herencia que le dejó años atrás. Ella los había conservado con mimo y pensaba seguir haciéndolo los tres años que le faltaban para dejar aquel despacho.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando con él? —insistió Rebeca.

—Unos diez años, creo... —respondió algo insegura—. Pero ya sabes que tengo varios jefes, así que no he tenido mucho trato directo.

Pensó que con esa afirmación su nueva compañera se rendiría. Aún no la conocía demasiado.

—¿Y siempre ha sido así?

—Así, ¿cómo?

—Seco, irónico, serio, duro... —suspiró Rebeca—, misterioso.

—¿Misterioso? —rio Carolina, mientras le alargaba las copias que le había pedido.

Antes de que pudiera añadir algo más, se abrió la puerta del despacho del jefe. «Como si nos hubiera estado escuchando», pensó Carolina.

—Rebeca, ¿puedes entrar un momento?

La chica asintió.

«Empieza el tercer asalto», adivinó Carolina al ver cómo se cerraba la puerta tras ellos. Se alegró de no tener que estar presente en la discusión: habían pasado un par de semanas y los encuentros entre los dos no tenían nada que envidiar a un combate de boxeo.

Sin embargo, aquella tarde Hugo Valenzuela parecía ausente. Escuchó en silencio el reporte que Rebeca le hizo sobre sus primeros días en la oficina. Asintió cuando ella le comentó algunas propuestas sobre los proyectos que Pascual y

Martínez habían dejado a medias. No la interrumpió ni una sola vez, no le lanzó ningún sarcasmo ni le pidió que abreviara.

Aquello alertó a Rebeca. Prefería la versión de jefe peleón e irónico. Así no sabía a qué atenerse.

—Veo que has aprovechado tu tiempo —dijo Hugo.

«¿Y ahora me tutea?», pensó Rebeca. Iba a contestar, pero su jefe se le adelantó:

—Si vamos a trabajar juntos, podríamos tutearnos, ¿te parece?

«Esta sí que es buena. Atenta Rebeca que este pretende algo. ¿Qué le haga el trabajo sucio? ¿Sacarme una cita? O peor...», se dijo.

Nada más lejos de la realidad.

Hugo Valenzuela se había levantado extremadamente cansado. Como cada día, el despertador había sonado a las cinco de la madrugada. Salía a correr a esa hora. Hacerlo le permitía visualizar por adelantado la jornada que le esperaba y ponerse a tono para enfrentarla. Sin embargo, esa mañana, la alarma lo pilló sentado a oscuras en su salón, con una taza de café. Fue incapaz de ponerse las zapatillas por primera vez en años y los colores de la madrugada le sorprendieron en silencio y quieto.

Los días caían.

Tras la conversación con Limónez, respiró tranquilo.

Pero la tarde anterior había recibido una llamada del director general interesándose por el expediente de la Escuela Artículo 123.

Había ganado algo de tiempo diciéndole que preparaba un informe al que ni los sindicatos ni la oposición podrían encontrar una grieta. Para ello, le había comentado, necesitaba consultar archivos con la documentación y expedientes locales pero también estatales. El director general, antes de colgar, se había despedido con una pregunta: «¿No deberías ir a visitar la escuela? Hablar con el maestro, ¡no sé! Que no digan que no escuchamos...».

Hugo Valenzuela sabía que se movía en un terreno plagado de minas.

El inspector jefe no conseguía entender qué tenía de especial aquella pequeña escuela en una zona marginal. «Pero algo hay, en la conversación ha citado de pasada al ministro de Educación, a la Comisión y ...», enumeró.

Frente a él, Rebeca hablaba entusiasmada sobre la visita de un grupo de expertos finlandeses a finales de año. Sentada en el borde de la silla, las piernas algo separadas, movía los brazos con contundencia. Toda ella rezumaba seguridad y eso le gustaba.

¿Sabría ella que su jefe se movía en un campo de minas?

—Por unas semanas, te pediré que aparques el tema de los finlandeses. Tenemos un proyecto más urgente sobre la mesa —lanzó la frase con precaución—. Lo llevo yo personalmente, pero me gustaría contar contigo para algunas tareas concretas.

«Si el director general sigue insistiendo, quizás la envíe a hablar con el maestro, las familias y las autoridades locales. Me vendrá bien tenerla como comodín si las cosas se ponen difíciles. Pero además, en un caso así, siempre serán mejor dos opiniones que una. Perspectivas», pensó.

Rebeca le miró sorprendida.

Apoyó los brazos en el sillón, cruzó las piernas y ladeó la cabeza.

Hugo Valenzuela sonrió: la había sorprendido varias veces en esa serie de gestos. Una declaración silenciosa: «Tienes toda mi atención. Suéltalo ya, sea lo que sea».

En unos minutos, le puso al día sobre el contenido de aquella carpeta verde que había conseguido quitarle el sueño. Obvió las presiones, el nuevo cargo, el interés del partido... todo aquello solo era ruido que podía despistar a un profesional.

—Lo primero... ¡datos! Necesitamos datos —dijo el inspector jefe—. Número de maestros y alumnos a lo largo de estos años, tanto en esta escuela como en el resto de escuelas vagón; expedientes académicos, inversiones que ha hecho la dirección general, costos... ¡cualquier cosa!

Calló.

Cerró los ojos.

—Y trate de averiguar qué ha sido de los alumnos de las diferentes promociones que han cursado allí la primaria. ¿Acabaron el bachillerato en otras escuelas? ¿Llegaron a la universidad? ¿Se incorporaron al mercado laboral? ¿Hay alguien famoso?

Volvió a callar.

Rebeca tosió.

—Me temo que esa lista la haré rápido —dijo alzando una ceja—. Los que hayan tenido suerte serán trabajadores del ferrocarril o campesinos. Otros, ya sabes, imagino que habrán emigrado al norte o a la prisión o... a otra vida. Ya me entiendes.

Hugo Valenzuela abrió los ojos de golpe.

Un rayo se clavó en el corazón de Rebeca.

—No nos pagan para imaginar. ¿Somos escritores? ¿Directores de cine? Somos funcionarios de la Dirección General de Educación. No suponemos ni creemos ni... Quiero esos datos sobre mi mesa lo antes posible. Ya me entiendes.

Aquella tarde, Rebeca Mejías se fue a casa con un regusto amargo en la boca.

En solo cinco segundos había estropeado la mejor reunión con su nuevo jefe.

¿Cómo iba a ganarse así su simpatía y confianza?

*«Hasta que no hayas amado a un animal,
parte de tu alma estará dormida».*

Anatole France

Los sábados eran mi día favorito.

Sobre todo desde que encontré a Quetzal en un camino.

Después de recoger mi cuarto, no tenía más obligaciones hasta la hora de comer. ¡Era dueño de toda una mañana para pasarla con mi amigo!

Como si él lo supiera, cuando abría la puerta del vagón ya lo encontraba esperándome. Estaba sentado, muy formal y en silencio, con la mirada clavada en nuestra ventana. ¡Ni sé cuánto rato se pasaba así hasta que yo salía!

Los sábados de lluvia, lo vigilaba a través de las cortinas. Mi madre no me dejaba ir a jugar. Para él, unas gotas de agua no eran ningún problema. Esperaba hasta que comprendía que esa mañana no saldría. Entonces desaparecía por unas horas. Se iba a correr aventuras por su cuenta.

Yo lo envidiaba, encerrado entre las cuatro paredes de nuestro vagón.

Mi hogar no era muy grande.

Me colocaba bajo la mesa del comedor y, desde allí, si daba una vuelta de ciento ochenta grados, controlaba todo mi mundo. Mi madre, de espaldas, faenaba en la cocina. Ninguna puerta separaba esta del salón, así que el olor de la comida lo ocupaba todo. A mi derecha, tras una cortina de tela, se escondía mi habitación. La cama era un tablón que mi padre había colgado de la pared con un par de tiras de cuero. En cuanto me levantaba, mi madre lo recogía para que tuviera espacio en el que jugar. También lo hizo soñando que algún día pondría otra cama bajo la mía. Nunca la puso.

Una vieja moqueta sobre la madera, un par de camiones, un juego de construcciones y un balón completaban mi reino.

Tras de mí, otra cortina cubría la entrada de la habitación de mis padres.

Una sencilla cama, un pequeño armario y un baúl componían su ajuar. El resto de lo que teníamos, algunos muebles y maletas más, nos esperaba en la casa de los abuelos en un pueblo cerca de la capital. Allí vivíamos cuando no viajábamos.

A mí me gustaba mi vagón: el olor a sopa que lo inundaba, el crujir de la madera los días de viento, las sombras de mis padres.

Por fuera, lo habíamos pintado de un verde vivo. De lejos, lo distinguía entre todos los vagones. Cuando volvía de mis aventuras, al verlo, no podía evitar echar a correr. Subía los dos escalones de un salto, empujaba la puerta y me lanzaba a los brazos de mi madre, que siempre los tenía abiertos para mí.

Una carrera tras otra se mezclan en mi memoria como si fueran solo una. Igual que los sábados de aquel año. Aún así, hay uno que destaca sobre todos. Empezó como cualquiera, con Quetzal a la puerta de mi vagón y un sol radiante de promesas.

Mi padre había colgado un viejo neumático en un árbol.

Yo trataba que mi perro saltara a través de él, como había visto que hacían algunos animales de circo. Soñaba con enseñarle trucos y, quizás, algún día, viajar con él de pueblo en pueblo. En las plazas, la gente se agolparía para vernos. Oía los aplausos, el redoble del tambor, las palabras de admiración de los más pequeños.

Se lo expliqué a Quetzal.

Él me miró con atención. Parado sobre sus cuatro patas, sus orejas tiesas, su morro husmeando el aire y su cabeza ligeramente ladeada.

—Es muy fácil. Querer es poder —le dije recordando palabras de don Ernesto—. Tú eres un perro listo.

Le sonreí para animarlo.

—¡Qué digo listo! ¡Muy pero que muy listo! —añadí agitando mis brazos.

Quetzal ladró.

—Se trata de saltar por aquí —le dije señalando el agujero del neumático—. Lo voy a hacer para que lo veas.

Para aquella primera sesión, el neumático rozaba el suelo.

Mi idea era ir subiéndolo conforme pasaran las semanas. Mi amigo no era muy alto pero sí ágil. Lo había visto saltar vallas para colarse en gallineros y perseguir a los coches ladrando. No le gustaban los grandes y brillantes. En cambio, a las camionetas cargadas de trabajadores las observaba moviendo el rabo, desde el borde del camino.

Eso había hecho que se ganara el respeto de Chico, que lo llamaba «compañero Quetzal». Don Ernesto, divertido, me decía: «Tu perro tiene conciencia de clase», mientras le daba una palmada en el lomo lleno de pelones sucios.

Como si fuera un mono, crucé el neumático. Manos y rodillas en el suelo.

Lo hice una, dos, tres... ¡hasta diez veces seguidas!, ante la mirada atenta de mi amigo peludo.

—¡Te toca!

Señalé el neumático. Quetzal siguió la dirección de mi brazo. Fijó la mirada. Tensó el cuello.

Contuve la respiración.

Dos segundos, tres, cinco.

No sucedió nada.

—¡Vamos!

Silencio. Quietud.

Una cotorra chilló desde la rama más baja.

Quetzal salió corriendo, como si hubiera sufrido una descarga eléctrica.

Rodeó el neumático y se acercó al árbol. Empezó a ladrar desesperado, saltando en cabriolas imposibles.

—¡Pajarraco! —me acerqué al árbol.

Grité con todas mis fuerzas pero no se apartó.

Lancé ramas y piedras hasta que le di. Chilló y alzó el vuelo.

Solo entonces Quetzal pareció tranquilizarse.

—Tenemos trabajo, Quetzal —le dije, señalándole nuestro objetivo.

Quince minutos después, mi madre regresó de la compra. Me encontró sentado en el suelo, con la cabeza entre las manos, triste. Mi perro dormitaba tumbado a mi lado.

—¿No ha habido suerte?

Negué con la cabeza.

Ella me acarició el pelo.

—Creo que tengo algo que puede ayudarte —murmuró con una sonrisa en los labios.

Revolvió en la bolsa de la compra. De uno de los paquetes extrajo algo que llamó la atención de Quetzal sin ni siquiera abrir los ojos. Tensó las orejas y se relamió.

—Esto lo motivara.

Sin más, desapareció y dejó tras de sí a su hijo, su perro y una loncha de beicon. Con renovadas energías, me puse junto al neumático. Dividí el cerdo en unos cuantos trozos. Me guardé todos menos uno en el bolsillo delantero de mi peto tejano.

—Toma, Quetzal. —Le ofrecí el pedazo más chiquito, agitándolo en el aire.

Corrió hacia mí. Se puso sobre dos patas y saltó.

En una milésima de segundo, el beicon había desaparecido.

Se relamió sin dejar de mirar mi bolsillo.

—Si quieres más, ¡ya sabes!

Ladeó la cabeza. Se sentó sobre sus patas traseras.

—Quizás se te ha olvidado, ¡está bien! —dije repitiendo varias veces el ejercicio.

Así me encontró mi padre, al volver del trabajo.

—¡Vaya, Quetzal! ¿Ya le has enseñado a mi hijo a saltar a través del neumático? —dijo muy serio acariciando al perro, que le hacía fiestas—. Pronto podrás ganar dinero con él en el circo.

Me puse colorado. Los miré con rabia a los dos.

Mi padre empezó a reírse.

—Quizás deberías empezar por alguna cosa más sencilla. Este animal no tiene modales. ¡Es un vagabundo! —comentó mientras se dirigía hacia nuestro vagón—. Este ejercicio es complicado para él. Tal vez no es tan listo.

—¡No!

Antes de desaparecer por la puerta, añadió:

—Está bien. Pues simplemente será un poco vago...

—¡No! ¡No! —grité enfadado.

Quetzal no era vago ni tonto.

No era su día, simplemente.

—¿Eso es lo que quieres que piensen de ti? —murmuré mientras me dirigía hacia el bosque—. A mí no me gusta hacer el ridículo. Ahí te quedas.

Mis amigos estaban en una poza cercana.

Me daría un chapuzón con ellos y se me pasaría el enfado por aquel sábado tan inútil.

Chico y Tuerto habían iniciado una competición de saltos.

Valeria, desde la orilla, era la juez imparcial.

—Ahora, ¡un salto divertido! —gritó.

Los tres nos lanzamos al agua pataleando en el aire y gritando.

Ella estalló en carcajadas, las pude oír justo un instante antes de que el agua me cubriera por completo. Pataleé hacia arriba lo más rápido que pude. Quería ver si conseguía salir a flote antes de que ese maravilloso sonido desapareciera.

Chico salió antes que yo y ya le reclamaba la puntuación.

Alcancé a oír como Tuerto había ganado esa vez.

Los concursos con Valeria de juez solían acabar en empate. Jamás dejaba que ninguno de nosotros se fuera a casa sintiéndose perdedor. Cuando Chico, que de sobras sabía que era el mejor, protestaba, ella se encogía de hombros. «Si no te gusta, búscate a otra», le decía con indiferencia.

Él se mordía el labio. Yo también. No podíamos imaginar que fuera otra quien nos viera saltar.

Eso estaba pensando cuando, metido hasta el cuello en el agua, vi como Quetzal aparecía entre los árboles. Me había seguido hasta allí.

Empezó a husmear entre nuestra ropa, abandonada en la orilla.

—¡Compañero Quetzal! —gritó Chico.

El perro alzó la cabeza por unos segundos.

Y entonces, echó a correr arrastrando algo entre sus dientes.

—Ikal, ¡se lleva tus pantalones!

De golpe, una imagen ocupó mi mente: unos trozos de beicon en mi bolsillo.

«Maldito chucho». Salí del agua a toda velocidad para perseguirlo.

Aquello era el colmo. ¿Éramos o no éramos amigos?

«Puro interés», pensé mientras corría a través de los árboles.

Era un niño de impulsos. Como me decía don Ernesto: «Piensas con el

corazón y actúas con los pies. Eso no siempre es bueno, muchacho». Ese día hice lo mismo. No pensé que iba descalzo y en calzoncillos, chorreando. No recordé que había refrescado y que mi madre había dado oficialmente por clausurada la temporada de baño.

Un grito y un coscorrón me lo recordaron.

—¿Qué es esto?

Mi madre estaba parada en mitad del camino que llevaba a casa.

Tras ella, un asustado Quetzal, con la mirada y las orejas bajas, parecía haber recibido ya su parte del castigo.

—Es que fui a pasear y yo no pensaba, pero...

Valeria apareció corriendo. Traía mis zapatillas y mi camiseta.

Al ver lo que sucedía, se acercó silenciosa hasta mí. Me los dio, me sonrió tímida y, como una exhalación, volvió a desaparecer sin ni siquiera saludar a mi madre que me miraba muy enfadada.

—Calla, mejor será que no añadas mentiras o el castigo crecerá —me dijo muy seria, lanzándome los pantalones.

Sin atreverme a mirarla, me los puse.

—Y ya puedes ir rezando para no constiparte. No pienso dejar que faltes ni un solo día a la escuela —me amenazó mientras me estiraba de las orejas.

Me cogió de un brazo y me arrastró hacia casa, mientras me recordaba todas las veces que me había prohibido ir a la poza, lo débiles que tenían los pulmones mi abuelo y mi tío, cómo se enfadaba mi padre cuando no les obedecía... «Ese Chico no trae nada bueno», acabó diciendo mientras subíamos los escalones y abría la puerta.

Fue inútil que le explicara que, esta vez, él no tenía nada que ver con aquel acto de desobediencia filial. No me creyó: Chico era culpable mientras no se demostrara lo contrario.

—Quizás esta vez no tenga nada que ver, pero... ¡cuántas sí! —suspiró

cerrando la puerta del vagón—. Ahora, a tu cuarto. Cuando tu padre vuelva del pueblo ya decidiremos qué castigo te ponemos. Ve despidiéndote del chucho porque el próximo sábado me ayudarás a hacer limpieza general.

Cuando mi madre lo nombró, me acordé de él.

«Cobarde», pensé enfadado. «Traidor», añadí.

Me acerqué hasta la ventana. A través de la cortina espíe qué sucedía fuera. Allí estaba, quieto, observando con atención hacia la puerta.

«Vas tú bueno. No pienso dejar que me veas», le dije en silencio.

Pasó una bandada de cotorras y Quetzal no se movió.

Un gato maulló y tampoco le hizo caso.

Siguió allí quieto.

Mi padre llegó y me aparté de la ventana.

Se hizo justicia en mi pequeño mundo: dos sábados de trabajos forzados y dos domingos sin postre.

Comimos.

Dormimos la siesta y, al levantarme, volví a pensar en Quetzal.

Ya estaba un poco menos enfadado.

Me acerqué de nuevo a la ventana, descorriendo con cuidado la cortina.

Allí seguía, con una fidelidad a prueba de hambre y sueño. Aguardaba en la misma postura que lo había dejado dos horas antes.

Entonces, como si solo esperara aquella señal, se levantó.

Despacio, sin dejar de girar la cabeza para comprobar que yo seguía allí, se dirigió hacia el neumático.

Se paró frente a él.

Corrió, saltó y ladró.

¡Lo atravesó!

Después, no se volvió ni una vez más.

Siguió corriendo hasta perderse entre los vagones.

Nadie más lo vio. Nadie me creyó cuando lo expliqué.

Pero, ¿qué más daba?

Quetzal me había pedido perdón.

No era vago, ni tonto ni vagabundo.

Quetzal era un amigo, con pelo y hocico, pero un amigo.

*«Cada amigo representa un mundo dentro de nosotros,
un mundo que tal vez no habría nacido
si no lo hubiéramos conocido».*

Anaïs Nin

—¿Qué miras, pelón? —preguntó Chico de muy malas pulgas.

Bajé la vista y la clavé en la punta de mis botas.

Era lunes por la tarde. El cielo estaba nublado y el ojo de mi amigo, morado. Se anunciaba tormenta sobre los campos, aunque parecía que en casa de Chico ya había descargado.

Aquella mañana no había venido a clase.

Lo excusamos ante don Ernesto diciendo que nos había mandado recado de que tenía que acompañar a su padre a recoger manzanas.

Podía ser eso o que se hubiera pasado las horas en el bosque o en el bar del pueblo, buscando colillas, como la que ahora colgaba de sus labios. No teníamos ni idea. Pero hoy era uno de esos días que era mejor no preguntarle.

Tuerto lo sabía muy bien: se puso a silbar.

—Entonces, ¿qué hacemos?

Yo me encogí de hombros, sin atreverme a hablar.

—¿Se te comió la lengua el gato? —me provocó Chico—, ¿o fue el chucho ese con el que andas siempre?

—No es un chucho —me atreví a protestar bajito.

Chico buscaba una excusa y yo estaba a punto de dársela.

Tuerto nos miró.

Paró de silbar y con una sonrisa dijo:

—¿Vías?

El mundo de mi amigo giraba en torno a los trenes. Nunca se cansaba de hablar de ellos. Le gustaba contarnos que había nacido en la taquilla de una estación para sorpresa de los clientes que aquel día querían viajar a la capital. Por aquel entonces, su madre vendía billetes. Se había enamorado de un mecánico que iba y venía, reparando máquinas por todo el país. A los tres meses, los padres de ambos los obligaron a casarse. Y desde entonces, cuatro hijos después, los dos viajaban reparando trenes igual de enamorados.

Tuerto había nacido en una estación y vivía en un vagón. Decía que su destino estaba trazado sobre raíles. Soñaba con ser mecánico, pero no para reparar viejas locomotoras como su padre. «Yo las construiré nuevas», decía mientras nos enseñaba las fotos gastadas de una revista que su padre le había regalado.

Valeria y Chico no lo entendían. Ellos estaban atados a la tierra. A mí, el chirrido de las ruedas de los trenes y el polvo del carbón que todo lo inundaba me tenían harta. Tuerto era el único que soñaba aquel futuro.

—¿Vías o no? —repitió.

Chico iba a contestarle cuando por el camino apareció corriendo Quetzal.

Él también conocía nuestros horarios, pero ese día llegaba tarde.

Me alegré de verle.

Cuando se puso a nuestra altura, en vez de pararse, siguió corriendo.

En sus fauces llevaba un bocadillo. Nos miró como diciéndonos «¡vamos, no hay un minuto que perder!». Cuando oímos los gritos de uno de los peones, comprendimos que lo mejor era seguirlo.

Como si nos hubiera oído de lejos, nos llevó a un ramal de vías, escondido entre juncos. Nos pusimos a caminar por el raíl. Chico a la cabeza. Tuerto el segundo, sin dejar de silbar. El tercero, yo. A mi lado, por el centro de la vía, caminaba Quetzal, que no soltaba su tesoro. Orgulloso.

Así podíamos haber seguido horas: los tres con los brazos en cruz,

manteniendo el equilibrio sobre aquel camino de hierro, absortos en nuestros pensamientos, bajo bandadas de pájaros y nubes. Nuestra amistad estaba tejida de silencios, excepto cuando Valeria venía con nosotros. Ella lo llenaba todo de palabras y risas.

Aquel año aprendí a conocer a Tuerto y Chico en sus silencios. Los del primero, teñidos de sueños y música. Los del segundo, de tormentas.

Un pitido lejano nos sacó de nuestras ensoñaciones.

En unos minutos, el tren estaría sobre nosotros.

Saltamos a tierra. Nos apartamos y nos sentamos para verlo pasar.

Tuerto dijo:

—El 4964, de la Pullman —aspiró aire—. Acero y madera.

Lo escuché. Tal vez fuera cierto, tal vez no. Pero la seguridad con que lo decía era de admiración. Las máquinas de los Ferrocarriles Nacionales no parecían tener secretos para él. A Chico, aquello no le impresionaba. Estaba ocupado haciendo gestos obscenos a los pocos pasajeros que miraban a través de las ventanas.

—Tengo hambre —dijo Chico, mirando como Quetzal se acababa su trozo de pan—. ¿Llevas algo en la mochila, Ikal? ¿O tu, Tuerto? No he comido nada desde ayer...

Me dio rabia haberme olvidado mi merienda sobre la mesa de casa antes de salir para la escuela. Mi madre me preparaba todos los días algo para llevarme. Chico no tenía madre. Vivía con su padre, la segunda mujer de este y sus tres hijos. Chico no tenía casa: vivían en los cobertizos que los patrones ponían a disposición de los temporeros.

—Ya me la comí —respondió Tuerto.

—Yo también —me apresuré a mentir.

—Pues yo tengo mucha hambre. ¡Aquí todos coméis, hasta el chucho! Os parecerá bonito —explotó Chico, como si nosotros tuviéramos la culpa de su mala fortuna—. Tendréis que hacer algo.

Me puse en guardia.

Esa frase adelantaba acontecimientos que no podían ser buenos.

—¿Algo como qué? —preguntó Tuerto, quien se había ganado su apodo una de las últimas veces que había obedecido una orden de nuestro amigo.

Un domingo por la noche, después de un entierro, nos había propuesto entrar en el cementerio. Nosotros no lo veíamos claro, pero él nos dijo que si éramos unos gallinas no podíamos ser sus amigos. Tuerto no era un gallina y aceptó el reto. Yo lo hice porque Valeria también iba. No podía ser menos que una chica. Y menos si esa chica era ella. ¿Qué pensaría de mí?

Hacía mucho viento. El ruido que provocaba entre las ramas, las ratas y el macabro sentido del humor de algunos de los jóvenes del pueblo disfrazados con sábanas, nos hicieron correr como desesperados por entre las lápidas. En nuestra huida, chocábamos unos con otros, tropezábamos con las cruces de mármol... Una rama se la jugó a Tuerto. Le rasgó el ojo. Pero como diría Valeria después, «ese no era su día». Durante unas semanas tuvo que llevar un parche y visitar varias veces al médico en la ciudad. No perdió su ojo pero ganó un nombre.

—¿Quieres que le pida galletas a mi madre? —dije tímidamente.

—Eso parece fácil —sonrió Chico—, pero aburrido.

Entonces empezó una lluvia de ideas, a cual más disparatada.

Yo era el más pequeño y el menos valiente de los tres. Entonces pensaba que esas dos cualidades iban relacionadas. Con el paso de los años, he sabido que no. Nos hicimos mayores y yo seguí siendo el menos valiente de los tres. O el más calculador, prudente, consciente, conservador... ¡siempre depende de cómo se mire!

Aquella tarde, entrando a hurtadillas en la cocina del patrón de Chico, yo eso aún no lo sabía. Como tampoco podía imaginar que aquel acto tan tonto, robarle unas empanadas de carne a don Sebastián, marcaría la vida de Chico y su familia como lo hizo con el pasar de los meses. ¿Cómo pensar que aquel pequeño hurto sembraría en mi amigo una semilla insaciable de robar más y más?

En aquel momento, éramos tres chicos corriendo con su botín a través del huerto, perseguidos por una cocinera gorda y vieja que blandía una escoba.

Éramos tres amigos movidos por diferentes resortes. A mí, me movía la amistad. Desde el día que nos habíamos encontrado al vagabundo muerto, los dos me trataban como su pata, casi como a un igual. A Tuerto lo movían la sed de aventuras y la lealtad. A Chico, aunque nosotros creyéramos que lo movía la valentía, era el rencor y la venganza los que hacían correr a sus piernas.

El robo nos abrió a los tres el apetito. Dimos cuenta del delicioso manjar junto a la poza donde solíamos bañarnos.

Fue entonces cuando Chico nos lo contó.

—Se la he devuelto al patrón —sonrió mientras se sacaba de los bolsillos tres cubiertos de plata y los alzaba para ver cómo un rayo de sol los hacía brillar.

Tuerto y yo nos miramos. ¿Cuándo y cómo habían ido esos objetos a parar a su pantalón?

—Le he fastidiado su cena como él me ha fastidiado mi desayuno y mi almuerzo —sentenció—. Anoche hizo trabajar a mi padre cuidando las ovejas porque dicen que hay lobos sueltos... Cuando ha llegado a casa estaba borracho y de un humor infernal. Ya sabéis que tiene problemas de huesos y la noche al raso... Me ha sacado de la cama. Ha empezado a gritarme que tenía que haber sido yo quien hubiera hecho la guardia en el monte. Yo le he dicho que solo era un niño, que no sabía disparar armas que...

Chico miró una empanada y le dio un gran mordisco. Siguió hablando con la boca llena.

—Entonces me ha pegado y me ha echado de casa. Le ha prohibido a su mujer que me diera de comer en todo el día.

—Pero ¿por qué? ¿Qué culpa tienes tú? La culpa es del patrón —dije sorprendido.

—Por qué dice el enano —murmuró mientras me miraba dudando entre si le tomaba el pelo o si mi ingenuidad llegaba hasta ese punto.

Se dio cuenta de que era yo, Ikal, el pequeño, el que tenía un padre que me enseñaba a jugar a fútbol y una madre que me preparaba cada día la merienda, que soñaba con ser maestro y que tenía unos tíos en la capital que me mandaban siempre regalos de Navidad.

En mi mundo, los padres no pegaban y las madres siempre nos daban de comer.

—¿Por qué? —repitió Chico—. Porque sí.

Un silencio pesado ocupó el aire que respirábamos.

Mi amigo volvió a coger los tres cubiertos de plata.

Los agitó en el aire y rompió a reír.

A mí, me parecieron una compensación muy pequeña para tanto dolor.

«Cada cosa tiene su belleza, pero no todos pueden verla».

Confucio

Aquella mañana, nuestro vagón escuela parecía un circo y don Ernesto, el director de pistas.

Una semana atrás, el maestro nos había propuesto una clase alternativa de ciencias. Nos planteó un reto. A los enanos, les propuso traer una flor y una hoja que les llamara la atención. Les pidió que fueran originales, que buscaran aquellas que no vieran todos los días.

A los pelones, nos encargó traer un bicho. «Vivo, no me sean salvajes», nos especificó al ver la cara de algunos de mis compañeros de nivel.

A los mayores, les tocó aportar una fruta o una verdura.

Yo estaba entusiasmado con aquella tarea.

Los animales me fascinaban. Adoraba los peces del río y las mariposas que revoloteaban por las flores de las macetas de mi madre, sin distinción. «Hacen hogar», decía cada vez que nuestro tren se detenía. Tan pronto como los trabajadores del ferrocarril volvían a su rutina de construir vías y estaciones, ella colocaba sus plantas en el porche de nuestro vagón. Y era cuestión de minutos que los insectos de la zona las descubrieran. Siempre pensé que todos aquellos geranios rojos, pensamientos lilas, margaritas blancas... debían de ser para ellos algo parecido al paraíso. Mi madre siempre fue una constructora de pequeños reductos de felicidad.

Yo esperaba la inauguración oficial del jardín no solo para observar las mariposas, sino también los gusanos, las hormigas, las arañas... ¡cualquiera de sus inquilinos! Podía pasarme horas. Como podía pasarme horas contemplando los pájaros que mi padre le regalaba a mi madre como muestra de amor.

De vez en cuando, por los campamentos se dejaban caer los pajareros. Minutos antes de que viéramos aparecer sus furgonetas, pintadas de todos los colores imaginables tratando de reproducir una selva amazónica o un bosque del norte, los trinos y silbidos de las aves ya anunciaban su llegada. Los niños y las mujeres corríamos a verlos. El pajarero, que solía ser un hombre diminuto y

parlanchín, como si eso fuera imprescindible para ejercer el oficio, descendía del vehículo consciente de la expectativa que despertaba. No estaba dispuesto a defraudar a su público y se dirigía a nosotros con grandilocuentes gestos.

Una puerta corredera ocupaba uno de los laterales de su furgoneta.

Una reverencia, un movimiento de brazos y un universo de alas y música se hacía real ante nosotros. Los pájaros, grandes y pequeños, bonitos y feos, agradecían esos minutos de aire y luz, entonando sus trinos más bellos para nosotros. Muchos de los habitantes del tren sucumbían a la tentación. Era difícil tener un gato o un perro: los vagones eran espacios reducidos en los que muchas veces vivían hasta seis o siete personas. Además de padres y tres o cuatro hijos, muchas familias incluían alguna tía o abuelo. Todos sus enseres viajaban con ellos. ¿Cómo iban a incluir también una mascota?

Los pájaros eran una solución.

Vivían en sus jaulas, colgados de las ventanas o los porches, mientras el tren permanecía quieto. El día que nos poníamos en marcha, tras seis u ocho meses, una fila de aves liberadas acompañaba por kilómetros al tren, hasta que este tomaba velocidad y las dejaba atrás. Eran la estela de un cometa de madera y hierro que surcaba los campos cultivados de maíz y fruta en vez del cielo.

Las amas de casa escondían entonces sus jaulas hasta la llegada del siguiente pajarero, como si guardaran luto.

Pero un pájaro no era un bicho.

Si hubiera sido capaz de cazar uno y meterlo en un bote de cristal, lo cual ya hubiera sido un milagro, don Ernesto no lo hubiera aceptado para el ejercicio.

Ni mi perro ni los pájaros podían sacarme de aquel aprieto.

Así que me pasé toda la semana de cacería.

Armado con una bolsa de plástico, un bote que me dio mi madre y mi fiel compañero peludo, anduve por el bosque, sin demasiado éxito.

Quetzal y yo no éramos buenos cazadores.

La ilusión, como sustituta de la destreza, no siempre ayudaba a cumplir

objetivos. Día tras día regresábamos a casa de la misma manera: yo, con las manos vacías y Quetzal con el rabo entre las piernas. Algunos bichos eran más rápidos que nosotros y nunca lográbamos alcanzarlos; otros, se nos escurrían entre las manos como si fueran agua y algunos nos daban tanto miedo que huíamos campo a través como si nos persiguiera el diablo. En la mayoría de los casos, para haberlos cogido, habríamos tenido que matarlos. Y eso, tanto a mí como a mi perro, nos echaba para atrás.

Chico nos acompañó una tarde. Mientras rondábamos por las matas, me explicó historias de temporeros que se habían convertido en muertos vivientes por culpa de la picadura de una araña que se ocultaba bajo la tierra, cerca de la planta de la patata, o de un tío suyo que perdió la vista por culpa del polvillo que desprendían unas luciérnagas de color marrón. También me contó que el escarabajo rinoceronte tenía tanta fuerza en su cuerno que si me atacaba, por muy pequeño que me pareciera, podía perforarme la carne.

Aquel día, a Quetzal le temblaba el hocico y aullaba sin parar. Decidí dar por finalizada la cacería antes de que se pusiera enfermo. O me pusiera yo. Ansiaba no decepcionar a don Ernesto y que mis compañeros admiraran la criatura de mi bote de cristal..., pero que mi perro o yo nos convirtiéramos en ciegos, cojos o zombis era un precio demasiado alto.

El tiempo se me acababa.

Así que, a la mañana siguiente, tempranito, me levanté sin decir nada y fui a la laguna donde nos habíamos bañado durante el verano. Allí había visto unos bichos pequeños que solo tenían cabeza y una larga cola, y que nadaban por centenares. Eran horribles e inútiles y eso los había hecho desprevenidos. Lo difícil fue coger solo uno: de puro tontos, todos nadaban para meterse en mi bote. Satisfecho con el deber cumplido, regresé para desayunar antes de que mis padres descubrieran que no estaba en mi habitación.

Unas horas después, sentado en clase, con aquel insignificante bicho observándome fijamente a través del cristal, maldije aquella mañana y aquella idea. Ningún compañero nos prestaba atención. Nadie quería saber cómo lo había conseguido ni qué era. Ni yo, que respiraba entrecortadamente, sorprendido por la rabia que sentía contra él sin conocer su nombre.

Tan avergonzado estaba que ni siquiera levanté la vista para admirar la mariposa que Tuerto había conseguido y que había despertado la admiración de

todos, incluso de don Ernesto.

—¡Una mariposa monarca! —exclamó el maestro levantando el recipiente para que todos pudiéramos contemplarlo.

El «oh» generalizado se me clavó como un puñal en la espalda. Yo quería a Tuerto, era mi amigo del alma, pero en ese momento deseé que su bicho se hiciera ceniza ante la mirada de todos. Cerré los ojos para impedir que las lágrimas rodaran por mis mejillas.

Me sentía mal por mí, porque no conseguiría la aprobación de don Ernesto, pero también por mi amigo, que se merecía mi admiración. Su insecto era el más hermoso que veríamos en mucho tiempo: un ejemplar adulto que batía unas alas blancas, negras y naranjas impresionantes.

—Es hermosa, ¿verdad? —afirmó en forma de pregunta nuestro maestro—. Una de las mariposas más grandes del mundo.

La respuesta la halló en las decenas de ojos clavados en ella.

El maestro nos explicó que esos colores brillantes y fuertes les recordaban a sus depredadores que eran venenosas y que tenían un sabor muy desagradable.

—La naturaleza es muy práctica. Y ha querido cuidar a este animal, sin duda uno de sus predilectos. Nace de unos huevos muy pequeñitos en los campos de cultivo o en las zonas montañosas de pinos, durante semanas crece como larva y luego se esconde en un capullo, antes de convertirse en la maravilla que ustedes contemplan. ¡Mucho esfuerzo y tiempo para dejar que el primer vuelo de esta belleza sea el último por culpa de un pájaro hambriento! —nos explicó riendo—. Pero ¿alguien sabe por qué es mi favorita? No es porque sea la más bonita —negó don Ernesto con la cabeza—. Aunque no se lo crean, se encuentran ustedes ante un superhéroe de los insectos.

Los muchachos se encogieron de hombros.

El silencio reinaba en el vagón.

—¿Por qué creen que es un superhéroe?

—¡Porque es el más fuerte! Es capaz de matar a un oso o a un puma o... —dijo uno de los pelones.

—¡Sí, hombre! ¿Y cómo? ¿Dándole golpes con sus alas? —se rio Chico desde el fondo de la clase.

El pequeño se encogió. Don Ernesto acarició su cabeza mientras lanzaba una mirada de advertencia a mi amigo.

—¿Alguien tiene alguna otra idea? —insistió el maestro.

—Se puede hacer invisible —dijo una de las pelonas.

—¡O volar bajo el agua! —añadió su compañera de pupitre.

En cuestión de segundos, todo el mundo proponía superpoderes.

Don Ernesto sonreía. Sus ojos brillaban y escuchaba a todos los alumnos con la misma atención, ¡por descabellada que pudiera parecer la respuesta!

La curiosidad me estaba quemando, pero no sería yo quien preguntara nada. Las ideas fueron escaseando y entonces el maestro tomó de nuevo la palabra.

—A las mariposas monarca que nacen entre finales de verano y principios de otoño, ¡se las llama Matusalén! ¿Saben por qué? ¿Saben quién fue ese hombre?

Una palabra llevaba a otra. Una frase, a la siguiente. Nuestras mentes eran para don Ernesto un tapiz: un hilo por aquí, otro por allá. Con paciencia estiraba del ovillo, sin pensar que aquello fuera un esfuerzo inútil. Jamás se quejó de lo que no sabíamos, solo de lo que no queríamos saber.

Aquel día, mientras una lluvia tonta de otoño empezaba a golpear la madera, descubrimos que Matusalén era, según la Biblia, el hombre que más años había vivido. Y que algunas mariposas como la de Tuerto podían vivir nueve meses, ¡lo que era una eternidad frente a los días que vivían el resto!

Pero también descubrimos que no era por casualidad.

—Estos ejemplares tienen una misión, una misión muy especial. ¡Han de recorrer cinco mil kilómetros!

Nuestros ojos se abrieron como platos.

—¡Viajan tanto como el tren! —exclamó emocionado Tuerto.

—¡Exacto! Estas mariposas viajan desde México a Estados Unidos y Canadá y, al cabo de unos meses, vuelven aquí —añadió el maestro—. ¿Por qué creéis que lo hacen?

—Emigran porque allí se vive mejor —respondió muy serio mi amigo.

Todos callamos. Quien más quien menos tenía un tío, un hermano o un vecino que se había marchado al norte. Como insectos, cruzaban el desierto, se subían a trenes que muchas veces no llegaban a su destino o se perdían en algún punto de aquellas arterias que recorrían pueblos con nombres olvidados.

El maestro nos miró despacio, con unos ojos bañados en tristeza cálida, uno a uno. El último en el que se detuvo fue mi amigo. Con los años he pensado que tal vez adivinó, en ese momento, el futuro que le aguardaba. Que, a su manera, empezó a despedirse de todos y cada uno de aquellos alumnos que se sumarían al sueño de las monarca.

Suspiró antes de responder:

—¡No les gusta el frío! Nuestro clima es más agradable, así que cuando llega el invierno... ¡empiezan su viaje! Son millones.

—¿Millones? —exclamé incapaz de imaginar aquella procesión voladora.

—¡Vaya, Ikal!... ¡Me tenía preocupado! Pensé que hoy se había dejado la lengua en casa —me dijo don Ernesto mientras me guiñaba el ojo.

Me puse colorado. Escondí mi cara entre los brazos.

Don Ernesto continuó con su explicación:

—Sí, compañeros, ¡millones! Sueño con ver, algún día, ese espectáculo. ¡Qué maravilla! Esas mariposas hacen un viaje de ida y otro de vuelta. Luego mueren. Pero ¿saben lo mejor? Sus nietos o tataranietos harán el mismo viaje. Nadie se lo habrá enseñado.

Nos volvió a mirar a todos.

—Simplemente, llegado el momento, ¡alzarán el vuelo! Movidas por una fuerza interior, grabada en su alma —susurró algo triste, mientras afectuosamente daba un cachete a Tuerto en la mejilla—. Le felicito, compañero.

Antes de que me diera cuenta, don Ernesto se paró ante mi pupitre.

—¿Y qué tenemos aquí?

Avergonzado, traté de esconder aquel ser deforme, baboso y gris. Demasiado tarde.

—Un monstruo —murmuré yo.

—Eso, Ikal, es porque no lo mira con los ojos adecuados —me sonrió el maestro—. Hágame el favor de contemplarlo despacio. ¿Qué ve?

—Un bicho más feo que un puñetazo en el estómago —gritó algún compañero de los mayores.

Varios empezaron a reírse.

No hizo falta que el maestro pusiera orden.

La voz grave de Chico lo hizo:

—¿Quieres comprobarlo? ¿Te doy un puñetazo y me dices cómo lo ves? ¿O prefieres callarte porque nadie te ha preguntado?

—Caballeros, damas, por favor —silenció don Ernesto.

Se oyeron unas risas.

¡Solo don Ernesto nos llamaba así!

—Hay muchas maneras de mirar este animal. Como un ser sin patas, algo deforme, descolorido o... como una promesa.

—¿Una promesa? —preguntó Valeria.

—Ajá, una promesa. Yo, cuando miro a Antonio, no veo solo a un niño con el pantalón roto y los ojos llenos de legañas todos los días.

Las carcajadas inundaron el vagón. Una goma de borrar voló hasta impactar en la cabeza del susodicho, que justo en ese momento se hurgaba la nariz, como si la fiesta no fuera con él.

—Yo veo un futuro campesino o un experto jinete, quizás incluso un capataz justo, un buen bailarín, un papá cariñoso... —comentó convencido don Ernesto.

Se dirigió a otro pupitre, donde puso sus dos manos.

—Y cuando miro a María, veo a una jovencita elegante, jardinera y cocinera espectacular como lo fueron su madre y su abuela —dijo a sabiendas de que esa alumna era presumida—. Por eso, cuando miro tu bicho, Ikal, yo no veo al monstruo. Veo al tritón.

Me encogí de hombros mientras mis compañeros continuaban con las burlas. Para mí, la palabra tritón carecía de sentido. Sería mucho después que descubriría que era un animal antiquísimo, un personaje de cómic en Estados Unidos e incluso el dios griego de las profundidades marinas, desde hacía miles de años.

Los mayores empezaron a bromear imaginando destinos imposibles para sus compañeros. Los medianos se reían y hacían gestos ridículos a las víctimas. En la fila de los pequeños, los botes de vidrio empezaban a rodar bajo las mesas.

El maestro supo que era momento de atajar sus ensoñaciones, antes de que estallara una batalla campal.

—No puede uno soñar tranquilo con ustedes cerca —nos dijo con ternura.

Suspiró.

Nos pidió que nos pusiéramos en fila para salir al bosque: allí liberaríamos a los animales y daríamos la clase por finalizada.

Uno a uno, mis compañeros fueron saliendo rápido del vagón, movidos por la ilusión de jugar al fútbol o merendar.

Solo dos de nosotros no habíamos obedecido a don Ernesto.

—¿Valeria?

De pie, mi amiga miraba con insistencia al maestro. Las palabras, que siempre resbalaban alegres por sus labios, parecían retenidas por alguna misteriosa razón.

—Valeria, ¿le sucede algo?

Con una trascendencia que no volví a verle nunca, mi amiga formuló una pregunta:

—Cuando me mira a mí, don Ernesto, ¿qué ve?, ¿qué seré?

Él cerró los ojos por unos segundos.

Cuando los abrió de nuevo, chispeaban.

—Usted será, Valeria, quien quiera ser. Quien quiera ser.

Cabeceó y se dirigió a la puerta.

A mí no me pareció una buena respuesta. Don Ernesto parecía saberlo todo: unos serían jinetes, otros cocineros, mamás, papás, campesinos, mariposas o tritones... y de Valeria, ¿no sabía nada? ¡Qué injusto!

Pero ella, con las mejillas ruborizadas, no dejaba de sonreír.

Se acercó hasta mí.

Me tendió su mano.

—Vamos, pelón —me dijo, pero en su tono no había burla—. Vamos a liberar a tu renacuajo. ¿O quieres dejar al mundo sin un tritón importante?

—¿Importante? —le pregunté yo mientras la seguía, pisando su sombra.

—¡Quizás algún día será el rey de los tritones! ¡O su Matusalén, y tendrá tantos hijos y nietos que salvará a su especie! —dijo riendo.

Me paré en seco.

—¿Cómo lo sabes?

Sin dejar de andar, dándome la espalda, me dijo:

—¿Y cómo sabes tú que no lo será?

Don Ernesto había contagiado a Valeria: ahora ella también veía promesas.

Camino de la laguna, con mi amigo tritón entre las manos, me sentí el niño más feliz del mundo.

¿Qué importaba que fuera feo, sin patas y viscoso? ¿Qué más daba si no sabía volar ni tenía colores brillantes? ¿Quién se acordaba de los compañeros que se habían reído de él?

Valeria y don Ernesto creían que mi tritón, algún día, sería importante.

Ellos habían visto en él una promesa.

«Yo creía que la ruta pasaba por el hombre y que de allí tenía que salir el destino».

Pablo Neruda

Algo se había roto dentro de Chico.

No sabíamos qué.

Tuerto, Valeria y yo andábamos aturridos como si una niebla espesa hubiera ocupado nuestro pequeño mundo. Hasta Quetzal caminaba con el rabo entre las piernas.

Desde aquel día en que robamos en la cocina del patrón, todo había cambiado. Unas noches después de nuestra pequeña gesta, su padre descubrió los cubiertos de plata bajo el jergón en el que dormía. Le dio tal paliza que le dejó una cicatriz que le cruzaba de lado a lado la espalda, como si fuera un yugo.

Chico no se lo perdonó.

Aquellos golpes le dolieron sobre todo porque le parecían injustos. Él creía que el suyo había sido un acto de valentía y en los ojos de su padre solo veía el miedo, la sumisión y el desprecio.

A partir de entonces, la mayoría de las veces que nos encontrábamos con nuestro amigo, se mostraba esquivo. No quería explicarnos de dónde venía ni a dónde iba. Ya no presumía ante nosotros de sus hazañas ni las exageraba para buscar nuestra admiración.

En otras ocasiones, se mostraba más peleón que de costumbre y lo único que lo calmaba era la sonrisa enigmática de Valeria. Ella le susurraba algunas palabras al oído y sus labios fruncidos se destensaban en una mueca extraña que no conseguía arrancarse en las carcajadas de antes. Entonces, algo quedaba congelado a nuestro alrededor.

No quería ir con nosotros a caminar por las vías, a lanzar piedras al lago o a ver al pajarero cuando este llegaba hasta nuestro campamento. Únicamente pretendía rondar por la taberna del pueblo, donde cada vez más hombres lo saludaban por su nombre, o estar sentado en el cruce de caminos, en silencio.

Aunque, en realidad, la mayoría de las veces no sabíamos dónde paraba.

Faltaba a clase constantemente y nosotros ya no teníamos excusas para darle a don Ernesto, que fruncía el ceño cada vez que nombrábamos a Chico. Una tarde regresé a la escuela a última hora. Había olvidado la libreta de las tareas y mi madre me había enviado de vuelta para recogerla. La puerta estaba abierta, así que entré sin llamar. El maestro siempre se quedaba limpiando el aula, corrigiendo los ejercicios y preparando la clase del día siguiente.

Pero aquel día, don Ernesto no estaba haciendo nada de todo eso.

Lo sorprendí sentado en la silla de Chico. Parecía muy lejos de allí mientras acariciaba uno de los cuadernos de mi amigo. Lo miré en silencio varios minutos, sin atreverme a romper el encantamiento que había caído sobre él.

Su mirada triste me hizo ver que aquello, lo que le pasaba a Chico, era serio.

Me volví a casa con el corazón encogido. Me encerré en mi habitación y me acosté sin cenar.

Una semana después, Tuerto vino a buscarme corriendo. Era domingo. Parecía preocupado. Cuando nos habíamos alejado suficiente de los oídos curiosos de mi madre, me contó que había escuchado a su padre hablar con otros dos mecánicos sobre unos sacos de patatas que le habían desaparecido al patrón.

—Poca cosa, ¡ya ves! ¿Qué son tres sacos para alguien como don Sebastián? —había dicho el padre de mi amigo—. ¿Por eso tiene que armar todo este lío?

—Ya sabes cómo es el hombre, ¡le han tocado en su orgullo! Esos sacos los han robado del almacén que tiene junto a su casa —le respondió uno de sus amigos—. Eso no es tan fácil de perdonar.

—Además, recuerda que la semana pasada alguien abrió el corral de sus ovejas en plena noche de tormenta —murmuró el otro—. Dicen que fue un accidente, o quizás el despiste del pastor que cubría aquel turno, pero eso no se lo cree nadie. Es un veterano.

—Los lobos se comieron dos ovejas adultas y tres crías murieron de frío —añadió el primero—. Poco para lo que podía haber pasado...

El padre de Tuerto fumaba despacio.

Aquello no eran buenas noticias. Los trabajadores del ferrocarril no vivían sometidos al patrón, un hombre orgulloso y frío, pero el poder de este era tal que el miedo se colaba también a través de las rendijas de madera de nuestros vagones. Los temporeros compartían la taberna con ellos, sus mujeres compraban en las mismas tiendas y sus hijos asistían a la misma escuela. Ser testigos mudos de su mala suerte no era plato de gusto.

Los trabajadores del ferrocarril no podían hacer nada cuando el patrón abusaba doblando los turnos, descontando sus pérdidas de los sueldos míseros de sus trabajadores o enviaba a sus hombres de seguridad a vigilar todas las esquinas. Eso les recordaba que, aunque habían conseguido escapar de la mala suerte de los campesinos sin tierra, se movían en el alambre. Un traspies y volverían a los caminos de finca en finca buscando trabajo.

El padre de Tuerto había cabeceado.

Definitivamente, aquello no eran buenas noticias.

El patrón volvía a ponerse nervioso.

—Hay quien dice que es uno de los suyos y eso lo tiene más furioso —sentenció uno de sus compañeros—. Algún trabajador descontento. Los tiene a cientos. ¿Pero quién será tan tonto de enfrentarse a él de esta manera?

—Un desesperado —contestó el padre de mi amigo.

—Un loco o... un niño, que se parecen peligrosamente —añadió misterioso otro de los mecánicos.

Mi corazón empezó a latir con fuerza, amenazando con salirse de mi pecho. Gritaba algo que mis sentidos no querían escuchar.

Miré a Tuerto. Se encogió de hombros. Se concentró en una piedra que había a sus pies y le dio una patada, lanzándola tan lejos como su miedo le permitió.

Entonces lo supe: los dos habíamos tenido la misma corazonada.

Allí mismo, en mitad de un descampado de matorrales secos, hicimos un pacto de silencio sin ni siquiera decirnos una palabra. Ni esa mañana, ni muchas mañanas después cuando ya todo era real, pusimos en palabras lo que los dos habíamos sentido.

Chico, el hijo de un temporero de tan solo catorce años, había declarado la guerra al patrón.

Una guerra que había perdido muchos años antes de nacer.

«La magia del primer amor consiste en nuestra ignorancia de que pueda tener fin».

Benjamin Disraeli

—A mí me gustan las rechonchas, las gorditas, las que tienen curvas —dije sin apartar la vista de un mechón oscuro y rebelde que había escapado de la trenza de Valeria.

No soportaba su silencio, así que decidí llenarlo con palabras y palabras.

—Parecen más fáciles de agarrar. Apetece hundir la cara en ellas. Darles un mordisco.

Ella asintió con una sonrisa leve.

Tenía los ojos cerrados.

El viento acariciaba su cara, jugaba con su cabello, mecía sus pensamientos más secretos.

Sentí una envidia absurda.

—¿A qué saben las nubes? —me preguntó.

El sonido de su voz me pilló desprevenido.

—¿A algodón? —dudé.

Ella calló, perdida en unos pensamientos que yo sabía que eran tristes. Ese sábado Tuerto se había ido con su padre a las obras del tren. El conductor le había prometido que le dejaría subir con él a la locomotora de cabeza.

Y Chico... a Chico lo habíamos visto con un grupo de mayores bebiendo cerveza en la plaza del pueblo. Jugaban a lanzarles piedras a los perros y a reírse de un borracho que dormitaba en un banco. De lejos, él le había hecho una señal a Valeria para que se acercara.

Ella lo había ignorado.

Me había mirado y, como espantando la pena que se había instalado entre nosotros, me preguntó qué quería hacer aquella tarde.

Mi corazón había dado un brinco, debatiéndose entre el dolor de ver cómo se alejaba mi amigo y la alegría de ver cómo se perdía mi oponente.

Tendría a Valeria toda para mí.

Media hora después, jugando a contar nubes, había descubierto que eso no era exactamente así.

La sombra de Chico estaba allí.

Tumbada en la hierba entre nosotros dos.

—¿Azúcar? —insistí tratando de traer a Valeria a nuestro juego.

Al notar la urgencia de mi voz, murmuró:

—Quizás.

—Eso no es una respuesta. ¿No te acuerdas cómo se juega? —protesté con la voz crispada—. Has de decir algo, ¡lo que quieras! ¿Merengue? ¿Espuma de afeitar?

Callé al notar como ella se revolvía a mi lado.

Una descarga eléctrica me recorrió la espalda.

Su mano había quedado tan cerca de la mía... «Si la tierra temblara un poquito, solo un poquito, o si el viento soplara más fuerte, mucho más fuerte... —supliqué a unos dioses de la naturaleza ausentes—, entonces podría rozarla.»

Las sienes me palpitaban, mientras esperaba que ese milagro sucediera, ajeno a toda lógica.

—¿Algodón? —respondió ella con desgana.

—Repetido. ¡No vale! —grité—. Estoy jugando solo.

Una rabia aguda había traspasado mi garganta.

Ella abrió los ojos sorprendida.

Giró la cabeza hacia mí.

—Un día, Ikal, tú también te cansarás de este juego de críos. No querrás contar más nubes ni imaginar su sabor.

Cerré los puños.

Sentí una lengua de fuego que me subía desde el estómago. Me inundó una fuerza que yo mismo desconocía y solté, desafiante:

—Yo nunca me cansaré de jugar a contar las nubes... si tú juegas conmigo. Siempre, ¿me oyes?, siempre querré jugar contigo.

Valeria abrió sus negros ojos, que amenazaron con devorarme.

Me miraron, teñidos de curiosidad y sorpresa. Sentí que ella era capaz de leer todos los secretos que yo había guardado desde hacía unas semanas: descubrió cada vez que la había mirado sin que me viera, los puñados de sueños que se acumulaban tras mis párpados y escuchó las veces que murmuré su nombre en la soledad de mi habitación. Recorrió todos esos momentos hasta llegar al primero, a aquella mañana en que don Ernesto nos hablaba de los ochenta y cinco ríos de México, y su pelo ondulante enredó mi corazón.

Una vez que lo intuyó todo, sin decir una palabra, se levantó.

De pie, ante mí, se entretuvo en quitarse las hojas que se habían enganchado en su jersey. Luego, sin coquetería, se recolocó los pelos que se habían escapado de su trenza.

—Los días son cortos. Ya oscurece.

Empezó a caminar.

—Vamos —me dijo suavemente.

Yo la dejé irse.

No estaba enfadado. Ni dolido.

Simplemente quería disfrutar de verla caminar mientras saboreaba el regusto de mi valor recién descubierto.

«La vida es una obra de teatro que no permite ensayos. Por eso, canta, ríe, baila, llora y vive intensamente cada momento de tu vida antes de que el telón baje y la obra termine sin aplausos».

Chaplin

Una fila de polluelos tras la gallina clueca.

Eso es lo que parecíamos los alumnos de la escuela Malinalli Tenepatl aquella tarde de sábado mientras esperábamos que nuestro maestro comprara las entradas para la sesión del Starlux Circ de los Pérez Brothers.

Unos polluelos medio desplumados, algo sucios y desconcertados.

No todos habían podido venir: solo aquellos a los que sus padres habían dado el par de monedas que costaba la entrada. Chico llegó corriendo con el dinero en la mano cuando apenas faltaban unos minutos para la función. A todos nos sorprendió que su padre se las hubiera dado. Pero no había tiempo para preguntas: la función estaba a punto de empezar.

—¿Habrá leones? ¿O tigres? —pregunté con los ojos bien abiertos.

—¿Tienes miedo de que te coman? —dijo Chico mientras me daba un coscorrón—. No te preocupes, tienen mejor gusto, pelón. ¡Eres todo huesos!

Valeria y Tuerto rieron.

—¡No! —grité tratando de defender mi orgullo—. Es que siempre he querido ver uno. Y no he podido. Y...

—¡Te creo! —dijo mi amigo, condescendiente.

Ese día estaba de muy buen humor. Incluso nos había comprado unas chocolatinas. Aunque no lo quisiera reconocer, a él, como a todos nosotros, le hacía ilusión ir al circo.

A Tuerto su padre lo había llevado en una ocasión. Desde que don Ernesto nos había anunciado la visita, no paraba de explicarnos fascinado todo lo que había visto. Los trapevistas dando vueltas en el aire lo habían cautivado. Soñaba

con volver a verlos.

Para Chico, para Valeria y para mí, era la primera vez.

—Yo quiero ver a la mujer bala —dijo Chico señalando un cartel en el que aparecía una rubia barbuda saliendo disparada de un cañón.

Valeria, cogida de su mano, sonreía entusiasmada.

—¡Lo mejor es el mago! ¡Seguro que sacará un conejo del sombrero!

—O palomas —añadió Tuerto—. El que yo vi sacó una blanca... ¡que se le cagó encima!

Los tres nos reímos mientras nuestra amiga ponía cara de enfadada. Pero yo sabía que eso era imposible y ese día, en que parecíamos haber vuelto a los viejos tiempos en que todos estábamos juntos, menos todavía.

—Entrad y sentaos en las dos primeras filas. ¡Sin peleas! Hay sitio para todos —insistía don Ernesto, mientras nos hacía pasar uno a uno al interior de la carpa, entregándonos muy formal nuestra entrada.

Allí nos recibía una oscuridad misteriosa, con olor a polvo, animal viejo y azúcar quemado. Apenas cinco bancas de madera rodeaban una pista de tierra en la que destacaba un círculo rojo del que yo no era capaz de apartar mis ojos.

Un silencio casi místico nos embargó a todos.

Sentíamos la magia de aquel espacio que hoy, recordado con la perspectiva de los años, no dejaba de ser una cueva de tela vieja y arrugada. Las costuras descosidas de la lona permitían que el aire y el polvo se colaran sin pagar entrada. Sin embargo, nosotros no veíamos nada de todo eso. Igual que no vimos las manchas o los remiendos del tutú de las bailarinas que aparecieron acompañando a un panzón que vestía una chaqueta brillante y un sombrero de copa.

Sonaron unos platillos, un tambor y una trompeta para anunciar su entrada. Miramos a nuestra izquierda: tres niños que no serían mucho mayores que nosotros eran los músicos.

Por un segundo, me imaginé siendo uno de ellos con Quetzal. Viviríamos en un carromato, viajando de aquí para allá. Juntos ejecutaríamos números increíbles,

quizás tocaríamos la trompeta como el niño indio que se empeñaba en llenar sus pulmones de aire aquella tarde, y conseguiríamos todos los aplausos. Las chicas nos lanzarían flores, las abuelas llorarían al vernos. Los niños y perros nos envidiarían. Seríamos artistas, aventureros...

Un codazo de Chico me sacó de mi ensueño.

— Ahí tienes a tus fieras — murmuró en mi oído derecho.

Cuatro caballos con plumas salían a la pista.

— Eso son caballos... — me defendí.

— ¡Uy! Pero de los salvajes — se rio tapándose la boca.

Valeria, que se sentaba al otro lado, le estiró de la manga.

— Ssstttt.

Chico me guiñó un ojo.

Las bailarinas subieron sobre los caballos y, al compás de la música, empezaron a realizar figuras imposibles. Los caballos tomaban velocidad y nosotros cruzábamos los dedos. La mayoría lo hacían con la esperanza de ver cómo alguna de ellas caía y su caballo le pasaba por encima. Algunos empezaron a hacer apuestas al respecto, hasta que don Ernesto, molesto, los reprendió.

— Caballeros, ¡un poco de respeto! Recuerden lo que les expliqué el otro día en clase...

A mí me había fascinado lo que nos había contado. Según él, contemplábamos un arte con miles de años de historia. «Piensen que en el antiguo Egipto, dos mil años antes de Cristo, ya existía el circo. En una tumba encontraron unos dibujos que así lo demuestran...».

Pero los egipcios no eran los únicos que iban al circo. Don Ernesto nos había explicado que los antiguos griegos y romanos, también. Incluso nos explicó que los aztecas eran muy conocidos por sus malabares con los pies.

Así es que ahí estábamos nosotros, los niños del tren, asistiendo a un espectáculo del que quizás ya habían disfrutado nuestros antepasados. Eso me

hacía sentir orgulloso.

Tras las bailarinas, apareció una familia de chinos. Vestidos con sus trajes de seda, niños, adultos y ancianos lanzaban objetos al aire mientras no dejaban de danzar o componer extrañas figuras. Llenaron la pista con decenas de palillos gigantes que hacían girar, mientras en lo alto un plato parecía a punto de caer y romperse en mil pedazos. Un par de mujeres corrían de un lado a otro de la arena, manteniendo en movimiento esos palillos. El resto de artistas permanecían quietos como estatuas.

Aquella actuación no despertó el entusiasmo del público que, en cambio, aplaudió emocionado la llegada de los trapeceistas. Dos parejas hicieron que se nos cortara la respiración con sus giros en el aire. Los redobles de tambor que anunciaban los saltos más difíciles apenas conseguían disimular los latidos del corazón de Tuerto, que sentado a mi izquierda no se perdía ni un segundo de lo que sucedía delante de nosotros. Igual que Valeria, que con una mano se tapaba la boca para no gritar y con la otra apretaba el brazo de Chico. Él tenía sus ojos oscuros clavados en su perfil. Brillaban. Su boca estaba ligeramente abierta como si se hubiera quedado congelada en un instante de sorpresa. A pesar de los codazos que me daba Tuerto para que mirara cómo aquellos cuatro se jugaban la vida por apenas unos pesos, yo prefería mirar allí donde yo me jugaba mi vida. O así me lo parecía a mí.

Valeria había preferido ignorar mis palabras.

Actuaba como si yo no le hubiera confesado el mayor de los secretos, mi amor por ella. Un amor que yo sentía que nada ni nadie podrían borrar. Estaba marcado y no podría ser de nadie más. Pensé que debería esforzarme para conseguir ser el mejor estudiante, llegar a la universidad y convertirme en un gran profesional o en viajar y conocer mundo. No había otro camino para darle sentido a mi vida. Así quizás ella me eligiera...

En esa disyuntiva andaba mi mente cuando por fin salió el domador a escena. Para culmen de mi tragedia de aquella tarde de sábado, no le seguía un león ni un tigre, sino un triste oso con una argolla en la nariz. Era grande pero se movía tan pesadamente y tenía tantas cicatrices en el lomo que más que miedo inspiraba pena.

—Les quitan las garras y los colmillos —susurró Tuerto—. Así no pueden hacerle nada al domador. Son inofensivos.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté tratando de ver qué escondía la boca del animal.

—Lo sabe todo el mundo —respondió como si tal cosa.

«Aquella tarde se estaba torciendo», pensé mientras el hombre metía su cabeza en las fauces de la bestia. Esta vez ni siquiera los gritos exagerados del presentador consiguieron que sintiera miedo.

El oso bailó abrazado a una de las bailarinas, al ritmo de algo parecido a un vals. Luego jugó a la pelota y se revolcó por la arena siguiendo instrucciones de su domador. Estaba tan gordo que, cuando quiso levantarse, no lo consiguió. El público rompió en risas, mientras entre el presentador y el domador trataban de empujar al oso fuera de la pista.

El grupo de payasos entró en sus bicicletas para intentar llamar nuestra atención. Y lo consiguieron. Sus números sencillos y torpes nos entusiasmaron. Uno de ellos sacó a rastras a un mago y a su ayudante, una chica envuelta en una capa con miles de estrellas brillantes bordadas. El hombre llevaba un gran sombrero de copa. Valeria no apartó la vista de él, ansiosa por ver aparecer los conejos. No le interesó ver cómo sacaba espadas de su boca ni cómo encerraba a su chica en un ataúd que luego serruchaba. Todo el mundo aplaudía emocionado excepto mi amiga. Sentada en el filo del banco, aguantándose la cabeza con sus dos manos, no apartaba la mirada del sombrero.

Sufrí por ella.

¿Y si solo sacaba palomas? ¿O pañuelos? O tal vez su sombrero se había estropeado y esa tarde no saldría nada de allí.

Cerré los ojos. Apreté los puños con fuerza.

La orquesta empezó a tocar una música rápida.

—¡Qué pasada! ¡Acaba de aparecer un balón dentro del sombrero! —exclamó fascinado Tuerto.

—¡Una lámpara! —gritó alguien del público.

Cartas, una brocha, una flor que regaló a su ayudante...

Los aplausos empezaron a sonar. Me temí lo peor.

Murmuré:

—Un conejo.

—¡Una paloma! —saltó Chico—. ¡Te lo dije! ¡Una paloma!

Abrí los ojos. El animal se estrellaba una y otra vez contra la carpa, como si tratara de abrir un boquete por el que escapar. El público gritaba. Algunos hacían aspavientos tratando de conducir al animal hacía la entrada, para que pudiera huir.

Miré a Valeria.

El mago y su ayudante estaban a punto de desaparecer tras el telón. Ella les seguía con la mirada.

Se levantó de golpe. No dijo nada pero se quedó allí plantada, en medio de la oscuridad.

El mago se giró.

No sé si la vio.

No sé si leyó su pensamiento.

Pero en ese momento se agachó. Se sacó el sombrero y lo dejó en la arena.

De repente, unas orejas largas y blancas anunciaron el milagro. Un segundo después, un par de conejos daban vueltas alrededor de la pista y rascaban la arena buscando una zanahoria imposible.

El telón se cerró.

Los dos animales se quedaron allí, ajenos a los aplausos de la chica más feliz del mundo, que me miró fugazmente mientras asentía con una sonrisa iluminadora.

Me miró a mí y no a Chico, pero fue él quien la besó en ese instante.

—¡Los voy a denunciar!

—Igual hoy estaba enferma la pobre mujer —terció Tuerto, siempre dispuesto a calmar a nuestro amigo cuando se encendía.

—¡Pues que me devuelvan el dinero! —renegó Chico.

Caminábamos los tres por las vías. La función de circo había acabado hacía media hora, pero en vez de regresar a casa, nuestro amigo nos había convencido para dar una vuelta y comentar qué le podía haber pasado a la mujer cañón.

Aún era de día.

Yo iba el último, en silencio. No me importaba que la mujer cañón no hubiera aparecido. Ni siquiera que no hubiéramos visto leones o tigres. Dos conejos habían corrido por la pista durante varios minutos hasta que un par de payasos habían conseguido cazarlos. Eso era suficiente para mí.

—Tampoco han salido fieras y no por eso Quetzal se queja, ¿verdad? —terció Tuerto buscando mi complicidad.

Yo seguí mudo.

—¡Me he arriesgado para nada! —murmuró Chico.

Aquella frase quedó pendiente de dos ramas.

Antes de que ninguno pudiera preguntarle qué quería decir, de la nada aparecieron tres hombres. Nos observaban desde el otro lado de la vía.

Chico se detuvo en seco.

Vi como su espalda se tensaba.

—Muchacho, tu padre te busca —habló el mayor de los tres.

El sol naranja, a punto de esconderse tras los campos, nos daba de frente.

Apenas podíamos distinguir sus caras. Pero sus ropas estaban llenas de tierra y desgastadas. Dos de ellos llevaban unas botas remendadas con cuerdas y el otro unas sandalias de neumático. Eran temporeros.

Nadie se movió.

—No se lo pongas más difícil. El patrón ha preguntado por ti —añadió el más bajo.

Tuerto miraba a los hombres y a Chico alternativamente. Yo dejé la mirada clavada en los hombros de mi amigo.

Esperaba ese instante en que todo cambiaría.

El aire se había vuelto plomo.

Todo estaba detenido. Incluso la tarde, que parecía resistirse a desaparecer, suspendida en el horizonte. Oí los graznidos de una bandada de pájaros, que cubrió nuestras cabezas por unos segundos.

Y entonces sucedió.

Chico arrancó a correr.

Se perdió entre las cañas que había a nuestra izquierda.

El mayor de los hombres se giró hacia nosotros.

Sin dejar de mirarnos, levantó un brazo en dirección a las cañas y los otros dos salieron veloces tras nuestro amigo.

Me sentí infinitamente pequeño.

Alargué la mano y rocé a Tuerto, quien se giró.

Bajó de la vía, se puso a mi lado y me pasó un brazo por encima de los hombros.

Empezamos a caminar por donde habíamos venido, sin volvernos ni una sola vez.

Yo temblaba.

Sentimos que el hombre nos seguía vigilando.

Oímos los gritos de Chico.

Seguimos caminando lentamente por aquella vía muerta, expuestos, hasta que la noche se apiadó de nosotros y nos cubrió.

A lo lejos, vimos las luces de los vagones.

Imaginamos a nuestras madres con el plato de arroz sobre la mesa, la radio sonando en el salón, un par de libros de aventuras abandonados sobre nuestra cama a medio leer.

Nuestros padres, fumando sentados a la puerta del porche, dijeron nuestros nombres. O eso nos pareció y nos pusimos a correr hacia ellos para que no nos alcanzara la misma sombra que a Chico.

Más cera que la que arde

—Pongamos todas las cartas sobre la mesa —dijo el director general.

Hugo Valenzuela frunció el ceño. «¿Es una orden? ¿O una declaración de intenciones?», se preguntó tratando de evitar que el sol le deslumbrara.

Desde que había recibido aquella invitación para jugar al golf sabía que no le iba a salir gratis. Le había llamado directamente el jefe máximo de la futura Comisión. El mismo que ahora observaba cómo afirmaba sus pies en la tierra, balanceaba el palo y perdía de vista el mundo excepto el hoyo nueve de aquel campo.

Golpeó y solo entonces le devolvió la mirada al director general.

No necesitaba vigilar la trayectoria de la bola para saber que iba a entrar. La cara de fastidio de Limónez se lo confirmó: su *swing* era bueno, de hecho, mucho mejor que el de sus contrincantes de aquella tarde.

¿Sería eso suficiente para salir bien parado de aquella encerrona?

—Veo que sus golpes son tan buenos como sus informes —murmuró el director general—. Usted juega desde niño.

Por un instante, Hugo Valenzuela retrocedió a su infancia. Se imaginó a la puerta de casa, vestido para jugar al golf, rodeado de sus mejores amigos. Todos llevaban una bolsa con palos. Se le escapó una sonrisa. A duras penas consiguió evitar que se convirtiera en una carcajada.

—Digamos que he pasado muchas horas afinando mi puntería, director —dijo condescendiente.

Por un momento, pensó en dirigir la conversación por ahí e inventar una infancia ligada a campos de golf, a un padre que soñaba con un hijo campeón, a una lesión adolescente... «¡Qué sé yo! Lo que sea menos hablar de...».

—Las mismas horas que, sin duda, le está dedicando al expediente de cierre de la Escuela Artículo 123. Eso es lo que nos gusta de usted —contraatacó su jefe.

«Ya me parecía a mí que no iba a ser tan fácil escaparme», suspiró Hugo Valenzuela mientras vigilaba por el rabillo del ojo a un indeciso Limónéz. Era el turno de su compañero y este dudaba entre distanciarse de la conversación para disparar o seguir allí con ellos para no perderse un detalle.

Estaba más nervioso de lo habitual y eso hizo que el inspector jefe se pusiera en guardia. «Algo te juegas, Limónéz... No sé el qué, pero algo y es mejor que no haya testigos», se dijo Hugo Valenzuela al recordar cómo había despedido al ayudante, al chófer y al responsable de seguridad del director general.

—Sabe que soy un hombre al que le gusta hacer bien lo que le encargan — ganó tiempo el inspector, mientras animaba con un gesto a su contrincante para que lanzara.

—¡Vamos, Limónéz! No tenemos todo el día —lo secundó el jefe de ambos—. Así es que, ¿está concentrado en el tema de la escuela tal como le pedimos? —se dirigió de nuevo hacia él—. Ahora que ya ha estudiado el caso, convendrá con nosotros en que la única salida es el cierre de ese vagón escuela...

—Es un modelo anacrónico, desfasado —terció vehementemente Limónéz—. ¡Proyecta una imagen anticuada de nuestro país! Esa no es una escuela para el siglo xxi. Sin buenas instalaciones, sin tecnología, sin medios...

El funcionario daba énfasis a sus palabras moviendo el palo de un lado a otro. Por un momento, pareció que iba a golpearles.

—Yo no lo veo tan sencillo. Es un modelo que ha obtenido resultados — habló despacio Hugo Valenzuela—. Se creó para facilitar acceso a la educación a una población que, de lo contrario, estaba condenada a no poder escapar de un futuro de ignorancia, fracaso o quizás delincuencia.

Sabía que se movía en terreno pantanoso. Quería ver hasta dónde podía avanzar para descubrir qué se escondía realmente detrás de aquella petición.

—Esa población aún existe, desgraciadamente, director.

—¿Resultados, inspector? —elevó la voz su interlocutor—. ¿Ha hablado de resultados?

—En la década de los treinta, se aprobó la Ley del Trabajador. Esa ley, que recogía todos sus derechos y que sigue vigente nos guste o no, contenía un artículo

que aprobaba la creación de esos vagones escuelas para poder garantizar el acceso a la educación a todos los hijos de los trabajadores de este país... Un país de grandes extensiones, malas comunicaciones, con rincones aislados... O poblaciones con alta movilidad territorial. Trabajadores del ferrocarril, temporeros, nómadas... —Hugo Valenzuela se detuvo para tomar aire.

Era consciente de que se estaba arriesgando, pero ya no podía parar.

Caminando hacia el siguiente hoyo, había sentido unas ganas locas de hacer rabiar a Limónez, ver cómo se revolvía, herido, y de hacer perder su tiempo al director general. «Como él me hace perder el mío», pensó.

—Y durante más de ochenta años, muchos niños han pasado por sus aulas y...

—Insisto, ¿resultados, inspector? —le miró el director general—. Todos sabemos que usted no es un sentimental. No nos sorprenda ahora. ¿Cuántos alumnos han pasado por esas aulas? ¿Cuántos de ellos han conseguido acabar la secundaria? ¿Cuántos llegar a la universidad y acabarla?

Se hizo el silencio.

—Números, inspector —insistió—, dígame cuántos son políticos en sus ciudades, cuántos empresarios de éxito o... ¿Cuántos han triunfado en el ámbito que sea?

«¿Qué entendemos por éxito? ¿Qué entendemos por triunfar? A veces, simplemente llegar a mañana ya lo es», suspiró Hugo Valenzuela, «y si además lo haces siendo honrado, ya se ha conseguido más que usted», tenía ganas de escupirle a la cara. Pero sabía que no podía hacerlo.

En ese momento, salió a relucir la razón por la que callaba: la famosa Comisión.

—Estábamos pensando convocar la primera reunión de la Comisión Nacional de Educación para dentro de un mes —insinuó.

Dejó la frase en el aire. Sin más, se puso a hablar con Limónez sobre qué palo sería el más adecuado para el siguiente golpe. Quería que su subordinado masticara todo lo que encerraba aquella afirmación.

Hugo Valenzuela hizo como si lo ignorara. Siguió caminando con la mirada clavada en el verde que le rodeaba a pesar de que empezaba a sentir un cansancio muy viejo, que venía de lejos.

«Quemar mis quince días de vacaciones de primavera de esta manera...», se dijo, recordando el momento en que le había pedido a Carolina que anulara su billete a Cancún. «¡Jefe! Aún faltan algunas semanas. No sea tan negativo, ¡las cosas mejorarán», le había animado ella. «Demasiado trabajo a la vista. Me tendré que quedar. Ya lo sé ahora. ¿Para qué esperar?», le había dicho. Y ahora se arrepentía: se pasaría esos días tratando de contentar a aquel energúmeno.

—¿Tienes esos números? —le susurró Limónnez al oído, con cierta cara de preocupación, mientras el director general se preparaba para el siguiente tiro unos pasos más allá.

Hugo Valenzuela lo miró a la cara, pero en realidad miraba mucho más allá: trataba de leer los pensamientos que se escondían en los pliegues de su cerebro.

«De acuerdo, ya sé que los derechos de los trabajadores te la traen al fresco. La gente como tú y el director general y la mayoría de los del gobierno, habéis estudiado en escuelas de élite. No necesitáis vagones ni maestros como don Ernesto para llegar a tener una oportunidad... Pero ¿por qué ahora? ¿Solo eso?», pensaba.

—Aún no los tengo —le respondió, recordando que le había hecho aquel encargo a Rebeca, pero esta aún no se los había facilitado.

—Mucho trabajo sobre la mesa y tu equipo en cuadro —dijo conciliador Limónnez—. Y Rebeca, ¿qué?

—Rebeca, ¿qué? —se volvió a poner a la defensiva el inspector jefe, sin dejar de vigilar a su jefe, que golpeaba enfadado el green.

Había enviado la bola a un charco.

—Rebeca tiene fama de eficiente. Y te la enviaron para reforzar el equipo. Su aporte se tiene que notar, ¿no?

Un regusto agrio ocupó el paladar de Hugo Valenzuela: el sabor de la traición. Recordó cómo había sospechado de su nueva ayudante el primer día. Con las semanas, y ante los constantes halagos de Carolina, se había olvidado de

aquellas sospechas. «Pero mi instinto no suele engañarme», pensó.

—¿Qué sabes de ella? —respondió atacando a su contrincante—. ¿Qué te ha contado de nuestro trabajo?

Limónéz abrió los ojos como platos.

Retrocedió.

—¿Qué me va a contar? No he hablado con ella nunca de este tema —le miró antes de añadir con insistencia—. Nunca.

Unos pocos pasos más allá, el director general libraba su propia batalla.

Con el caddie, había decidido acercarse hasta el charco para intentar rescatar la pelota: era una de las de la suerte.

Hugo Valenzuela decidió aprovechar la ocasión para encararse con su compañero.

—Limónéz, como ha dicho el director, pongamos las cartas sobre la mesa —le dijo con un tono arrogante que sabía que ponía nervioso a un correveidile como el que tenía delante—. ¿De qué va esto?

Su interlocutor se agitó.

—No sé qué quieres decir...

—Sí lo sabes —le acosó.

Hugo Valenzuela disponía de unos minutos para enterarse de qué se estaba jugando de verdad.

—De modernizar la educación del país. De tener una escuela que haga honor a nuestra sociedad que...

Le puso las dos manos sobre los hombros. Decidió jugarse el todo por el todo. Se tragó el asco que le producía Limónéz.

—¿Somos o no somos amigos? Ya sabes que yo soy de los leales.

Dejó que sus palabras calaran en el ánimo del otro.

—¿Por qué tanto interés en una triste escuela, aparcada en una estación abandonada, por un viejo maestro a punto de jubilarse, por unos alumnos marcados por el fracaso antes de empezar a correr...? —suspiró—. Sé que tú lo haces por el país. Hay que dejar atrás el pasado, apostar por nuevas escuelas, nuevas infraestructuras y...

Conforme hablaba una luz tenue se iba abriendo ante sus ojos.

—Pero ¿el director general? ¿La Comisión? Estoy seguro de que hace seis meses no sabían que existían esa ley y esa escuela. ¿Por qué tanto interés?

Limóné miró para todos lados. Trató de zafarse de las manos de su colega, pero no pudo. Tragó saliva.

—No pensábamos que te lo tomarías tan en serio, la verdad —tartamudeó de nuevo—. Los números no cuadran. Los niños no pagan. Así que el sueldo del maestro y los gastos del mantenimiento salen de las arcas.

—¡Cuatro chavos! No cuesta más...

—En realidad no es lo que cuesta estrictamente. Es lo que no permite que se gane...

—Vamos entendiéndonos —le dijo, retirando las manos para darle un respiro.

Sin duda, a Limóné le quemaba lo que sabía. Estaba a punto de liberarse compartiéndolo con alguien.

—Por un lado, están los terrenos.

—¿La estación Delicias? ¡Solo hay telarañas, ladrillos y basura!

—Eso es lo que se ve.

—¿Lo que se ve?

—¡Gas! —susurró Limóné y cerró los ojos como si se hubiera quitado un peso enorme.

Hugo Valenzuela cabeceó.

—Nunca lo había oído.

—Hay cosas que no se dicen. Hay informes que no llegan a salir de un despacho, ¿entiendes? —susurró, asustado al ver cómo el director general regresaba—. Pero además hay un negocio de construcción y...

—¿Negocio de construcción?

Bajó la voz.

—La escuela vagón es la última de su especie. ¿Quién protestará por su cierre? ¿Un maestro jubilado? ¿Tres hippies nostálgicos? Sus antiguos alumnos son campesinos u obreros que bastante tienen con preocuparse de su día a día. No están para líos. Pero hay otras escuelas vinculadas a esa ley. Escuelas rurales, escuelas de suburbios... Se aprobarán normativas para las escuelas públicas. Nuevos edificios, nuevas instalaciones... Y ya sabes, hay una posible moción al gobierno. En teoría, la oposición la perderá. Pero existe una mínima posibilidad de que... y antes hay que dejar atadas muchas cosas: los arquitectos que harán esas obras, las empresas que les venderán el material...

—Odio este campo —renegó el director general—. Me va a oír mi ayudante por haber reservado aquí. Se las cargará.

Bufó. Miró a los dos funcionarios. Le sorprendió la cara ausente de Valenzuela y la mirada preocupada de Limónez. Se dijo que tenía que intervenir antes de que Limónez lo echara todo a perder, mientras maldijo de nuevo al ministro, casado con la tía de Limónez. «Si no, ¿de qué un incompetente como ese iba a estar en medio de todo esto? Lo echará a perder», suspiró justo antes de decidir que tenía que ponerse en serio sobre ese tema. El futuro de la educación del país estaba en sus manos, pero también el futuro de los bolsillos de unas cuantas personas importantes.

—Como le decía, Valenzuela, pongamos las cartas sobre la mesa.

«Conozco tus ases, tus comodines, tu escalera... ¿Con qué farol quieres engañarme?», se dijo el inspector jefe antes de asentir automáticamente. Aún no conseguía digerir todo lo que le habían dicho.

—El tiempo se acaba —le dijo—. Solo hay una salida. Usted y yo lo sabemos:

el cierre. Si quiere seguimos disimulando, pero no vale la pena. Haga usted su informe, vaya a la escuela, y acabe llegando a la misma conclusión que nosotros.

«El tiempo se acaba», dijo en voz baja mientras tomaba una ducha.

Se lo decía a sí mismo, pero también a un maestro a punto de jubilarse, a las familias de las barracas que rodeaban la estación Delicias... y a los niños y al perro que lo miraban, cada mañana, desde una foto antigua y raída en su escritorio.

Notó un peso enorme sobre sus hombros.

Un peso que no tenía con quien compartir.

Por primera vez en muchos años, Hugo Valenzuela sintió que el tiempo, el bueno, se había acabado hacía ya mucho.

15

Aliados extraños

Su sexto sentido le había mandado a Carolina una señal: era mejor no decirle nada a Hugo Valenzuela de aquella llamada. No sabía con certeza por qué, pero repasando con el dedo el nombre y el número escritos en aquella hoja estaba segura de haber acertado.

Cerró la libreta.

Se levantó y cogió el bolso.

Eran casi las nueve de la noche: hora de irse a casa.

Antes de que las puertas del ascensor se cerraran del todo, pudo ver luz en el despacho de su jefe. Oyó cómo escapaban de allí algunas notas perdidas de un saxo. Se había puesto música. Lo imaginó mirando por el ventanal, con un vaso de vino en la mano. Cansado.

«Ha sido un día muy largo para todos», suspiró la secretaria.

Un día que había empezado con una llamada algo extraña. Al recordarla, sentada en el autobús de camino a casa, a Carolina se le dibujó una sonrisa en el rostro.

—Buenos días, dama.

—Buenos días, ¿con quién hablo?

—¿Es ahí la Secretaría General de Educación?

—Sí, aquí es. Por favor, ¿con quién hablo?

—¡Dama! No sabe qué alegría me da. ¡Por fin! No se imagina la de números que he marcado y la de máquinas con las que he hablado. Porque, no será usted otra máquina, ¿verdad?

Carolina se recostó en el sillón. Llevaba una hora enganchada a la pantalla así que se podía tomar un respirito. Aquella llamada prometía ser entretenida.

—La verdad, caballero, es que algunas veces empiezo a dudar si lo seré o no.

—¿¡Cómo!?

—Me refiero a que trabajo tantas horas, en tantos frentes a la vez, y con tanta tecnología... que empiezo a dudar si no habré dejado de ser humana —sonrió mirando su ordenador, la centralita de teléfonos, la grabadora digital, la impresora y el escáner...

En los últimos años, su mesa se había convertido en un zoo con todo tipo de aparatos. «Un día buscarán una secretaria con más titanio y cables que yo», le decía bromeando a Rebeca. La joven se reía y le decía que la ilusión, la entrega y la experiencia nunca podrían ser substituidas por chips.

—La entiendo, dama, la entiendo —dijo la voz amable—. Yo he tenido suerte y, de momento, sigo trabajando rodeado de personas. Y como todas las personas tienen un nombre y ya sabemos que usted lo es, ¿me regalaría el suyo?

Carolina le dio un sorbo al té, que ya se había enfriado abandonado junto al teclado. Se imaginó a su interlocutor. Era un hombre mayor pero con la voz firme. Era educado. Su acento denotaba que no era de la capital.

—Habla con Carolina, secretaria.

—¡Qué nombre tan bonito! ¿Sabe usted de dónde viene su nombre? Es de origen germánico y significa mujer muy inteligente.

—¿No le parece que es usted un poco maleducado?

—Dama, ¿en qué la he molestado? Disculpe las confianzas. La costumbre hace que uno siempre esté dando lecciones.

—No lo digo por eso, caballero —calló divertida—. No me ha dicho su nombre ni desde dónde llama.

—¡Disculpe! Es usted tan agradable y después de tantas grabaciones metálicas o señoritas estresadas que me pasaban de un teléfono a otro que... —calló por un segundo—. Ernesto. A su servicio.

—Encantada, Ernesto —suspiró.

Aquella conversación tenía un punto surrealista que la entretenía. Por suerte, su jefe estaba en una reunión con todos los inspectores de zona y tardaría

un rato en volver.

—Ya hemos avanzado un poquito... Ahora me falta que me diga de dónde llama y por qué. Así sabré si de verdad puedo ayudarle...

Rebeca le hizo una señal: se iba a tomar un café con Limóné y un par de compañeros más.

Carolina sonrió: ahora sí que podría hablar con tranquilidad.

—Soy maestro. —Titubeó antes de añadir—: Actualmente, soy el único docente y director de la Escuela Artículo 123 Malinalli Tenepatl.

Carolina se atragantó con el té.

Empezó a toser.

—¿Se encuentra usted bien, dama? —dijo Ernesto preocupado.

La secretaria se puso de pie sin dejar el teléfono, que apoyó en el hombro. Levantó un brazo. Abrió la boca tratando de tomar todo el aire posible.

—Dama, ¿se encuentra bien?

Ese nombre, esa escuela...

—Respire. Levántese, de un par de pasos...

Los informes, las gráficas, el expediente de cierre...

—Sobre todo no se ponga nerviosa...

Las llamadas del director general, las visitas de Limóné, los rumores en la máquina del café...

—Empieza a preocuparme. Dígame algo, por favor —insistió el maestro.

Carolina vio la carpeta verde sobre la mesa de Hugo Valenzuela y la cara de preocupación con que este la miraba desde hacía semanas.

El problema ahora tenía voz.

—Ha sido el té, Ernesto —murmuró tratando de recuperar la compostura.

—Yo siempre les digo a mis alumnos que hacer varias cosas a la vez no es bueno —rio antes de añadir—: Aunque reconozco que las mujeres son capaces si se lo proponen.

—Ya ve que no todas —dijo aliviada de que no hubiera notado nada—. Dígame, Ernesto, ¿en qué puedo ayudarle?

Se hizo un silencio al otro lado de la línea.

—Carolina, la verdad, no sé si ni usted ni nadie puede ayudarnos...

A la secretaria le sorprendió el tono triste de su voz, hasta ese momento alegre.

—Probemos, no sabe usted los poderes que llegamos a tener algunas secretarias —respondió tratando de aligerar la situación.

—Verá, estoy a punto de jubilarme...

—Seguro que se lo tiene bien merecido. ¡Ya tendrá ganas! Disfrutará de su familia, de sus aficiones, podrá viajar...

—La verdad, Carolina, es que no tengo muchas ganas, pero han decidido que me toca.

—¿Sus jefes?

—La naturaleza, que me ha hecho envejecer sin darme cuenta —suspiró—, y mis ojos, que han decidido por mí que ya no querían seguir trabajando.

«Lo de la ceguera no aparecía en los informes», pensó Carolina y se entristeció de verdad.

—No sabe cuánto lo siento...

—Yo no lo siento por mí. Estoy feliz por la vida que he llevado y por todo lo que he visto —calló un segundo antes de continuar—: Lo siento por mis alumnos y por mi escuela. Con mi jubilación, amenazan con cerrarla. Ya le he dicho que soy el único docente.

—¿Cómo es eso posible? ¿Qué escuela es esa? —disimuló Carolina.

La voz de Ernesto recuperó brillo.

—Somos la última escuela vagón, estamos situados en Delicias, una estación de trenes abandonada —tomó aire orgulloso—. Somos herederos de una tradición con casi un siglo de historia. ¿Sabía usted que este país fue cruzado por muchas escuelas como la mía, que llevaban maestros y educación a niños y niñas del campo o hijos del ferrocarril?

Carolina cerró los ojos. Dejó que sus palabras acompañaran a su imaginación.

—Cientos de alumnos han aprendido a leer y escribir entre estas paredes de madera. Tantos niños y niñas se han sentado en los viejos pupitres... ¡hasta un perro!

—¿Un perro? —preguntó sorprendida la secretaria.

—Se llamaba Quetzal y estuvo un curso conmigo. Y le aseguro que prestaba más atención a mis explicaciones que algunos de mis alumnos —le explicó muy serio el maestro—. ¡Hasta le entregué un diploma el último día que vino a la escuela! Se lo había ganado.

La secretaria y el maestro empezaron a reír, contagiados por el sonido de sus propias alegrías.

—¿Se lo puede creer? Aprovechando mi situación, quieren cerrar el vagón.

Por primera vez desde que conversaban, la indignación parecía haberse apoderado del hombre. Carolina sintió cómo su corazón se contagiaba de aquel sentimiento.

—¿Sigue teniendo usted alumnos?

—¡Por supuesto! Antes viajábamos varios meses al año, ahora ya no. Mi vagón se quedó quieto para siempre en la estación que le he dicho. El óxido ha mordido nuestras ruedas, pero... —Tosió antes de seguir hablando—: ¿sabe cuántas familias viven en cabañas destartaladas alrededor de la antigua estación? Como a nosotros, el óxido les ha mordido los pies. Algunos trabajan en el campo, otros tratan de hacer pequeños apaños aquí y allá... ¿Dónde irán sus hijos a clase?

No hay otra escuela en kilómetros a la redonda. Y si la hubiera, ¿con qué la pagarían?

—¡No pueden cerrarla! —suspiró Carolina.

Por un segundo, se asustó de su propia decisión, hasta que oyó la voz amiga.

—¡Ya sabía yo que usted no podía ser una máquina! Tiene corazón, dama — comentó Ernesto—. Por eso llamo. El inspector de mi zona me dijo que todo está en manos de los responsables de la Dirección General. Que hay un expediente, un estudio en marcha. Que no hay nada decidido, que lo están trabajando allí, en la capital. Y yo he pensado que quizás querrían venir a conocernos, hablar conmigo, con las familias, con los alumnos...

Carolina suspiró. «Pobre hombre, si supiera que todo está casi decidido», pensó. Entonces le vino a la cabeza su jefe. En las últimas semanas, no parecía el mismo. El expediente seguía en su mesa, abierto. Hugo Valenzuela era conocido por tomar decisiones rápidas. En cambio, por alguna razón que ella no alcanzaba a comprender, se resistía a archivar el caso de la Escuela 123. Se pasaba horas encerrado en el despacho. Sin parar, les pedía documentación a ella y a Rebeca. Repasaba una y otra vez los papeles que le entregaban, como si buscara en ellos la fórmula de la alquimia.

La mujer sonrió.

Quizás no todo estaba perdido. Quizás aquel viejo maestro podría jubilarse en paz porque sus alumnos seguirían teniendo clases.

Carolina intuyó que Ernesto y el vagón tenían una oportunidad, remota y pequeña, pero una oportunidad.

Acababa de decidir convertirse en su aliada y luchar a brazo partido para que esa oportunidad fuera grande y real.

—Ha llamado usted al teléfono adecuado, maestro —dijo contenta—. Ese expediente está en la mesa de mi jefe.

—¡Qué me dice! Dama, la acabo de conocer y no me da más que alegrías. Estamos en buenas manos, entonces. Si usted está cerca de nuestro expediente, velará por él.

Carolina rio alagada.

—Lo intentaré.

—¿Con quién debería hablar?

Carolina tragó saliva. Las puertas del ascensor se abrieron. Vio aparecer la figura estirada de Hugo Valenzuela y supo que no era una buena idea pasar aquella llamada.

—Conmigo misma. Mi jefe no se encuentra en este momento en el despacho —mintió mientras veía como este le hacía un gesto con la mano, invitándola a entrar con él.

—De acuerdo, de acuerdo... Entonces, ¿todo va bien? —preguntó ansioso Ernesto—. ¿Le dirá a su jefe que he llamado y que les invito a venir a visitarnos? Yo creo que sería adecuado si van a tomar una decisión tan importante para nosotros.

Carolina asintió en silencio.

—Todo está en marcha. Son días cruciales para la decisión, Ernesto, no le voy a engañar. Prometo decirle a mi jefe lo de la visita. Ahora tendré que dejarlo...

—Claro, claro. ¡Ya le he robado mucho tiempo! Disculpe —azorado lanzó una última pregunta—: ¿Puedo llamarla para saber cómo van las cosas?

—Siempre que quiera —respondió de corazón.

«Don Ernesto, cuenta usted con una aliada aunque no lo sepa», se dijo Carolina mientras se sentaba frente a su jefe, que tenía ojeras por primera vez desde que lo conocía.

No hizo falta que sacara a relucir el expediente.

Hugo Valenzuela empezó hablando de él, con urgencia. En un alarde de confianza, le comentó las presiones que estaba recibiendo para que apresurara el tema.

—Estoy seguro de que ha notado que, en esta ocasión, me está costando tomar una decisión de una manera rápida —dijo avergonzado pero tratando de

restarle importancia—. Demasiados temas en la cabeza, las bajas en el equipo...

—Permítame, don Hugo, que le diga que lo entiendo.

Carolina tragó saliva al ver la cara de sorpresa de su jefe. Jamás se había permitido hacerle un comentario como aquel. No había previsto su reacción, animada por la conversación con el viejo maestro.

Creyó que ese iba a ser el momento en que su jefe iba a darle la jubilación anticipada. Pero, una vez más, este la sorprendió.

—Ya que estamos siendo francos y puesto que ha tenido acceso al informe —calló un segundo—, ¿qué piensa usted, Carolina?

—¡Qué esos chicos merecen una oportunidad!

Carolina se sobresaltó al oír el énfasis de su voz.

Hugo abrió la carpeta verde del expediente. Revolvió los papeles hasta encontrar un pequeño cartón medio mordido.

—¿Se refiere a ellos? —le preguntó mostrándole una foto.

La secretaria sonrió. «¿Así que este es don Ernesto? Y sin duda, ¡ahí tenemos al perro alumno!», pensó mientras acariciaba la imagen que su jefe le había entregado.

—¿Por qué? —preguntó él, pero a Carolina le pareció que se lo preguntaba más a él mismo que a ella.

Por eso, decidió no interrumpirlo.

Ya le había dicho a Hugo Valenzuela lo que quería: que contaba con ella si decidía luchar para evitar ese cierre. Estaba dispuesta a hacer las horas extras que le pidiera, a imaginar, buscar, revolver archivos, crear informes... ¡Lo que hiciera falta!

Los dos se miraron sin decir nada.

El inspector jefe había comprendido perfectamente todo aquello y mucho más. Iba a decir algo cuando unos golpes en la puerta le hicieron cambiar de

opinión.

—¿Sí? Adelante.

Apareció la cabeza de Rebeca.

—¿Puedo pasar?

El gesto de Hugo Valenzuela se endureció solo por un instante. La joven no lo vio, pero la veterana se dio perfecta cuenta.

Ante el silencio, la chica avanzó.

—Te traigo los informes que me pediste. Cuántos alumnos acabaron la primaria, cuántos llegaron a la secundaria y cuántos a la universidad —tragó saliva—. También me he permitido tratar de buscar información en periódicos locales, anuarios y demás para saber qué fue de alguno de ellos.

El inspector jefe alargó la mano para coger un fajo de papeles recogidos con una goma azul.

—Ya era hora.

—No ha sido fácil porque...

—Te dije que era prioritario. ¿Es que andas metida en otras cosas? —le lanzó la pregunta con cierta rabia.

Rebeca recibió el golpe sorprendida.

—No, jefe. Dijiste que aparcara todo y me dedicara a este caso. Y eso he hecho.

—Creo que aquí tienes muchas distracciones. Cafés, compañeros de otros equipos —recalcó esta palabra con fuerza antes de añadir—: Necesitas concentrarte más.

Carolina miró a su jefe. Sabía que no decía nada por decir. Algo más iba a llegar.

—Quizás deberías viajar al sur.

—¿Al sur? —preguntó intrigada.

—Al terreno —dijo él—. ¿O eso no te lo han enseñado en tus másteres y carreras? ¿Cómo quieres tomar una decisión si no conoces de primera mano el proyecto?

Rebeca asintió aliviada. Le iría bien alejarse un poco de aquel jefe duro y suspicaz. Carolina sonrió. También ella se alegraba por la decisión: eso significaba que las posibilidades de don Ernesto crecían o, por lo menos, que ganaban tiempo para preparar su estrategia.

Hugo Valenzuela también estaba contento. Desde la partida de golf con el director general, había estado observando a Rebeca. Pasaba mucho tiempo hablando por teléfono y charlando con personas de otros equipos. Incluso sabía que, en un par de ocasiones, el subdirector la había llamado al despacho. Limónz la había acompañado.

No tenía nada contra ella, solo sospechas.

Pero para Hugo Valenzuela, un hombre hecho a sí mismo en un entorno de lobos, eso era más que suficiente. «Mejor enviarla lejos», reflexionó. Aunque eso no era lo único que le había movido a tomar aquella decisión. De verdad pensaba que no se podía decidir algo así sin visitar el proyecto. «Es imposible que yo vaya, y menos en este momento. Lo mejor es enviarla a ella, mientras yo sigo trabajando aquí. No quiero perder la oportunidad de la Comisión ni precipitarme en la decisión. Si tuviera aliados quizás podría conseguir las dos cosas», se dijo. Él también estaba convencido de que aquellos chicos merecían una oportunidad. Pero no estaba dispuesto a que fuera a costa de la suya, de la que había esperado tantos años y se había ganado. «No puedo tirar toda una vida por la borda. Tiene que haber algún camino intermedio», pensó, dispuesto a intentar encontrarlo antes de tomar una decisión definitiva.

Carolina, a punto de acostarse junto a su marido, no tenía ni idea de todos aquellos juegos.

Ella solo sabía que, por primera vez en toda su carrera, formaba parte de un equipo y tenían un proyecto, un proyecto que merecía la pena: salvar la escuela Malinalli Tenepatl.

16

Principios y dudas

Eran las siete de la mañana de un viernes que se despertaba gris.

A Hugo Valenzuela siempre le había gustado ir a trabajar a esa hora: la oficina era suya y solo suya. Con un café en la mano, recostado en el sillón, miraba con cara de pocos amigos los papeles que Rebeca le había dado el día anterior. Una caja de donuts de todos los sabores les hacía sombra.

Dudó si coger uno de chocolate o uno de crema. Se decidió por el primero, sabiendo que lo que debería coger era alguno de aquellos documentos.

Aún no había encontrado un minuto para quitar la goma azul y enfrentarse a los datos que allí se escondían: porcentajes de aprobados y suspensos, gráficas de alumnos universitarios, currículums y algunos recortes de diario. ¿Encontraría allí lo que buscaba? ¿O serían simplemente un nuevo anexo del expediente de cierre de la escuela Artículo 123 que dormía en la carpeta verde?

Acarició el filo de las hojas, insistentemente.

Solo se detuvo al sentir que una gota de sangre asomaba a la yema de uno de sus dedos. Lo observó y, distraídamente, lo chupó. El día anterior se había quedado en la oficina hasta más de las diez de la noche, haciendo llamadas a sus contactos en el partido. Quería saber a quién más le habían prometido formar parte de la Comisión y tratar de averiguar quién estaba al tanto del expediente de cierre que ocupaba su jornada laboral desde hacía ya más de un mes.

Había sacado poco en claro, pero no pensaba ceder tan pronto: seguiría con las averiguaciones.

De repente, oyó un golpe.

Sorprendido, asomó su cabeza por la puerta del despacho. Alguien trasteaba en los archivos del departamento. Le sorprendió que Rebeca, que se había marchado cerca de las nueve el día anterior, hubiera llegado ya. Se acercó con la caja de donuts para invitarla.

—¡Qué susto me has dado!

—¿Qué haces aquí tan pronto? —preguntó sin poder dejar de mirar la caja de cartón que llevaba entre las manos.

Se sintió ridículo.

—Quería archivar algunos documentos porque ayer no me dio tiempo.

Hugo Valenzuela la miró.

Le sorprendió su aspecto.

Desde que la conocía, era la primera vez que la veía vestida con unos simples jeans, un jersey ancho de color azul marino y unas zapatillas deportivas. No había rastro de maquillaje y llevaba el pelo recogido en una coleta.

Parecía más joven.

Recordó lo atractiva que le había parecido cuando la conoció y eso lo descolocó.

Sin darse cuenta, estrujó la caja entre sus manos.

—No sabía que vinieras tan pronto, jefe... Disculpa si te he asustado con el estruendo —suspiró señalando un montón de archivadores desparramados—. He querido ir muy deprisa. He subido la escalera con demasiados archivadores y ya ves el resultado...

El inspector jefe asintió.

—Pero no te preocupes. Lo recojo ahora mismo —sonrió mientras se agachaba para empezar con la tarea—. Nadie se dará ni cuenta de que he pasado por aquí.

Hugo Valenzuela observó la curva perfecta que empezaba en su nuca, bajaba por la espalda y se perdía al final de la misma. Sintió unas enormes ganas de acariciarla. Respiró hondo y dejó la caja sobre la mesa más cercana.

—Yo te ayudo, Rebeca —arrepentido de su cordialidad trató de justificarse—. No me gustaría que Carolina se lo encontrara así cuando llegara. Ayer estuvo hasta muy tarde ordenando estos archivos.

Rebeca asintió, apurada.

—Tienes toda la razón —murmuró—. Ayer me dijo que le dejara estos papeles en su mesa y que ella los archivaría, pero me dio pena. ¡Trabajó sin descanso todo el día! Andaba muy apurada... y he preferido hacerlo yo antes de irme.

Hugo la miró de forma interrogativa.

—Al sur, jefe, ¿te acuerdas?

El hombre sonrió. Ahora entendía la ropa y el calzado de su ayudante. Tenía por delante más de doce horas de conducción.

—¿Y has venido solo para esto? —preguntó sorprendido.

—Por supuesto. Tardaré una o dos semanas en volver y... ¡todo este tiempo estará Carolina sola con todo el trabajo!

—Querrás decir Carolina y yo —dijo muy serio.

Rebeca se puso colorada.

Le miró. Dudó y, cuando parecía que ya había encontrado las palabras, Hugo Valenzuela se puso a reír.

—Sí, ya sé que más que trabajar doy trabajo. Supongo que es la función de un jefe.

—No me entiendas mal. Eres uno de los jefes más trabajadores que he tenido —contestó sincera—, pero se te ve tan ocupado y preocupado que Carolina y yo tratamos de apañarnos solas.

Hugo Valenzuela miró a la chica, que colocaba algunos archivadores en el primer estante. Se dio cuenta de que no había maldad en su comentario ni doble intención.

—El expediente de la Escuela 123...

—¿Sí? —Se puso en guardia Hugo Valenzuela.

—Es realmente importante, ¿verdad? —Le miró de frente, mientras le pasaba a él una caja para que la colocara en el estante más alto.

Hugo Valenzuela asintió.

—Ya... —murmuró para sí misma.

Se agachó de nuevo a por unos papeles que habían quedado sueltos. Sabiendo que su jefe no podía verle la cara reunió valor y le dijo:

—Quiero que sepas que el subdirector me ha llamado en un par de ocasiones a su despacho. Conoce a mi padre porque son del mismo club de tenis — se disculpó avergonzada—. Quería preguntarme cómo me iba. Esa era la excusa, por supuesto.

—¿La excusa?

Rebeca asintió sin levantarse.

—Todo lo que quería era hacerme preguntas sobre el expediente. Pero no te preocupes.

Se hizo un silencio que ella aprovechó para levantarse. Se giró y le entregó los papeles a su jefe. Se sorprendió al descubrir sus ojos clavados en ella.

—Ya sabes, las chicas guapas no nos enteramos de mucho, así que... Le dije que no sabía, que usted trabajaba en ello, pero que yo no entendía muy bien de qué se trataba, que parecía algo muy complicado y yo prefería dedicarme a algo más sencillo... Quería que supieras eso y que...

Sonrió con cara de niña chica pillada en falta.

Él la miró como si la viera por primera vez.

—¿Quién te ha dicho que eres una chica guapa? —preguntó sonriéndole con coquetería.

Rebeca se encogió de hombros.

—¿Quién dice lo contrario?

Él estalló en carcajadas.

Ahí estaban: las piernas largas y la autoestima alta que le habían cautivado en su primera entrevista.

—Llévate un par de donuts para el viaje. Son muchas horas. Tenme al corriente de todo lo que haces. Espero tu primer reporte mañana por la tarde.

Se despidió de ella con un par de besos.

Se dirigió hacia su despacho.

Antes de entrar, recordó algo:

—¿Qué era lo otro que querías decirme?

—Como dijiste, somos un equipo. No sé por qué, pero tengo algo muy claro: para ti y para Carolina, este proyecto es importante. —Tomó aire—. Por lo tanto, también lo es para mí.

Hugo Valenzuela, encerrado en su despacho, no oyó cómo se iba Rebeca.

Volvía a estar sentado frente a su escritorio.

El café se le había quedado frío, pero aún así decidió acabárselo. Cualquier excusa era buena para retardar el momento de enfrentarse a los documentos de la goma azul.

«Quizás con ellos y con lo que encuentre Rebeca en el sur podamos construir un informe solvente que nos permita...», pensó. Pero sabía que eso no sería suficiente para mantenerlos a flote a él y a la escuela. Tenía que ser capaz de rizar el rizo para que eso ocurriera o, a pesar de lo que dijeran sus dos ayudantes, debería dejar caer al viejo maestro y a su vagón escuela. «Y con su caída, empezarán a desmontar la Ley del Trabajador», se dijo algo preocupado.

Volvió a recordar su defensa de tesis, la cual había versado sobre ese tema.

La sala estaba llena.

Por aquel entonces, Hugo Valenzuela era un hombre con muchos amigos y varias novias. Todos querían participar de aquel momento en el que, el mejor

alumno de su promoción en la Facultad de Educación, hablaría sobre la revolución que había supuesto el reconocimiento del derecho a la formación de los hijos de los trabajadores. Pero él solo tenía ojos para una de esas personas: su madre. Ella lo observaba desde la primera fila. Vestía de negro como siempre desde que había muerto su padre. Tenía el pelo cano recogido en una coleta y una sonrisa enmarcada en un sinfín de pequeñas arrugas que la hacían entrañable. Sus manos, sobre su falda, parecían en permanente oración en aquella sala magna.

«Mamá», la invocó en voz baja Hugo Valenzuela.

Miró a su alrededor, analizando cada detalle de su amplio y formal despacho. ¿Estaría orgullosa de todo lo que había logrado su hijo? ¿Le sonreiría igual que el día que el tribunal de tesis le otorgó la máxima nota?

Ojalá pudiera preguntárselo a ella.

Por aquella misma época había empezado a devorarla un cáncer. Y pronto lo dejó solo. Conocía aquel dolor: su padre había muerto siendo él un niño. Con ella, se habían acostumbrado a vivir el uno con el otro, bajo su recuerdo. Un recuerdo que con los años y sin los desvelos de su madre, se había diluido en su mente y en su corazón. Algo que no había pasado con la presencia de ella.

Se había desvelado para que él pudiera estudiar, trabajado de sol a sol, como costurera, señora de la limpieza y vendedora de cosméticos a domicilio. Juntos habían emigrado a la capital para que él empezara la universidad. Habían vivido en una pieza que alquilaban a un primo lejano. Este estaba casado con una mujer con tres hijos de un matrimonio anterior. Las discusiones eran constantes. Hugo se acostumbró a estudiar con la radio puesta, encerrado entre aquellas cuatro paredes, mientras su madre bordaba sentada en la cama.

Tanto se había acostumbrado a su presencia que cuando murió le fue imposible acostumbrarse a otra persona. No quiso vivir con nadie más. Se centró en su carrera. Sus amigos se fueron casando y teniendo hijos. Él no quiso cambiar su vida de soltero y pronto dejó de verlos y no se esforzó en hacer nuevos amigos. Se mantenía en contacto con dos o tres que, como él, habían decidido permanecer solteros. De vez en cuando viajaban, jugaban al golf o se juntaban para cenar.

Había tenido varias parejas, pero en cuanto alguna de ellas manifestaba interés por comprometerse, era el fin. Ninguna era la adecuada. «No estoy cerrado a casarme, pero debería ser para toda la vida. Estoy cansado de perder gente», se

decía a sí mismo para justificarse, «así es que tiene que ser alguien realmente especial». Y una y otra vez, cuando se lo decía, desde su pasado regresaba un nombre de mujer que se quedaba rondándolo durante dos o tres días.

Hugo Valenzuela se sentía un hombre razonablemente feliz. No echaba de menos nada que se pudiera conseguir. Y aquello que le faltaba, lo había perdido demasiado tiempo atrás. No estaba en sus manos recuperarlo.

Se había propuesto tener éxito en su carrera y lo había conseguido.

Se le ensombreció la mirada al recordar por enésima vez la encrucijada en que se encontraba: la Escuela 123 podía arruinar ese éxito por el que había renunciado a tantas cosas.

Volvió a mirar el fajo de papeles que Rebeca le había dado.

—Buenos días, Carolina. Venga al despacho. Desvíe el teléfono —calló un segundo—. Estaremos ocupados toda la mañana.

Colgó el teléfono y, suspirando, sacó la goma azul de aquellos documentos.

*«Porque no sospechabas
el futuro que tú pensabas consumir y te iba devorando,
ni estas palabras, estas dulces y lentas palabras,
o todas las sombras que después han crecido».*

Ángel C. González

Que Chico no tenía a nadie en el mundo lo descubrí ese día.

O, más bien, no tenía a casi nadie. Contaba con Tuerto, con Valeria, con Quetzal y conmigo. Pero ¿qué podíamos hacer tres pelones y un perro feo contra un amo prepotente, un escuadrón de policía y un padre borracho?

Me había despertado agotado porque no había conseguido pegar ojo en toda la noche.

Una pesadilla viscosa y recurrente se había enganchado a mí. Tres seres con cabeza de oso, garras de león y cuerpo de hombre arrastraban a Chico por las vías. Lo llevaban de los pelos y mi amigo, con los ojos despavoridos, gritaba desesperado mi nombre. Yo lo oía. Yo lo veía. Pero no me movía.

Cuando mi madre entró en mi habitación, me encontró sentado en la cama. Sudaba y tiritaba de frío. Por un momento, pensó que tenía fiebre. Los dientes me castañeaban y era incapaz de ponerme de pie. Pero pronto vio la sombra del miedo en mis pupilas.

Me estrechó entre sus brazos y, con su paciencia infinita, me trajo de vuelta a la realidad de mi vagón soleado.

Le expliqué lo que había pasado la tarde anterior al salir del circo. Ella movió la cabeza de lado a lado y murmuró: «Se veía venir, esto se veía venir, pobre diablo».

Me pidió que me vistiera y desayunara deprisa. Ella me acompañaría ese día a la escuela. Por el camino, nos encontramos con Tuerto y su madre.

Ella tampoco había querido que esa mañana su hijo anduviera solo por el camino. ¿Quiénes eran aquellos hombres que se habían llevado a nuestro amigo? ¿Dónde andaban ahora?

Sin duda sabían dónde encontrarnos. ¿Y si venían a por nosotros?, se preguntaban las dos.

Yo sabía que eso no sucedería.

Ni Tuerto ni yo habíamos hecho enfadar al patrón.

Ni Tuerto ni yo teníamos un patrón.

Pero nuestras madres no estaban el día en que Chico alzó tres cubiertos de plata, orgulloso, diciendo que ya se la había devuelto al patrón. Ni sabían nada de ovejas comidas por lobos o de dinero robado para pagar una entrada de circo.

Ellas solo sabían que no querían que nos pasara nada.

Al llegar al vagón escuela, nos sorprendió la puerta cerrada y los niños arremolinados frente a ella. Indecisos, no sabían si demostrar su alegría por disponer de un día libre para jugar o poner cara de pena para disimular.

Era la primera vez desde que yo iba a la escuela que don Ernesto faltaba.

Aquel era un día desconcertante.

Chico y el maestro habían desaparecido. Tampoco Quetzal apareció por más que lo busqué por los alrededores de la escuela antes de volver a casa. Pasé el día encerrado, bajo la atenta mirada de mi madre, que, asustada, esperaba la vuelta de mi padre.

A ella tampoco le gustaban las ausencias.

Recuerdo aquel día como uno de los más largos de mi vida.

Ya había oscurecido cuando oímos la voz de mi padre.

Hablaba con alguien fuera del vagón.

Nos asomamos a la ventana.

—Vengo de comisaría. He visto al chico. He hablado con él. Está asustado.

—Don Ernesto, ¿y qué podemos hacer nosotros?

—No podemos quedarnos cruzados de brazos, Tomás. Esto es un atropello —dijo el maestro—. El castigo es algo exagerado, ¿no le parece? El chico apenas tiene catorce años. ¡Lo tienen en una celda con borrachos y maleantes que le doblan en edad! Pasará allá su segunda noche... y quién sabe cuántas más. El patrón ha pagado.

—Poca importancia tiene lo que a nosotros nos parezca —respondió el padre del Tuerto.

—¡Es amigo de su hijo!

—Y mire que he advertido muchas veces a Ikal que esto sucedería —suspiró mi padre—. A su madre no le hace nada de gracia que ande con él.

—No es mal chico. Sus condiciones son duras. ¡Imagínese que lo ha entregado su propio padre! Me han contado que lo llevó anoche a rastras por medio pueblo, dándole patadas —terció don Ernesto, enfadado—. Todos merecemos una segunda oportunidad. ¿Y si fuera su hijo?

—¡Imposible! —le atajó el padre del Tuerto—. Ya me encargo yo de que eso no pase.

—No nos malinterprete. No le deseamos nada malo al chico —terció mi padre—, pero no nos gustaría que nuestros hijos se vieran mezclados en este lío...

—Acudo a ustedes, no a sus hijos. Sé que ellos hubieran venido conmigo con los ojos cerrados. No haría falta pedírselo —los desafió el maestro—. Aún así, ¿cómo los voy a llevar a ver al patrón? Acompañenme. Entre los tres...

En la penumbra, pude intuir cómo mi padre y el del Tuerto se miraban.

—No queremos problemas —dijo el padre de mi amigo—. Es usted un buen hombre, pero nosotros bastante tenemos con vigilar a nuestros hijos y responder por ellos.

—Nosotros somos aves de paso, don Ernesto —añadió mi padre—. Es mejor que no nos metamos en rencillas locales...

Los dos le dieron un golpe amistoso en la espalda y cada uno se dirigió a su vagón. Habían dado la conversación por finalizada.

Cogí a mi madre de la mano. Me la apretó. Me acercó hacia ella y me dio un beso en el cabello. Los dos esperamos cogidos a que mi padre entrara en el vagón. Nos miró. Esbozó una sonrisa triste y apagada antes de sentarse a la mesa para cenar. Concentró su mirada en un punto inexistente del mantel. Mi madre se fue a la cocina a por la sopa.

Yo volví a mirar por la ventana.

Don Ernesto se había quedado quieto.

Miró al cielo e hizo un gesto con la mano.

Solo entonces vi que no estaba solo.

—Quetzal, ese chico solo nos tiene a nosotros. No le fallemos —dijo.

Me dirigí a mi habitación.

Repasé todas mis pertenencias. Traté de pensar qué extrañaría yo si pasara la noche en una celda. ¿Una almohada? ¿Un jersey? ¿Un balón? ¿Un cepillo de dientes?

Cogí mi objeto fetiche y salí corriendo.

Los alcancé cuando estaban a punto de dejar atrás el último vagón. Ambos arrastraban los pies, como si ya estuvieran derrotados antes de empezar la batalla.

Quetzal se acercó a mí moviendo la cola. Parecía algo avergonzado, como si fuera consciente de que me había dejado plantado aquella tarde. Yo le acaricié con una mano, mientras tendía la otra a don Ernesto.

—¿Se lo dará de mi parte? —supliqué.

Me sonrió mientras agarraba el cómic de Superman y lo guardaba, doblado, en un bolsillo interior de su chaqueta.

Asintió. Sus ojos brillaban.

Le dije adiós con la mano: las palabras se me habían quedado clavadas en la garganta como espadas.

Mi perro pareció dudar. Yo le hice una señal para que siguiera a don Ernesto. No quería que él también le fallara.

—Maestro. —Una voz a mi espalda me sorprendió antes de que pudiera darme la vuelta—. ¿Cree que le dejarán dárselo al chiquillo? Un día sin comer, ya sabe, a estas edades...

Mi madre me había seguido. Llevaba un cazo humeante de sopa y un pedazo de pan. Yo sentí un orgullo fiero cuando ella puso su brazo sobre mi hombro, mientras veíamos cómo nuestros dos emisarios desaparecían tragados por la noche. Me pareció, quizás me engañaron mis sentidos, que los dos trotaban victoriosos con aquellos tesoros.

Hoy, si tuviera que decir en qué momento empezó a acabarse mi infancia, elegiría ese. Pero entonces, volviendo a casa de la mano de mi madre, no intuí que las sombras también acechaban mi camino.

Una semana después, me habrían engullido a mí también.

*«Las fotografías abren puertas al pasado,
pero también permiten echar un vistazo al futuro».*

Sally Mann

—¿Un fotógrafo? ¿Mañana? —preguntamos todos a coro.

Don Ernesto asintió satisfecho.

Se organizó un gran revuelo en el vagón escuela.

Para algunos de nosotros, esa era la primera vez que nos tomaban fotos. Para otros, era un rito de todas las Navidades, cuando íbamos a un estudio de fotografía. Un falso decorado, un niño repeinado, unos padres estirados... ¡y los abuelos que vivían a cientos de kilómetros recibían la foto semanas después! Así, nuestras familias podían ver cómo crecíamos en la distancia.

Pero esa foto era distinta.

—Nos la piden desde el Ministerio —dijo muy serio nuestro maestro—. Tienen que venir bien limpios y peinados.

Don Ernesto nos miró como un coronel mira a sus tropas. Pasó revista muda: unos llevábamos zapatos, otros no; la mayoría íbamos despeinados y nos faltaban algunos botones, pero a cambio teníamos muchos lamparones.

Meneó su cabeza. Aquello era misión imposible.

A grandes males, grandes remedios.

Mi maestro era un hombre de soluciones: al día siguiente, tres madres voluntarias, unos peines y una botella de agua de colonia, volvían loco al fotógrafo.

—Señoras, no tengo todo el día —bufó como un toro el artista—. Me esperan en dos escuelas más esta mañana. ¿O creen que son los únicos en el mundo?

Era un hombre alto, calvo y vestido completamente de negro.

A los niños nos tenía intimidados. Los pequeños lo miraban escondidos tras las mujeres. Los pelones casi no nos atrevíamos a movernos, sentados en nuestras sillas. Los mayores ayudaban a don Ernesto a ordenar la clase. Solo Quetzal gruñía al fotógrafo, desafiándolo. A él tampoco le gustaba su tono impaciente y nervioso.

Finalmente, los adultos consiguieron de nosotros la mejor versión posible. Nos sentaron en nuestros pupitres. Tiosos, peinados, con la mirada fija en el encerado, bajo los amenazantes ojos de las tres mujeres.

El silencio era tan absoluto que se oía nuestra respiración.

El fotógrafo nos tomó una foto, dos, tres.

Dejó la cámara sobre la mesa del profesor, mirándonos con disgusto.

—¡Parecen estatuas de cera! —exclamó enfadado.

Se acercó hasta mí. Antes de que me diera cuenta, sus dedos me despeinaban el flequillo. Traté de volver a peinarme, pero el rictus estirado de sus labios me dio a entender que era mejor no insistir. Otros compañeros de las primeras filas tuvieron que soportar lo mismo. Cogió un par de libros y los lanzó al suelo, junto con un par de mochilas y un balón. Movié algunos pupitres y sillas: el estruendo nos arrancó algunas risas.

Quetzal aulló tras la puerta.

El hombre calvo había obligado a don Ernesto, a pesar de sus protestas, a sacarlo fuera. Mi perro parecía muy enojado. Más le valía a aquel desalmado subir corriendo a su coche si no quería llevarse un par de mordiscos de recuerdo.

—Es que el pobre está acostumbrado a venir a clase... ¡Es uno más! Es muy bueno. ¿Qué le parece si...? —dijo con una sonrisa el maestro, pero una mirada del fotógrafo le hizo entender que no era buena idea acabar de formular la pregunta.

El hombre retrocedió un par de pasos. Observó su obra de arte y asintió.

Se hizo de nuevo con la cámara. Como si fuera un mago, nos hechizó: se hizo el silencio, estiramos nuestros cuellos y ladeamos nuestras cabezas, tratando de poner una mirada seria. Ni una sonrisa.

Empezó a disparar de nuevo.

—¿No pueden ser más naturales? —se quejó al maestro.

Don Ernesto, resignado, preguntó:

—Exactamente, ¿qué quiere decir más naturales?

—¡Usted es el experto! Quiero que parezcan niños...

El maestro rio.

—No pueden parecerlo porque lo son, caballero.

—¡No me tome el pelo! Ahora mismo parecen estatuas... —respondió el fotógrafo con cierta irritación.

—Le aseguro que si se comportan como niños... ¡usted se queda sin foto! —le dijo con paciencia—. Mis alumnos no suelen estar quietos... ¡y sus libros tampoco! El que suele estar más tranquilo mientras dicto clase es Quetzal, que dormita bajo mi mesa, y usted lo ha sacado de la foto.

El fotógrafo ignoró su ironía.

—¡Todos fuera! —dijo molesto.

Nos miramos sin obedecerle, sorprendidos.

—¡He dicho fuera!

El desconcierto se apoderó de nosotros.

—Haremos la foto fuera —especificó mientras se dirigía hacia la puerta.

El maestro asintió.

Como si fuera la orden que llevábamos una vida esperando, todos nos apresuramos a cumplirla. Un par de sillas se cayeron, uno de los enanos lloró porque lo habían pisado y en la puerta se hizo el tapón habitual. ¡Nadie quería ser el último en salir!

El fotógrafo ordenó que los más pequeños se pusieran en el escalón más alto. A Tuerto y a mí nos tocó situarnos en el segundo escalón. Chico estiró del brazo a

Valeria y se situó a nuestro lado a pesar de que los mayores debían ponerse de cuclillas en el suelo.

—La chica del pelo negro y aquel alto... ¿es que no me han entendido? ¡Ustedes tienen que ir delante! Salgan de las escaleras.

Valeria iba a obedecer, pero Chico la retuvo a su lado, desafiante.

Yo susurré bajito:

—Chico, el chico alto eres tú...

Él no se giró a mirarme, pero me guiñó un ojo.

En vez de moverse, hizo un gesto a Quetzal, que descansaba a la sombra de un árbol, para que se le uniera.

El perro se incorporó, pero no se acercó. Parecía esperar a ver cómo acabaría todo aquello.

—A ver, ustedes. —Se acercó el fotógrafo desesperado a mis dos amigos—. Colóquense aquí.

Cogió a Valeria del brazo y ya se la iba a llevar con él cuando algo lo detuvo.

Chico le había puesto su mano oscura y rugosa sobre su camisa. Sus dedos se cerraron con fuerza y una mueca de dolor apareció en la cara del fotógrafo. Nadie más que yo lo vio.

—Nos quedamos aquí, con nuestros amigos —murmuró Chico sin dejar de apretar.

El fotógrafo debió intuir algo salvajemente decidido en aquella voz.

Se giró hacia el maestro, que en ese momento acariciaba al perro, como si tratara de pedirle ayuda.

—Estos dos dicen que quieren estar con los pequeños, pero...

Don Ernesto miró a Chico. A mí me pareció que esa mirada formulaba una pregunta que quedó suspendida en el momento. Se acercó hacia nosotros. Los

dedos de mi amigo se relajaron. Dejó caer su mano y concentró su mirada en algún punto de sus botas.

El maestro puso su mano sobre el hombro del fotógrafo y con cariño lo fue llevando hacia delante.

—¿No le esperaban en un par de escuelas más? Es mejor que no pierda más tiempo con nosotros...

Yo creo que don Ernesto, con lo sabio que era, intuyó en ese segundo que aquel era el último capricho que le podía conceder a su alumno más díscolo. O a mí, que también deseaba lo mismo sin atreverme a pedirlo. Llamé a Quetzal un segundo antes de que el fotógrafo disparara.

Mi amigo peludo, como si solo esperara esa señal, vino corriendo hacia mí.

El fotógrafo suspiró, pero ya no quiso repetir la foto. Recogió la cámara, los objetivos, el trípode y, sin despedirse de nadie, se lo tragó el polvo del camino.

Aquella noche, tumbado en la cama, me dormí feliz.

Cuando nuestro tren se pusiera en marcha, cuando dejara atrás a Valeria y a Chico pegados a sus campos, me llevaría un recuerdo de aquel curso tan maravilloso. De alguna manera, ellos siempre viajarían conmigo y con Tuerto, con Quetzal y don Ernesto, seguirían en nuestro vagón escuela...

Como nos habíamos jurado tantas veces, no nos separaríamos nunca. Aunque fuera en un papel.

«La vejez comienza cuando el recuerdo es más fuerte que la esperanza».

Proverbio hindú

Cuando miro hacia atrás, todos los días de mi infancia son uno.

Todos empiezan y acaban igual, aunque en las horas intermedias sucedieran mil cosas diferentes. Cada lunes, viernes o sábado eran las mil variables de una misma realidad luminosa. Yo los despilfarraba sin ser consciente de que podían acabarse, de que la felicidad estancada de esos primeros años podía desbordarse y perderse para siempre sin dejar casi rastro. No intuía que el resto de mi vida la pasaría a la sombra de esos mínimos recuerdos, anhelando hasta la extenuación su regreso.

Todos los días de mi infancia eran, en realidad, adoquines del camino que me llevaba hacia aquel martes en que entraría de lleno en una adolescencia punzante y triste. Todos convergían en él.

Aquella mañana, sentado frente a mis cereales, yo no podía saberlo.

Mi padre leía el periódico, concentrado. Mi madre le recriminó que los dos llegaríamos tarde si no corríamos. Él sonrió mientras doblaba el diario y lo lanzaba sobre el sofá. Se levantó haciéndome un gesto para que lo siguiera. Miré con pena los cereales que quedaban en el cuenco. Un coscorrón de mi madre me hizo ver que lamentaría mucho más comérmelos que abandonarlos. Mis padres intercambiaron un beso volado y el último roce que hubo entre ellos aquella mañana fue el de la fiambra que pasó de unas manos a otras.

Quetzal nos esperaba frente a la puerta de nuestro vagón. Movié el rabo al vernos salir. Yo corrí a acariciarlo mientras mi padre se demoraba mirando el cielo gris.

—Amenaza tormenta, Ikal— me dijo preocupado—. No me gusta nada este cielo. Después de la escuela, quiero verte en casa. No te entretengas por ahí.

Pasó el brazo por mis hombros y nos pusimos a caminar.

Mi padre silbaba a mi derecha, Quetzal hacía cabriolas a mi izquierda. De los vagones que dejábamos atrás, salían otros obreros del ferrocarril con sus monos

de trabajo, algunas mujeres que se apresuraban a recoger la ropa que tenían tendida y niños camino de la escuela.

Yo lo miraba todo sin verlo, absorto en mis pensamientos: Valeria escribiendo en la pizarra el nombre de los cinco ríos más grandes del país, Chico guiñándome el ojo mientras desafiaba al fotógrafo calvo, Tuerto caminando por las vías con los brazos en cruz, don Ernesto acariciando con el pie a un dormido Quetzal bajo su mesa... El Norte y el Sur, el Este y el Oeste del universo de mi infancia: mi familia, mis amigos, mi casa y mi escuela.

Dos gotas solitarias aterrizaron en mi cara.

Un segundo después, tres más.

—Lo dicho, Ikal —insistió mi padre mientras me revolvía cariñoso el pelo que mi madre había peinado con tanto esmero—: Al salir de la escuela, quiero verte en casa.

Quetzal y yo corrimos hacia don Ernesto, que estaba cerrando la puerta. Justo antes de entrar me giré para decirle adiós a mi padre, pero no me vio.

Vigilaba el cielo con aire preocupado.

Un rayo salió de la panza de una nube pesada y oscura.

Sacó su gorra del bolsillo trasero del pantalón, se la caló y echó a andar.

Los números, las gotas de lluvia, los aviones de papel, don Ernesto pidiendo silencio, los nombres de los héroes de la patria, las risas de Valeria, los truenos que hacían retumbar los tablones de madera, los tachones del dictado, los ladridos de Quetzal, todo se mezcla en mi cabeza cuando una y otra vez vuelvo a aquella mañana. ¿Qué fue primero? ¿Las matemáticas o la ortografía? ¿El recreo o la tormenta?

O la puerta de clase abriéndose de par en par.

El padre de Tuerto y el jefe de máquinas en el marco, haciéndole un gesto a don Ernesto. Susurros de adultos. La cara del maestro volviéndose blanca poco a poco, sin dejar de mirar más allá de los hombros, fuera del vagón. Su sonrisa congelada como la de las estatuas que aparecían en el libro de historia.

—Niños, la clase se ha acabado.

Repiqueteo de lluvia en el techo.

—Todos a casa. No os entretengáis por el camino.

Repiqueteo de pies en el suelo.

—Ikal, ¿puedes esperar un segundo?

Repiqueteo de tiempo en mi cabeza.

Don Ernesto despidió a todos mis compañeros y a los dos trabajadores. Se sentó frente a mí y antes de que pudiera decir nada, yo grité:

—¡No!

Me miró sorprendido. Me cogió las manos.

—¡No!

Me deshice de él. Salí corriendo.

—¡No! —alcancé a gritarle desde la puerta.

Sentí la lluvia clavándose en mi cara, en mis brazos, en mis piernas.

Miles de puñales pequeños que no consiguieron detener mi loca carrera.

Solo oía la voz de mi padre: «Después de la escuela, quiero verte en casa».

—¡Padre! —grité al ver de lejos nuestro hogar.

Y seguí gritando cuando subí los dos escalones, entré en el vagón y busqué por todas las habitaciones. Mi perro ladraba conmigo.

Me dejé caer en el suelo.

Las lágrimas bañaban mi cara, mi cuello, mi camiseta.

Quetzal me las lamía.

Seguí llamando a mi padre, cada vez con una voz más ronca. En mi cabeza él seguía repitiendo «después de la escuela, quiero verte en casa».

Un rayo contra el tendido eléctrico hizo que Tomás Machuca, un obrero del ferrocarril, el esposo de Esperanza, el padre de Ikal, incumpliera una promesa por primera y última vez en su vida.

Semillas a medio germinar

Aquel pedazo de papel le quemaba las manos.

Miró el puño cerrado. Golpeó el vidrio del ventanal de su oficina. Apoyó la frente y se concentró en cómo aquel malestar se iba extendiendo por su cuerpo.

No era una imaginación suya, sino una sensación absolutamente real.

Su piel, roja, ardía.

La tinta teñía sus dedos, en regueros que parecían de sangre negra.

Y, sin embargo, Hugo Valenzuela se negaba a soltar la hoja.

Aquel dolor era su penitencia. El pago con intereses por su suerte de funcionario acomodado, con apartamento propio, coche descapotable, vacaciones de lujo, palos de golf, sueños y aspiraciones.

La factura que le pasaba la vida por tantos actos de desmemoria.

Sintió que, por primera vez en su vida, había llegado tarde.

Como era habitual a aquellas horas, estaba solo en su despacho. Algunos ruidos amortiguados le recordaban que no lo estaba en el mundo: las bocinas de los coches que avanzaban por la avenida Central, los ascensores que subían y bajaban mientras los guardas de seguridad pasaban revista por las diferentes plantas del edificio o el aspirador que sonaba a intervalos.

Hacía más de una hora que Carolina se había ido a casa, más triste que de costumbre. Rebeca había llamado desde el sur. Había llegado a su destino, pero hasta el día siguiente no podría acercarse a la estación Delicias para saludar a don Ernesto y visitar la escuela.

Hugo Valenzuela se arrepintió de no haber ido también.

No estaba seguro de por qué.

¿Eso hubiera cambiado algo?

«¿El qué?», se dijo, «es tan tarde...», murmuró mientras se dejaba caer en su sillón. Cerró los ojos, pero la maldita goma azul no desapareció de su mente. Sabía que los documentos seguían dispersos en su mesa.

El peor de todos lo tenía arrugado en su mano: un recorte de diario que hablaba de un asalto que ya nadie debía de recordar. Esa noticia había dormido por veinticinco años en las hemerotecas. Pero esa noche el eco de aquellos tiros y el olor de la sangre derramada se sentía en un despacho de la planta veinte de la capital.

Él los sentía y estaba a punto de enloquecer.

«Asalto en una finca acaba con joven asaltante muerto»

Pedro Cúndez, alias Chico, y su familia trabajaban como temporeros para el patrón.

La noche del domingo pasado, un grupo de cinco delincuentes entraron sin ser vistos en la finca Portales Sur, de la familia Aguirre. El menor de quince años Pedro Cúndez, alias Chico, conocía perfectamente el terreno, por lo que se cree que fue él quien introdujo a la cuadrilla de maleantes y los guio hacia los graneros y almacenes.

No contaban con que el patrón y uno de sus hombres, fuertemente armados, estarían revisando un problema en la ventilación que podía malograr la cosecha recién recolectada. Al descubrir a los desconocidos, que iban enmascarados, se inició un fuerte tiroteo. En la casa principal se oyeron los tiros, que despertaron a toda la familia y al servicio doméstico. La esposa de Sebastián Aguirre, María Clara Soledad Domínguez, llamó a la policía.

Alertados por las sirenas de los coches de las fuerzas del orden que acudían al lugar del crimen, los delincuentes huyeron dejando tras ellos el cadáver de su compañero más joven, Chico. El menor presentaba tres tiros, aunque, como dijeron los forenses, fue el que tenía en plena frente el que había acabado con su vida.

Como ha podido saber este diario, los otros dos tiros perforaban cada uno una mano. Según un miembro de los equipos sanitarios que acudieron al lugar, que quiere mantener su nombre en el anonimato, «eran demasiado simétricos y perfectos para ser casuales. Al ver el cadáver, tirado con los brazos abiertos sobre unos montones de algodón completamente empapados en su sangre, me recordó a un Cristo. Me sorprendió que lo único que tuviera consigo fuese una máscara de una mujer barbuda. Ni una mochila ni una bolsa...».

La familia de Chico se negó a reconocer su cadáver. El abogado de Sebastián Aguirre

leyó un breve comunicado en su nombre, en el que aseguraban que hacía tiempo que su hijo se había separado de ellos, gente honrada y trabajadora. Reconocían que en anteriores ocasiones su hijo ya había atentado contra el patrón y sus propiedades, así como que públicamente había afirmado seguir haciéndolo hasta acabar con él.

Fue don Ernesto Platas, maestro de la escuela Malinalli Tenepatl de la que había sido alumno, quien acudió al tanatorio para confirmar lo que ya todos sabían. Fue el mismo maestro, con algunos otros padres de alumnos de dicha escuela, los que se encargaron de la sepultura del menor trágicamente fallecido al negarse su familia a recogerlo.

Al no haber detenidos, no se sabe el móvil del crimen. Sin embargo, junto a Chico se encontró una caja de cerillas. Según el abogado de los dueños de la finca, «claramente pretendía quemar la cosecha que tantos sudores y esfuerzo ha costado a nuestros trabajadores, entre los que se encuentra su propia familia. No se preocupaba ni de los suyos ni del patrón que se ocupa de ellos. Estos delincuentes, los que muerden la mano que les da de comer, son los peores. No era la primera vez que atacaba nuestros intereses. El patrón siempre se había mostrado conciliador por respeto a su padre y abuelo, que ya trabajaron con él. Finalmente, se ha hecho justicia: quien a hierro mata, a hierro muere».

Sin embargo, las investigaciones policiales están todavía en marcha. El comisario del pueblo, Arturo Pérez, que afirmó que la familia Aguirre es de las que más ha hecho por sus habitantes y que cuenta con el reconocimiento de todos, espera finalizar las pesquisas en un par de semanas. «Con la ayuda de las autoridades federales, esperamos atrapar al resto de bandidos, antes de que consigan cruzar la frontera para interrogarlos y hacer justicia. Hasta entonces, permaneceremos en silencio».

Como permanecerá Pedro Cúndez, alias Chico, en su pobre y triste tumba del cementerio municipal.

«La cara b de la noticia»

Según este cronista que les cuenta, que les narra, lo que sus ojos vieron y su mente dilucidó, este caso no es tan simple como una suma de primero de básica. No es un dos más dos, aunque nos quieran hacer creer que el resultado es cuatro.

Tras una semana entrevistando a personajes de la última opereta de lucha de clases en nuestro sur, he llegado a muchas preguntas y ninguna respuesta propia. Pero tampoco las que nos ofrecen el comisario Arturo Pérez, el abogado de la familia Aguirre o las del propio patrón nos parecen válidas.

El chico no tenía arma de fuego, ni siquiera un cuchillo.

No había restos de pólvora en sus dedos, por lo que no disparó ningún arma que otros pudieran haber hecho desaparecer.

¿Una caja de cerillas es un arma? Puede serlo. ¿Qué puede conseguirse con ella? ¿Quemar tres graneros con toneladas de papas y algodón? ¿Dos almacenes llenos de manzanas, melocotones y uva, tres camiones y dos tractores? Hasta un campesino que no ha acabado la escuela sabe que es bastante difícil que lo consiga cuando esos espacios cuentan con modernos detectores de humo, alarmas antiincendios y paredes cortafuegos.

¿Socios? Nunca se le conocieron más amigos que los de su edad. Primos, compañeros de escuela, jornaleros como él... ¿Dónde encontró a criminales adultos dispuestos a ser liderados por él en un incendio que no les reportaría beneficio alguno? Todos saben que hasta que los almacenes están vacíos, hasta que los productos están vendidos, no hay dinero en caja.

El chico había desafiado al patrón en repetidas ocasiones y había hablado mal de él. Lo había ridiculizado. Le había quitado tres cubiertos de plata y unas empanadillas de la cocina, había dejado mal cerrado un corral y, desgraciadamente, durante la noche algunas ovejas murieron por los lobos, le robó dinero de una caja para poder ir al circo con sus compañeros de escuela... ¿Delitos que merecen la muerte? Juzguen ustedes.

¿Era este tal Chico un verdadero criminal?

O solo un niño explotado, maltratado, hambriento, insultado, vejado, sin futuro. Hijo y nieto de una familia explotada que ya había pasado algunas noches en comisaría por culpa del patrón, en las calles o en los bosques, también trabajando para el patrón.

Todos tienen miedo: el patrón Aguirre no es santo de la devoción de nadie. Orgulloso, pendenciero y con un alto sentido de clase. Aún así, ¿capaz de tomarse la justicia por su mano?

¿La verdad? Ni en este artículo ni en el siguiente.

Queridos lectores, me temo que, una vez más, la verdad serán miles de verdades.

21

De frente

—¡Carolina! La estoy llamando desde hace más de veinte minutos.

La asistente levantó la mirada. Frente a ella, Hugo Valenzuela, con los brazos cruzados, parecía esperar respuesta a una pregunta que aún no había formulado.

—Disculpe, es que... —trató de imaginar una excusa rápida—. Tengo a mi marido enfermo y...

—Está bien. No se excuse —bufó su jefe—. Cuelgue y venga a verme.

Ella asintió. Esperó a que Hugo Valenzuela entrara en su despacho para continuar con la conversación suspendida.

—Veo que hay tormenta por ahí.

—Estamos todos muy nerviosos —suspiró ella—. Pero eso es bueno, es bueno...

—¿Eso cree?

—Sí. Eso significa que aún no hemos tomado una decisión.

—Claro, claro.

—¡Rápido, cuénteme! ¿Ha visto ya a Rebeca?

—Hemos quedado esta tarde...

—Perfecto. Verá que es una buena chica. Muy profesional.

—Pero ¿es de los nuestros?

«Buena pregunta», se dijo Carolina. No había comentado con su compañera la relación telefónica que mantenía con don Ernesto, pero sí le había dicho una y mil veces que ella no estaba de acuerdo con aquel cierre.

Suspiró.

—Lo será —sonrió al recordar a su compañera—. Seguro. En cuanto le conozca a usted, vea a los niños, el proyecto que tienen en marcha... Será de los nuestros.

—Así que hoy, ¿me la tengo que ganar? ¿Cuáles son sus bombones favoritos? —rió el maestro.

—Todos. Pero es mejor que no intente cortejarla.

—¡Un viejo como yo! ¿Está casada?

—No.

—¿Tiene novio?

Carolina bajó la voz.

—Guárdeme un secreto.

—¿Uno más?

—Uno más: yo diría que está enamorada.

—¡Eso no es un secreto! Usted también lo está, yo lo estuve...

—Sí, sí... pero ella está enamorada de nuestro jefe. Creo. Suposiciones. No sé yo si llegará a buen puerto, pero...

—¿De don Perfecto Valenzuela?

Carolina no pudo evitar sonreír al sentarse frente a la mesa de Hugo Valenzuela al recordar el mote que el maestro le había puesto. Habían hablado varias veces por teléfono y su intuición se había confirmado: el viejo maestro y ella se habían hecho amigos.

—No sé que le hace tanta gracia. ¿Tener a su marido enfermo? —la retó Hugo Valenzuela, devolviéndola a su horario de oficina.

—Disculpe, no, es que...

—A ver, Carolina, he estado toda la mañana de reuniones. Estoy cansado y

quiero un poco de calma. ¿Me ayuda? —dijo Hugo Valenzuela sin dejar de tamborilear sus dedos sobre los papeles de la goma azul.

Desde que los habían leído, algo había cambiado en su jefe.

«Está triste», se sorprendió. Las bolsas bajo sus ojos delataban que no dormía bien. Incluso lo había sorprendido en un par de ocasiones con los hombros caídos y la mirada perdida a través de la ventana.

«Este expediente va a acabar con nosotros», pensó justo antes de preguntarle:

—Dígame, ¿en qué puedo ayudarle? Si quiere, puedo hacer alguna hora extra o llevarme trabajo a casa. Sé que estamos en una situación especial y...

El permiso de Pascual por temas médicos se había alargado. Una infección había dejado al compañero fuera de juego por un par de meses más. «Y Martínez ha sido trasladado de departamento. Así que lo que era temporal se ha convertido en permanente», se justificó a sí misma.

—No se preocupe —sonrió cansado Hugo Valenzuela.

Realmente aquella mujer estaba demostrando ser una compañera de primer nivel.

—¿Sabe algo de Rebeca? —preguntó dudoso—. ¿Se ha reunido ya con el maestro? Lleva dos días en el sur. Ayer tenía que ir el hombre a buscarla al hotel y por un poco de niebla anuló...

—Es que para él un poco es mucho —defendió Carolina a su nuevo amigo.

—Un poco es un poco para todos y un mucho es un mucho. La niebla es la misma para todos.

—Sí lo es si la vista es la misma —murmuró ella.

—¿A qué se refiere?

Carolina lo miró. Dudó si decírselo o no. ¿Podría afectar a su resolución saber que...?

—Don Ernesto, el director de la Escuela Artículo 123, es prácticamente ciego. El camino de casa a la escuela es el mismo que recorre hace años y por eso puede ir cada día a trabajar. Una antigua alumna lo ayuda con la corrección de los exámenes y los informes del ministerio. Si no...

Un silencio incómodo se instaló entre los dos.

Su jefe la taladró con la mirada. La dejó fija en ella.

Carolina creyó que le iba a preguntar cómo lo sabía o por qué no se lo había dicho antes o quién se creía ella para...

—Cómprame un billete de tren y resérveme habitación en el mismo hotel que Rebeca.

«El viaje no termina jamás (...)

El objetivo de un viaje es simplemente el inicio de otro».

José Saramago

Era la primera vez que montaba en un tren que no era el mío.

Mi madre, Quetzal y yo, con algunos baúles y bolsas, fuimos los primeros pasajeros en subir en aquel gusano metálico. Esa sería la primera vez de las muchas que extrañaría a Tuerto: si él estuviera conmigo me explicaría qué máquina era aquella, de qué estaba hecha, a qué velocidad viajaba, cuál era su resistencia al viento... No habría nada que temer.

El recuerdo de mi amigo me tranquilizó un poco mientras me acomodaba junto a la ventana. Quetzal se puso a mis pies. Me miró mientras movía el rabo. Lanzó un ladrido grave y breve como si quisiera decirnos que todo iba a ir bien. Un minuto después, se dormía.

—Ten, hijo, para el viaje.

Mi madre me alargó algo que no reconocí enseguida.

Acaricié el paquete, envuelto en un trozo de tela de vivos colores y atado con una cuerda. Lo adiviné con la yema de mis dedos.

La miré sorprendido.

Ella asintió.

Lo dejé sobre mis piernas. Tendría más de doce horas para verlo.

Cerré los ojos, como si así pudiera retener tras mis párpados lo que me había sucedido en los últimos días. No quería olvidar un solo detalle por doloroso que fuera.

Desde que el padre de Tuerto y el jefe de máquinas habían entrado en la escuela hasta ese momento, en que el jefe de estación se paseaba nervioso por el andén, había vivido en un torbellino.

Solo una idea se abría paso con claridad en la confusión: no volvería a ver nunca más a mi padre. Al principio, me la repetía una y otra vez. No conseguí entender qué implicaban aquellas palabras hasta que vi cómo cuatro de sus compañeros bajaban el ataúd a un hueco terroso.

—Tomás, amante esposo y padre, amigo de sus amigos, trabajador honrado y buen cristiano... —recitó un cura recién llegado que ni siquiera lo conocía—. Descanse en paz.

La primera paletada de tierra era cosa mía.

Me acerqué hasta el agujero.

El sepulturero me ofreció una pala. La agarré con las dos manos y dejé los ojos prendidos de mis dedos, que me parecieron más pequeños que nunca. Observé mis muñecas... ¡tan débiles! Y me di cuenta de que la vida nos pedía, a ellas y a mí, una tarea fuera de nuestro alcance. Aquel agujero era demasiado oscuro y profundo, aquella pala, más alta que yo, todas aquellas personas eran demasiadas personas. El cura, impaciente, carraspeó. Aquella noche habían muerto un par de niños por tifus. Sus cuerpos esperaban un poco más atrás. Se le acumulaba el trabajo.

Temblando alcé los ojos, que tropezaron con los del sepulturero. Un hombre de más de sesenta años, robusto, con la piel curtida. Vi mi reflejo en ellos. Una veta de misericordia los recorría. Apoyó una mano en mi hombro y, con la otra, dirigió los movimientos de la pala que yo sostenía. Juntos cogimos algo de tierra y la lanzamos. El sonido en cascada, golpeando la madera de pino, me rasgó los tímpanos. Estuve a punto de gritar, pero la cercanía del cuerpo de aquel desconocido paró el golpe.

El jefe de mi padre vino hacia mí. Me sonrió. Me quitó la pala de las manos y lanzó un poco de tierra. Así, uno detrás de otro, sus compañeros, nuestros vecinos, fueron acercándose.

Sonó un pitido largo y agudo. Era el primer aviso.

Con el tercero, el tren se pondría en marcha y mi infancia quedaría atrás.

Mi padre, sepultado bajo una lápida:

«Tomás Machuca

1905-1940

Viaja ligero de equipaje, dejó atrás hambre, penas y miedos, pero no lo hace solo: va con nuestras oraciones.

Nos vemos en la siguiente estación».

Mi hogar, ocupado por el obrero que remplazaría a mi padre con su familia. Mi pupitre, utilizado por un nuevo pelón que escribiría con mis lápices, que habían quedado allí olvidados. ¿Y mi maestro? ¿Y mis amigos? ¿Cuánto tardarían en reemplazarme?

Contuve la lágrima que amenazaba con resbalar por mi mejilla.

«Ahora eres el hombre de la casa, Ikal, no puedes llorar o, si no, yo también lloraré y nos ahogaremos en nuestras lágrimas. Mi alegría es tu alegría», me decía mi madre. No quería hacerla sufrir. Ahora solo nos teníamos el uno al otro.

Y los dos teníamos a Quetzal.

Don Ernesto se había ofrecido a quedárselo en la escuela. Entendía que llevárnoslo a la ciudad, a casa de los abuelos, no era buena idea.

—Te prometo que lo cuidaré casi tan bien como tú —me dijo el día después del entierro—. Le hablaré de ti para que no te olvide. Jugará todos los días con Valeria, Tuerto, Chico... Y de aquí a un tiempo, quizás puedas venir a buscarlo.

Yo no tenía ninguna duda de que don Ernesto cumpliría su palabra. Él era el segundo mejor amo de Quetzal. Y sabía que mi perro saldría adelante sin mí. Era un superviviente, tenía las patas quemadas de recorrer caminos y, con los meses, yo solo sería un dueño más de todos los que había tenido. Pero ¿y yo? Yo no podría soportarlo.

Esa tormenta me lo iba a quitar todo... ¡maldita!

Pasé dos días con fiebres altísimas, mientras mi madre se despedía de los vecinos, tramitaba los papeles de la compañía ferroviaria, compraba los billetes, vendía los pocos muebles de nuestro hogar para conseguir algo de dinero... En todo ese tiempo, Quetzal permaneció a mi lado. Mi madre no fue capaz de arrebatármelo.

El resto de mis amigos se quedaban atrás, en una vida que pronto me parecería que no fue mía.

Sonó el segundo silbido. Me estremecí y abrí los ojos.

Mi madre me observaba con atención, sin dejar de acariciar una foto de mi padre.

—En los momentos en que todo se tambalea, cuando crees que vas a caerte, es bueno agarrarse a los que te quieren —me dijo muy bajito, mientras me señalaba con el mentón el paquete que me había dado al subir al tren.

Asentí.

Empecé a desatar el cordel con torpeza.

Estreché el cuaderno contra mi corazón. Allí estaban todos: el maestro, los enanos, los pelones, los grandes. Sus dibujos, sus letras, sus huellas...

El día anterior había sido mi último día de escuela.

Don Ernesto organizó un acto de graduación, a pesar de que aún faltaban meses para acabar el curso. La clase estaba decorada con globos y algunos de nuestros trabajos, y en un rincón había preparado una mesa con zumos. «Para brindar por el brillante futuro que les aguarda, damas y caballeros», dijo sonriente.

Fue una sorpresa para todos. Como lo fue que nos llamara, uno a uno, para entregarnos el diploma.

—Ikal Machuca.

Arrastré la silla al levantarme.

Despacio, los hombros hundidos, me dirigí hacia la pizarra, entre los aplausos de mis compañeros.

Oí como Tuerto y Valeria gritaban mi nombre.

Extrañé a Chico. Desde que don Ernesto lo había sacado de comisaría no había regresado a clase. Al principio, pensé que estaría muerto de vergüenza. En un par de ocasiones, los amigos habíamos tratado de convencerlo para que

volviera. No tenía que preocuparse por nada: el maestro ya se había olvidado del tema y nosotros seguíamos siendo sus amigos. «¿Si robas a quien te roba está mal?», le habíamos preguntado a don Ernesto preocupados semanas atrás. Nos sonrió: «No está mal si te arrepientes, pides perdón y no lo repites». Se lo dijimos a Chico, pero eso lo enfureció aún más: «Antes muerto que pedir perdón», nos gritó mientras echaba a correr.

Apenas lo veíamos desde entonces, pero no había sido consciente de cómo lo extrañaba hasta aquella mañana de los diplomas. Mi última mañana. «¿No vendría a despedirme?», pensé mientras avanzaba entre los pupitres.

Don Ernesto me tendió la mano para felicitarme por ser, un curso más, uno de sus mejores alumnos. Me entregó dos diplomas.

Lo miré sorprendido. Él hizo como si no se diera cuenta.

—Quetzal Machuca.

Todo el mundo empezó a reír.

Don Ernesto repitió más fuerte:

—Quetzal Machuca.

Desde el otro lado de la puerta llegó un ladrido inconfundible. El maestro hizo un gesto y uno de mis compañeros la abrió. Mi perro entró haciendo cabriolas, como si supiera qué estaba pasando. Se acercó a don Ernesto, que lo acarició.

—Recuerde, Ikal, hay muchas maneras de mirar la vida. Mírela siempre como una promesa —sonrió don Ernesto, sabiendo que yo me acordaba de mi renacuajo que ya era el tritón más bonito de su laguna.

Sin que me diera cuenta, Valeria se puso a mi lado, alargándome un gran cuaderno, el que entonces dormía entre mis brazos, montado en aquel tren camino al futuro.

La cara de mi amiga era un muestrario de todos los sentimientos posibles. Trató de sonreír cuando Quetzal saltó para darle un lametazo. Estaba llorando y mi perro no soportaba las lágrimas de los amigos. Recibió mi agradecimiento con la boca muda y la cabeza gacha. Solo al sentarse de nuevo en su pupitre reunió

valor para mirarme de frente. Sus ojos me mostraron todas las palabras que sus labios no dejaron escapar. Me pareció leer en su corazón que me quería, que me quería mucho, que no me olvidaría, que la vida sin mí no sería igual, que deseaba besarme tanto como yo deseaba besarla a ella. Que me esperaría, que volviera.

No le pregunté si era cierto.

Se lo iba a preguntar aquella mañana antes de subir al tren.

Tuerto y ella me esperaban a la puerta de mi casa para decirme adiós. Pero las lágrimas nos inundaron los pulmones, la garganta y la boca y ninguno de los tres pudo decir nada. Abrazado a mis amigos, recordé la tarde en que, tirado en un camino, nos encontramos nuestro primer muerto. Ese día Chico, Tuerto y Valeria me aceptaron como uno más, a mí, uno de los pelones. Ese también fue el primer día de Quetzal, el perro feúcho que nos había acompañado desde entonces.

Mi madre me estiró del brazo. Teníamos que irnos. Unos compañeros de mi padre habían cargado las maletas en la camioneta de la compañía del ferrocarril. Aguardaban para acompañarnos a la estación.

Mientras el polvo que levantaban las ruedas volvía borrosos a mis amigos que agitaban sus brazos desesperados, pude sentir que para ellos, de alguna manera, su infancia también se perdía en ese instante. Con Chico desaparecido y mi marcha y la de Quetzal, todo se rompía en pedazos. Nos sentí unidos también en la pena y eso me consoló.

El tercer silbido me devolvió a la realidad.

Gritos en la estación. Se cargaban los últimos paquetes.

Miré el primer dibujo de mi cuaderno: era una mariposa gigante, negra, blanca y naranja. Parecía volar. No necesité leer la firma para saber quién me la había dibujado. La reseguí con la yema de los dedos mientras por la ventana veía cómo el jefe de estación agitaba una bandera roja.

Un temblor lo sacudió todo. Oí las quejas metálicas del tren.

Miré el segundo dibujo. Un vagón verde, con el nombre de mi escuela escrito. Pasé corriendo la página y descubrí a unos niños que jugaban al balón. Pensé que si no separaba los ojos de aquellos papeles nada cambiaría. Don Ernesto escribiendo en su pizarra el nombre de muchos ríos. Los campos de árboles

frutales. Y...

Mi mundo empezó a moverse, poco a poco.

Dejé caer el cuaderno.

Me subí al sillón y saqué mi cabeza por la ventana: necesitaba respirarlo todo, oírlo todo para grabarlo en mi memoria. Pronto aparecerían los campos, los obreros que construían los ramales, la laguna y...

Y entonces lo vi.

Donde acababa el andén, apoyado contra la última columna, medio cuerpo en sombra, medio cuerpo al sol. Parecía perdido entre los límites.

Cuando el tren pasó frente a él, nuestros ojos se cruzaron.

Los suyos eran duros, oscuros, brillantes.

Los míos, asustados.

Ya no le quedaban sonrisas así que no me pudo regalar una.

Sabía que no había palabras de consuelo para nuestras penas, así que no gritó ninguna.

Levantó su brazo izquierdo con el puño cerrado. Lo estiró una y otra vez con rabia, estrellándolo contra el cielo. No dejó de hacerlo mientras yo pude verlo.

«Resiste, resiste, resiste», me pareció oír su voz, a pesar de que su boca estaba cerrada.

—¡Chico! —grité.

Y supe que esa sería la última vez que le llamaría.

Viaje de vuelta

«Me lo contaron y lo olvidé, lo vi y lo entendí, lo hice y lo aprendí.

El alumno Ikal Machuca ha superado con honor sexto de primaria, en el centro educativo Malinalli Tenepatl. Felicitamos al caballero y le deseamos conocimiento y conciencia».

Ernesto Platas, director

Treinta años después, ahí estaba, con el mismo diploma entre las manos, montado en un tren, haciendo cientos de kilómetros a través de unos campos que apenas habían cambiado.

El viaje de vuelta se había hecho esperar una vida.

Tanto por él como por el cartón, el tiempo había pasado dejando su huella. Miró su reflejo en la ventana del vagón de primera: algunas canas serpenteaban por sus sienes y una sombra oscura en su barbilla le recordó que, cada dos o tres días, debía afeitarse. Vestía un traje con un corte elegante y sus pertenencias viajaban en maletas con nombre italiano.

Cerró los ojos e invocó la imagen del niño delgaducho que había sido, con la piel morena por andar corriendo bajo el sol.

Ahí estaba: Ikal Machuca. Llegó hasta él acompañado de un perro feúcho.

Abrió los ojos.

Ahí estaba: Hugo Valenzuela. Un exitoso profesional construido con esfuerzo.

Entre los dos, mediaba el rayo que había acabado con la vida de un obrero del ferrocarril, un viaje en tren a la gran ciudad, un premio extraordinario de bachillerato, una beca para la mejor universidad del país, un cambio de nombre para borrar rastros, una carrera profesional, unos cuantos miles en la cuenta y...

La añoranza lo golpeó a traición.

Esta vez, en este viaje, ni su madre ni Quetzal lo acompañaban. Se sorprendió pensando lo mucho que les hubiera gustado hacerlo y la de veces que

habían acariciado esa idea. Los dos habían muerto extrañando aquellos días, pero solo él, que ya no los añoraba, volvía.

Para su perro, la ciudad no resultó un hogar acogedor. Desde el mismo día en que llegaron a casa de sus abuelos, Quetzal empezó a volverse un animal triste y solitario. En cuanto su amo se marchaba al colegio, se escondía debajo de la cama. Allí pasaba las horas, sin ni siquiera comer o beber, hasta que este regresaba. Iba a recibirlo y entonces, por un rato, parecía el mismo. Nunca se acostumbró a llevar collar e ir atado. Salir con él a la calle era misión casi imposible. Se retorció, mordía la cadena, se negaba a andar o escapaba corriendo. Ladraba a todos los coches y se desesperaba arañando el asfalto como si creyera que bajo aquella extraña alfombra se escondían sus campos, la laguna y los caminos de tierra.

Más de una vez sorprendió a su madre hablándole al animal, con un tono a la vez dulce y duro, mientras planchaba su uniforme: «Quetzal, los viejos tiempos no volverán. ¡O te haces a los nuevos o morirás de pena!». Nunca supo si no trataba, más bien, de convencerse a sí misma.

«Tú también los echas de menos, ¿verdad?», le susurraba él por la noche antes de dormirse abrazados. Solo en el mundo de los sueños volvían a estar todos juntos, a caminar con los brazos abiertos en cruz bajo el azul inmenso, sin prisas, sin miedos... sin dolor.

¿Cómo culpar a Quetzal por querer pasar la mayor parte del día allí, bajo la mesa de don Ernesto, ladrando cada vez que Chico o Tuerto salían al encerado? ¿Cómo enfadarse con él porque prefiriera saltar alrededor de Valeria, mordiéndole los bajos de su falda?

Cuando llovía, atrapados en su pequeño cuartucho, miraban cómo las gotas golpeaban contra el asfalto y el vidrio. Aquel sonido no era tranquilizador como el de las gotas golpeando las hojas de los árboles o la madera de su vagón. Era un ruido frío, repetitivo, carente de vida. Entonces, Ikal le prometía que pronto volverían a su hogar. «En cuanto cumpla dieciocho años entraré en la compañía del Ferrocarril, te lo prometo. Me haré obrero como mi padre. Y tú, madre y yo volveremos a vivir en un tren, cruzando el país», le aseguraba. Quetzal lo miraba serio, confiado, sabiendo que de verdad ese deseo era una semilla arraigada en lo más profundo de su corazón. Con las semanas, esa semilla fue creciendo. Se convirtió en un plan escrito en una libreta escondida bajo la almohada: fechas, ahorros, pasos que dar... Pero esa semilla se pudrió un día. El día que Quetzal se rindió.

En unos meses, el perro había dejado de pasear. Salía cinco minutos, los justos para cubrir sus necesidades y, con desespero, tiraba de la correa para volver a casa. Se le enteló la mirada y dormitaba la mayor parte del día. «Envejeció de pena», le dijo su madre. Él no estaba dispuesto a rendirse. Preguntó a todos los amigos que tenían perro, sacó de la biblioteca manuales de enfermedades animales y suplicó que lo llevaran al veterinario.

Su madre aceptó, aunque estaba convencida de que nada se podía hacer cuando un animal decidía dejar de vivir. El experto podría recetarles lo que quisiera, inventarse algún nombre en inglés para explicar lo que le pasaba, pero... «nadie puede obligarlo a seguir vivo».

Así fue: a pesar de los esfuerzos, un día se apagó como una vela.

«Se fue pidiéndome perdón», suspiró Hugo Valenzuela, volviendo a aquella noche en que el animal lo miraba a los ojos temblando. Fueron unas horas de agonía en las que Ikal pasó por todos los estados de ánimo. Insultó con rabia a su padre por haberles dejado, le prometió el universo a Quetzal para que no se fuera, lloró preso de una pena insondable... En el monte, cuando fueron a enterrarlo, Ikal metió en el mismo saco el cuerpo sin vida de su amigo y el del niño que él había sido.

Todos le dejaban.

Su corazón estaba roto en mil pedazos. Como pudo lo reconstruyó y decidió que no volvería a sufrir.

Poco a poco, fue borrando de su vida la estación Delicias, a don Ernesto y su escuela, el cabello negro de Valeria y los sueños ferroviarios de Tuerto, el puño alzado de Chico... Mató sus deseos de volver y las promesas que se había hecho.

La estocada final fue la muerte de su madre: con ella enterró lo último que le quedaba, el nombre. Borró Ikal de todos los documentos, eligió el nombre de Hugo que siempre le había gustado y, en homenaje a su madre, empezó a utilizar su apellido.

Estudió y trabajó sin descanso para convertirse en quien se había convertido, en el mejor inspector jefe de la Dirección General de Educación y en el futuro miembro más joven de la Comisión que decidiría el modelo que seguirían las próximas generaciones de estudiantes.

Cada paso que daba lo alejaba del niño mestizo siempre quemado por el sol, del hijo de un ferroviario y un ama de casa, de sus amigos campesinos y de su viejo pupitre en un vagón de tren.

O eso creía él.

«En realidad, cada paso me acercaba más y más hasta el día en que Carolina entró con el maldito expediente de cierre de la escuela Malinalli Tenepatl », se dijo mientras sorbía el café que la azafata le había servido.

Observó el lujo de aquel vagón: los asientos tapizados, las revistas a su disposición, el suelo encerado. Sonrió a un par de pasajeros, sin duda ejecutivos de alguna gran empresa, que tecleaban en sus portátiles.

«Tanto correr para volver al punto de partida», pensó recordando cada una de las grietas del vagón escuela por las que se colaba el viento en invierno. Lo reconocería entre un millón. Tanto había amado aquel lugar y a las personas que lo poblaban...

Viajaba a su pasado, pero allí solo quedaba en pie don Ernesto, envejecido y ciego. El resto eran ruinas. ¡Hasta la escuela estaba a punto de desaparecer! ¿Qué habría sido de Tuerto y de Valeria? ¿Habrían seguido la misma suerte que Chico? Deseaba que no fuera así. Quizás el maestro pudiera darle alguna pista. Aunque le costara reconocerlo, ese había sido el verdadero motivo que lo había impulsado a viajar al sur.

Tras leer la noticia de la muerte violenta de su amigo, sintió la urgencia de saber qué había sido de sus otros dos camaradas. No se atrevía a viajar por miedo a que don Ernesto lo reconociera. «Era casi imposible», se decía, «con lo que había cambiado, con la de niños que habían pasado por sus clases». Sin embargo, cuando invocaba a su maestro, sabía que él sí, que él le reconocería. No era cualquiera. «A no ser que se haya quedado ciego», se dijo para tranquilizarse.

No iba a dejar que ese viaje influyera en su decisión, pero ¿cómo resistirse a revisitar su pasado por última vez? Desde hacía unas semanas, desde que esa carpeta verde había llegado a su mesa, nada había vuelto a ser igual. Los documentos que contenía parecían reclamarle algo. Le exigían. Le hacían preguntas, pero no le ofrecían ninguna respuesta a las suyas.

Se estremeció: si la escuela Malinalli Tenepatl desaparecía, arrastraría con ella a Ikal Machuca. Nada quedaría de él porque se había dedicado a borrarlo

durante casi veinte años. Se imaginó el viejo vagón, como si fuera un barco destartado, hundiéndose en el mar. Allí, en el fondo, dormirían por siempre y en silencio sus cuadernos, el pupitre del maestro, el bote con el tritón... dormiría quien fue. ¿Estaba preparado para ello?

Sintió que la sangre se le helaba en las venas.

Ikal Machuca merecía una despedida con todos los honores. Tomás Machuca, enterrado en una tumba nunca visitada de la estación Delicias, también se la merecía. Había sido un buen padre. Poco tiempo. Sintió que un rencor oxidado acudía a su boca sin ser llamado. «¿Cómo es posible? La tormenta, fue culpa de la tormenta. Él me prometió que esa tarde nos veríamos en casa. Pero no cumplió su promesa», se repitió mientras sus lagrimales, secos por muchos años, se desperzaban.

Don Ernesto, Tuerto, Valeria, Chico... también ellos se lo merecían.

A todos los había enterrado sin compasión, con frías paladas de olvido y excusas. Lo hizo por tener un futuro y la vida le estaba enseñando que este no podía existir sin un pasado.

Por imposible que pudiera parecerle, Hugo Valenzuela regresaba a la estación Delicias más solo de lo que se había marchado.

Una voz rompió el hilo de sus pensamientos.

—Próxima parada, Campos Verdes. Final de trayecto.

«Y de allí a la estación Delicias, diez minutos de taxi», murmuró.

El tren ralentizó su ritmo para cruzar los últimos campos antes de entrar en la pequeña estación, la única que seguía operativa en aquella zona. Grupos de campesinos y niños caminaban en paralelo a los raíles que su padre y el padre de Tuerto habían colocado y que ahora le devolvían al que fue su hogar.

Sintió un pinchazo de orgullo. Eran unos raíles firmes, que habían sobrevivido a miles de trenes, a tormentas a algún terremoto, e incluso a un atentado terrorista. «Un camino de hierro que ha conducido a casa a miles de personas, que ha ayudado a reunir familias y cumplir sueños. Y ninguno de estos pasajeros es consciente del sudor y la sangre que los engrasa», suspiró.

Se levantó: quería ser el primero junto a la puerta. No le gustaba hacer cola. Estiró los brazos y, de golpe, los dejó caer.

La había visto. Por el rabillo del ojo la había visto, difuminada entre un grupo de jóvenes que cargaban cestas llenas de flores y frutas.

Solo podía ser ella.

Pegó su frente a la ventana. Giró su cabeza todo lo que pudo.

Allí estaba ella, tenía que ser ella.

Uno de aquellos puntos que el tren se esforzaba en dejar atrás tenía el pelo negro y largo más bonito que él hubiera visto nunca. Caía en ondas como las del río. Sonrió. «¡Hay que ser tonto! El tiempo también ha pasado para ella. No puede seguir siendo tal y como yo la recuerdo. Alucinaciones...», murmuró.

¿Cómo podía ser que, aun tantos años después, para él aquella tierra siguiera siendo Valeria?

24

Casilla de salida

—¡Menuda sorpresa! La verdad, no esperaba verte por aquí —dijo Rebeca, alzando la copa y simulando un brindis.

Hugo Valenzuela se recostó en la butaca. Imitó el gesto con la suya, dio un sorbo y sonrió. Dirigió la copa hacia la luz. El color del vino anunciaba su sabor: era fuerte y tenía personalidad. «Como esta tierra», pensó mientras perdía la vista entre las mesas del restaurante. Ni sus padres ni los de ninguno de sus amigos hubieran soñado que a escasos metros de sus vagones pudiera existir un lugar como aquel. Tampoco Ikal Machuca, pero Hugo había hecho una reserva en aquel local de moda antes incluso de haber llegado a la ciudad. Un chef francés, buscando la originalidad y autenticidad de los productos, se había mudado hasta aquel rincón solo por un tiempo. «Para recobrar energías, experimentar, reconectar y regresar con más fuerza», había anunciado a sus fans a través de su página web. «Quizás yo estoy haciendo algo parecido», se dijo.

—¿Entonces? —la voz apremiante de Rebeca le recordó que no estaba solo.

—¿Entonces qué? Perdona, debo de estar algo cansado del viaje y... —se excusó.

—¿Por qué decidiste venir?

Hugo Valenzuela dio otro sorbo. Con una voz juguetona que desmentía sus palabras, afirmó:

—Porque no me fío de una novata como tú.

Rebeca hizo una mueca pícara.

—Yo, en tu lugar, tampoco lo haría —calló unos segundos antes de añadir—: No te hubiera dejado venir solo. ¿Quién puede fiarse de un jefe urbanita y expeditivo para un proyecto como este? Confiesa: ¿cuándo fue la última vez que pisaste un campo que no fuera de golf?

—*Touché* —dijo, divirtiéndose por su doble papel—. Aunque no estoy seguro yo de que tú...

Ella miró desafiante a su jefe.

—Cada quince días. Mis abuelos viven en una gran finca a un par de horas de la ciudad. La fortuna de mi familia se asienta en el mundo del perfume. Mi abuelo, que era casi tan exigente y desconfiado como tú, decidió instalarse cerca de su tesoro.

—¿Del tesoro? —preguntó un sorprendido Hugo Valenzuela.

—Sus perfumes más reconocidos debían su éxito a las flores. Destilaban su esencia hasta lograr...

—¡Tu abuelo era un hombre de campo!

—¡De laboratorio! —afirmó riendo ella—. Odiaba los insectos, los gusanos, mancharse con el barro..., así que hacía que le llevaran las flores ya cortadas a unos lugares asépticos, llenos de pipetas y químicos. Allí se pasaba horas. Qué contradicción, ¿verdad?

—Así somos —respondió su jefe más para él que para ella, justo antes de degustar el postre.

La cena se le había pasado en un suspiro, de manera amena. Tenía que reconocer que, al verla aquella tarde esperándolo en la estación de Campos Verdes, un sentimiento extraño lo había asaltado. «Tan rubia, tan alta, tan elegante... tan fuera de sitio», se dijo, «que había sentido ganas de protegerla».

Bajó del vagón y fue directamente hacia ella. Le dio un abrazo sentido.

Ese gesto pareció incomodarla. Y luego, durante todo el trayecto, se había mostrado distante.

En cambio, en el restaurante, se había relajado y se había mostrado encantadora, como de costumbre. Habían comentado lo que había hecho esa semana. Las dos entrevistas con don Ernesto. «La primera en el hotel, para hacerlo más oficial, y la segunda en el vagón, fuera de horario de clase. Allí pude hablar también con algunos padres y un par de exalumnos», le explicó, después de asegurarle que no recordaba el nombre de ninguno de todos ellos.

«En los informes están apuntados. Si quieres te los paso esta noche y los lees», le había ofrecido.

Rebeca había comentado con el maestro la visita del inspector jefe. Don Ernesto, emocionado, le había propuesto que le visitaran por la mañana. «Así entenderán mejor qué hacemos y por qué es importante que sigamos haciéndolo. Nos verán en acción», le había dicho.

—Me ha parecido lógico —dijo Rebeca observando de reojo a su jefe.

Su rostro, de repente, le pareció impenetrable. «¿Cómo era posible que en cuestión de milésimas de segundo sus ojos se hubieran oscurecido de esa manera?», pensó mientras trataba de adivinar si habría acertado al tomar esa decisión.

Lo que ella no podía saber era que, nada más oír aquel comentario, Hugo Valenzuela había dejado de pensar. Estaba concentrado en su cuerpo: las manos sudaban frío, sentía un vacío en el estómago y una vena de su cabeza amenazaba con estallar. Imaginó la sangre salpicando el mantel, la blusa de encaje de Rebeca, el esmoquin del camarero que se acercaba hacia ellos con paso marcial. Dos frases golpeaban su garganta sin ser oídas: «visitar la escuela, ver a don Ernesto...».

El inspector no era consciente de que, en ese preciso instante, estaba padeciendo un ataque de pánico. El primero en su vida.

La llegada de la cuenta le salvó. Buscar la cartera, sacar la tarjeta de crédito y firmar el recibo le parecieron actos casi heroicos que requerían toda su atención. Salieron del local y un golpe de aire fresco le devolvió su serenidad habitual. O casi.

Eran cerca de las doce de la noche.

Desde el balcón de su cuarto en el hotel, contempló las calles siempre despiertas de Campos Verdes. Aquel pueblo ya no era el pueblo que él había conocido: «Más asfalto, más neón, más tráfico, más negocios... más gente», murmuró. Al salir del restaurante, le había propuesto a Rebeca dar una vuelta con la excusa de hacer un poco de turismo. «¿Turismo en la nada y a estas horas?», le había preguntado sorprendida.

—¡Mujer! Algo habrá... —le respondió mientras echaba a andar hacia la que él recordaba como plaza principal del pueblo.

—Lo consulté en Wikipedia antes de venir... ¡nada! —protestó ella, pero al ver que él estaba a punto de girar una esquina, decidió seguirlo.

Encontró la plaza.

El bar que tantas veces se tragó a Chico, alejándolo de ellos, ya no estaba allí. En su lugar, le recibió el escaparate a oscuras de una tienda de móviles. El banco en el que se sentaban los borrachos a lanzar piedras a los perros se había convertido en un contenedor de reciclaje de vidrios.

Se perdieron por las calles y en todas descubrió casas a medio construir, tiendas por inaugurar, semáforos y señales de tráfico que, a cada segundo, ocultaban un centímetro más del pueblo que ya solo algunos debían conocer.

Incapaz de reencontrarse con sus recuerdos en aquel galimatías, aceptó regresar al hotel, para tranquilidad de una desesperada Rebeca quien, con la excusa de que aquellos tacones la estaban matando, iba colgada de su brazo.

«Ya no queda nada de nosotros», pensó cuando sintió cómo Rebeca se estrechaba contra él al ladrar un perro tras algún portal.

Antes de acostarse, Hugo Valenzuela miró sus zapatos brillantes incluso en la oscuridad, descansando junto a la cama, y no pudo evitar acordarse de las botas remendadas que calzó tantos inviernos. Hacía años que estrenaba zapatos cada temporada. En cuanto amenazaban con agujerarse, los tiraba a la basura. No valía la pena gastar tiempo ni dinero en remendarlos.

Al quitarse la camisa, siguió el rastro del perfume de Rebeca, revivió la piel tersa de sus manos cuando se las había estrechado para desearle buenas noches, y recordó las mínimas e infinitas grietas de las manos olor a tierra de Valeria niña. Se estremeció al imaginar lo rugosas y ásperas que debían de ser hoy esas mismas manos, con tantos años acumulados de trabajo duro.

Hubiera podido dormir con su ayudante. Lo había leído en su cuerpo.

Había preferido pasar la noche con sus recuerdos, sintiéndose guardián de la memoria de todos los personajes que poblaron aquellos meses de su infancia, memoria que los años parecían querer borrar.

Se lo debía.

Sentado en su cama, perdido entre cojines y sábanas de seda, se dispuso a pasar la vigilia rescatando caras, días, palabras... para devolverles la vida en el paréntesis que se había abierto para él, entre la última noche y la primera

madrugada.

«Tal vez mañana yo también haga mi parte en el trabajo del olvido», suspiró al imaginar a don Ernesto, derrotado y ciego, firmando el papel en el que aceptaba su jubilación sin imaginarse que había sido él, Ikal Machuca, quien le había obligado a hacerlo.

Sintió en su propia piel el rastro frío de la lágrima que caía por la mejilla de su maestro.

Partido de ida

—Hay que reconocer que la escuela tiene un punto entrañable. Ya la verás —comentó Rebeca—. En cambio, el barrio...

Eran cerca de las nueve de la mañana y los dos caminaban por un sendero de tierra lleno de baches y basura. A pesar de ser tan temprano, el sol ya castigaba el pasillo de barracas. Estas proyectaban su sombra sobre una desconcertada Rebeca, que daba cada paso con tanta prudencia como si fuera el último que fuera a dar sobre la tierra.

Cualquier movimiento o ruido le provocaba un sobresalto. En cada perro sin collar, en cada hombre fumando, en cada adolescente sin intención de ir a ninguna parte veía un potencial enemigo.

«La falta de costumbre», se dijo el inspector jefe, mientras le ofrecía su brazo para que caminara más segura.

El malestar de Hugo Valenzuela tenía otro sabor.

Apenas había podido descansar.

A empujones, las imágenes y voces de un pasado que había dormido por mucho tiempo se habían colado en su mente. Pese a lo que había temido por tanto tiempo, esas horas habían sido balsámicas.

Recuperar los nombres de los pueblos por los que pasó el tren de su niñez y a su padre señalándoselos en el mapa, los geranios y pájaros de su madre cuando se establecían en uno de ellos, el olor húmedo de su vagón los días de lluvia y las caras de sus compañeros de escuela lo había mantenido en medio de un estado de semiinconsciencia feliz.

El sonido del teléfono lo devolvió al presente y le arrebató el efecto de la borrachera de la nostalgia.

Salía de la ducha cuando la voz de Limónez le recordó en una fracción de segundo quién era y por qué estaba allí. Ya no era Ikal Machuca, el hijo del ferroviario, ni tenía siete, nueve u once años.

—¡Buenos días, Valenzuela!

«Hasta ahora, buenos. En este momento, ya no estoy tan seguro», pensó Hugo mientras trataba de articular alguna frase no demasiado agresiva.

No hizo falta que se esforzara. Su interlocutor quería ser oído más que escuchar.

—El mismísimo inspector jefe se ha trasladado al sur. Ayer me acerqué para charlar contigo un rato y Carolina me dio la noticia. —Se detuvo una fracción de segundo—. ¿Eso quiere decir que el caso por fin está cerrado?

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó molesto Hugo.

—¡Hombre! Rebeca está allí hace unos días. Ha estado haciendo entrevistas y recogiendo datos. Has ido para la estocada final. —De golpe, Limóné se deseó no haber hablado tanto.

Se hizo un silencio incómodo a ambos lados del teléfono.

Los dos adversarios parecían medirse. Limóné trataba de saber si Hugo Valenzuela había oído sus últimas palabras y este esperaba para ver qué más sabía su compañero.

—¿Sigues ahí? ¿Me oyes?

—Perfectamente —dijo Hugo.

—Es que Carolina me contó también lo de Rebeca y... —trató de excusarse.

—Ajá —respondió Hugo, que conocía de sobra la discreción de su secretaria y que por tanto se lo había contado. Solo Rebeca podía haber hablado de más.

Allí, en mitad de ningún sitio, los capitostes de la Secretaría también tenían ojos. Limóné llamaba para recordárselo.

Sintió rabia.

—No. Me gusta tomar mis propias decisiones. Por eso he venido. Sobre todo cuando son tan importantes.

—¿Importante? ¡Es una escuela de treinta niños, un maestro viejo y en una estación abandonada!

—Lo dicho: importante —respondió Hugo, con una voz tan amenazadora que incluso dejó de oír la respiración de su compañero.

El resto de la conversación giró alrededor de los cambios que se avecinaban en el Ministerio y en cómo eso afectaría a la futura Comisión.

—Tienes que darte prisa en cerrar esa escuela. ¿Cuál es el problema? Parece sencillo —preguntó ansioso.

«La dichosa Comisión, siempre la dichosa Comisión. ¿Es que no les da asco que su chantaje sea tan evidente?», pensó Hugo. Pero desde el día que habían jugado al golf y las cartas habían sido puestas sobre la mesa, su compañero no se molestaba en disimular.

—El subdirector está nervioso y no nos conviene. Ya sabes... él nombrará un par de candidatos para la Comisión —insistió Limónéz.

—¿Tú serás el otro candidato? —preguntó sorprendido Hugo.

—Quita, quita... ¡eso es para los buenos! Para los que os gusta trabajar —rio por lo bajo.

—Entonces, ¿qué ganas tú?

—Ya sabes. Quiero un país...

—Ya, ya... moderno, del siglo xxi, con una escuela a la altura de... —subió el tono de su voz—. No me tomes por tonto. ¿Qué estoy haciendo que ganes? ¿Qué me deberás tú si elaboro ese maldito informe que acabe con las escuelas vagón y con el artículo 123 de la ley de los trabajadores?

Hugo Valenzuela pensó que se había arriesgado demasiado.

Aquel correveidile vivía en la sombra de los pasillos, en cómodos nidos sobre la moqueta de los grandes despachos. No le gustaban los enfrentamientos directos ni salir a la luz.

Una vez más, el funcionario le sorprendió.

—Creí que ya lo habías entendido —bajó la voz—. Venta de terrenos, licitaciones de obras, modernización de infraestructuras... Dinero, todo eso moverá dinero. Y si estoy cerca...

«Realmente está desesperado para jugársela de esta manera», se dijo Valenzuela. «Y alguien así de desesperado es un mal enemigo».

La conversación no avanzó mucho más.

El mensaje ya estaba dado: seguían pendientes de sus pasos, aunque tomara un tren. Un tren que lo había llevado hasta un punto olvidado del mapa de su memoria.

Se paró en seco.

Tomó aire.

—¿Qué pasa? —preguntó sorprendida Rebeca—. Tienes mala cara, jefe. No me extraña. No te preocupes. A la vuelta de esa esquina...

«Se encuentra la estación Delicias y allí...», pero antes de que el inspector jefe pudiera acabar su pensamiento, Rebeca añadía:

—La escuela Malinalli Tenepatl, la Escuela Artículo 123.

El eco de la tabla del tres llegó hasta sus oídos.

Hugo Valenzuela se estremeció.

A pesar de lo reales que le habían parecido aquellas voces, sabía de sobra que no venían de esa mañana fría, sino de una cálida que había quedado atrapada en el túnel del tiempo.

Al otro lado del espejo

El vagón escuela los recibió imperturbable.

Hugo le echó un vistazo.

Fue suficiente para descubrir que había envejecido. Las ruedas, clavadas en las vías de madera carcomida, se veían oxidadas. Entre ellas crecían algunas hierbas. El color verde había desaparecido bajo capas de pinturas de mil colores diferentes que, con los años, habían convertido al vagón en un mestizo. Una media sonrisa apareció en su rostro al descubrir el nombre Malinalli Tenepatl, escrito por una mano trémula, sin duda infantil.

Desvió la mirada y la posó en el cartel de «Estación Delicias», pintado en un muro sobre la taquilla. Ahora, unos ladrillos y un par de tablones tapando el antiguo mostrador actuaban como señal amenazante.

—Horario de venta de billetes. De lunes a viernes, de 6 a 20 horas —dijo en voz baja.

—A saber a qué lunes se refiere —suspiró Rebeca, mientras golpeaba un raíl suelto.

Hugo se encogió de hombros.

—Convendrás conmigo que este espacio no parece el más adecuado para que jueguen unos niños —dijo la ayudante señalando un montón de cables abandonados frente al viejo y destartado almacén de la estación, que amenazaba con caerse—. Una escuela son las aulas, pero también los espacios de juego o para deporte o...

El inspector jefe pateó el suelo.

«Así que aquí está el maldito gas», pensó con rabia. Aquel desolador paisaje chocaba con su recuerdo. Rebeca tenía razón: no era escenario para unos niños.

—¿Todo bien?

—¿Por?

—Estás muy serio y además... —miró sus zapatos llenos de polvo.

—Soy una persona seria —trató de quitarle hierro al asunto—. Creo que tienes razón: tal como está, la estación no es un buen entorno.

—¿Tal como está? —preguntó sorprendida Rebeca.

Hugo no la escuchó.

—Ciertamente, se tendrían que hacer obras. Espacio hay. Se podría construir en el viejo almacén un polideportivo. Allí, una cancha y más allá...

Rebeca no daba crédito.

—¡El aula es un viejo vagón! El frío que deben pasar los pobres. Por no hablar de que van a clase juntos los chicos de todas las edades...

—Es que habría que hacer algunos cambios, insisto.

—¿Qué quieres? ¿Convertir esto en un parking de vagones? Uno para cada curso, otro para la biblioteca, otro para el laboratorio...

Le miró con los ojos abiertos como platos.

—¿Has leído mi informe?

Hugo sonrió.

—Aún no. Quería formarme mi propia opinión sobre el terreno para luego discutirlo juntos —mintió—. A eso hemos venido aquí, ¿no?

—¿Dices que no cerrarás esta escuela? ¿Que te parece buena para los chicos?

—No estoy diciendo nada de todo eso —respondió en un tono irónico—. Me gusta discutir, ya sabes cómo soy. Viejas costumbres.

Rebeca lo miró sin comprender nada. Iba a decir algo más cuando se abrió la puerta.

—¡Por fin están aquí! Les estábamos esperando.

A pesar de que llevaba horas preparándose para ese momento, a Hugo

Valenzuela aquella voz le pilló desprevenido. Sintió cómo le golpeaba y casi lo tumbaba. Creyó que su ayudante se habría dado cuenta de cómo temblaba, pero ella ya se acercaba con una sonrisa que parecía sincera hacia el vagón.

—Don Ernesto, ¡buenos días! Disculpe el retraso es que...

—Nada, nada... ¡qué retraso! Así nos ha dado tiempo a prepararnos para recibirlos como merecen. ¿O es que finalmente ha venido sola?

—Aquí está mi jefe. Don Ernesto, le presento al inspector jefe de la zona central, Hugo Valenzuela.

Hugo se acercó despacio hacia la mano tendida.

La miró por una fracción de segundo antes de estrecharla.

Le pareció pequeña y acartonada.

¿Aquella mano había tirado de él?

—Encantado. Es un honor tenerlo aquí, don Hugo.

—Hugo, a secas.

Don Ernesto dudó y a Hugo Valenzuela le pareció que había sido descubierto solo por tres palabras. ¡Tres malditas palabras!

—Entonces, insisto, llámame Ernesto. Lo de don... ¡lo dejo para mis alumnos! —Una sonrisa dubitativa apareció en su rostro.

Sintió cómo los ojos velados del maestro se quedaban clavados en algún punto de su cuerpo mientras los invitaba a entrar.

Allí no quedaba nada que le recordara a su infancia y, sin embargo, sentía que esta acechaba su corazón desde algún rincón oculto.

Las paredes tenían otro color. Los carteles que las adornaban eran totalmente diferentes: donde antes había un mapa de su país, ahora colgaba un mapamundi; consejos sobre el uso de los videojuegos sustituían los letreros con los nombres de las frutas y verduras de aquella región. Un proyector bajaba del techo, iluminando una pizarra blanca que había sustituido al viejo encerado.

Añoró el polvillo de la tiza en sus dedos y no supo por qué.

Hugo Valenzuela trató de llenarse sus pulmones del olor seco de la madera y solo consiguió aromas de plástico y metal que venían de los nuevos pupitres, las sillas, las mochilas y las zapatillas deportivas último modelo.

Perdió su mirada entre los rostros de los alumnos, que, silenciosos, atendían a las presentaciones de don Ernesto. Parecían muy conscientes de la importancia de aquella visita. Trataban de causar buena impresión. Serios, solo sonreían tímidamente cuando el maestro convidaba a alguno a que se levantara y saludara a los inspectores.

Mientras el elegido explicaba quién era, qué era lo que más le gustaba de su escuela o qué quería ser de mayor, los otros aguardaban quietos.

«Yo tendré mi empresa», «yo seré informático», «yo quiero una beca para irme al extranjero», «yo quiero ser actriz»... Don Ernesto sacaba a relucir los sueños de sus pequeños discípulos, con mimo y emoción, como si por el simple hecho de que se formularan esos deseos ya fueran reales.

«¿No se da cuenta de que la mitad de ellos no lo conseguirán? ¿Por qué los alienta de esa manera? ¿Por qué se engaña y los engaña?», pensó el inspector al recordar las estadísticas de los informes que de sobra conocía. La mayoría engrosarían las filas de las fábricas, vivirían saltando de crédito en crédito, con un horizonte marcado por la siguiente crisis. Algunos lograrían ser empleados en alguna tienda o empresa, donde quemarían sus mejores años para otros, asustados por conseguir mantener a sus familias.

¿Cuántos llegarían a la universidad? ¿Cuatro? ¿Cinco?

¿Cuántos podrían ser sus propios jefes? ¿Dos? ¿Tres?

¿Cuántos conseguirían subir de categoría, cambiar de barrio, mejorar sus salarios, viajar al extranjero?

Hugo recordó cómo Valeria soñaba con trabajar en el campo y Tuerto con construir trenes. Pensó en uno de los pelones que quería levantar casas y otro que deseaba tener muchas vacas y cerdos. Vio a Ikal Machuca diciéndole a su madre que él sería maestro, como don Ernesto. Y la vio a ella, animándolo una y otra vez para que lo consiguiera.

Observó al anciano con ternura: la misma ilusión de entonces parecía correr por sus venas. «Como si no llevara más de cuarenta años oyendo lo mismo, repitiendo lo mismo, recogiendo los mismos fracasos. Como si el mundo de fuera no existiera, como si todo se decidiera entre estas cuatro paredes. De verdad se cree que pueden conseguirlo», se dijo sorprendido.

«El futuro empieza a construirse hoy y aquí», les repetía don Ernesto una y otra vez.

De repente, Chico acudió de nuevo a su cabeza: con el puño levantado, golpeando el aire, en aquella estación perdida. Se estremeció al pensar en él, que ya en aquellos días era reacio a soñar con un futuro. «Ni él mismo creía en su mañana...», se entristeció.

Trató de encontrar en aquellos pequeños los ojos o las cejas de algunos de sus antiguos compañeros, quizás un gesto copiado o un hoyuelo heredado. ¿No podían ser sus hijos? Escudriñó con disimulo sus manos para descubrir grietas fruto de horas al sol y revisó sus suelas tratando de encontrar rastros de fango.

Aquellos chicos estaban impolutos.

Aquellos chicos no trabajaban en el campo.

«Pasan las horas frente al televisor, como en la capital. También aquí las cosas han cambiado», se dijo, con un sentimiento ambiguo de alegría y tristeza.

Los alumnos se pusieron a dibujar.

Don Ernesto los invitó a que, libremente, se movieran entre ellos y les hicieran las preguntas que quisieran. Rebeca, que parecía disfrutar, se acercó a todos y cada uno de los alumnos. Se interesó por cada trabajo y con paciencia atendió cada comentario.

Hugo Valenzuela, quieto en un rincón, se convirtió en espectador de aquella obra que se le antojaba un remake de su propia infancia.

Sonrió a Rebeca cuando esta le miró.

Coqueta, le guiñó un ojo, mientras señalaba el dibujo que de ella estaba haciendo una niña. Su melena rubia y sus ojos azules ocupaban la mitad de la página. «Yo hubiera dibujado sus eternas piernas, sobre esos tacones de infarto», se

sorprendió imaginando.

Sintió un latigazo de deseo que le recorrió toda la espalda.

Necesitaba un café. O una copa de buen vino.

Sus sentimientos se revolvían en un cóctel molotov que podía explotar en cualquier momento. Tenía que salir de allí, huir de la sombra difusa de su pasado, y perderse en un presente prometedor.

Salió sin decir nada.

Bajó los tres escalones y dio algunos pasos para alejarse del vagón. Solo unos metros serían suficientes.

Se agachó, se quedó en cuclillas, y cerró los ojos.

Cogió un puñado de tierra.

Lo apretó una y otra vez para sentir como cada grano se le clavaba en la palma. «Que no se te olvide lo seca, áspera, muerta que está».

Oyó como Rebeca lo llamaba. Lo había seguido.

No se movió. Se concentró en respirar su perfume. Con la imaginación, acarició su piel suave en rincones que jamás había visto. De manera apresurada, con cierta rabia, dejó que sus labios resiguieran el cuello imaginario de su ayudante. Entreabrió la boca al sentir cómo la sangre bombeaba por sus venas.

Notó que una mano apretaba su hombro derecho.

—¿Te encuentras bien?

No quiso que ninguna voz estropeará aquel momento.

La vida le había enseñado que el deseo era mucho más puro que la realidad.

Agarró la mano que incauta se había posado sobre él.

Se levantó rápido. A Rebeca le recordó el salto de un jaguar, pero antes de que alcanzara a decírselo entre risas, unos labios se clavaron en los suyos.

Unos brazos expertos la apresaron y a pesar de eso sintió cómo la liberaban.

Hugo Valenzuela no consiguió recordar nunca qué había pasado entre aquel momento y el momento en que la vio desnuda sobre su cama del hotel, abandonada, sudorosa.

Se midieron con las miradas.

Sus cuerpos parecían preparados para un segundo asalto, en tensión.

Él se sintió confuso al notar la descarga eléctrica que, de nuevo, amenazaba con arrastrarlo en aquel bucle de deseo, desmemoria y dolor. La tumba olvidada de su padre, un rayo, los ojos velados de don Ernesto, el pelo ondulante de Valeria, el puño alzado de Chico, las orejas de Quetzal, Tuerto caminando con los brazos en cruz sobre la vía, la última respiración de su madre, el sol quemando las patatas y las manos de filas de campesinos, la explosión del agua en sus oídos mientras se zambullía en la laguna... se evaporaban con cada beso, con cada caricia, con cada mordisco de Rebeca; sus trajes caros, su seguridad de buena cuna, sus cabellos dorados, sus inmensos ojos azules, sus joyas relucientes y sus diplomas extranjeros...

Justo antes de dejarse devorar por aquel revoltijo de manos, brazos, piernas y labios oyó una voz que le susurraba:

—Cuanto antes acabemos con esto, mejor será para todos. Para los niños, para nosotros...

Las palabras se colaron en sus oídos.

Golpearon contra sus tímpanos una y otra vez.

Rebotaron.

Su eco no lo dejó descansar.

Lo persiguió por horas.

«Cuanto antes acabemos con esto... Mejor... Nosotros.»

Estrechando

Hugo Valenzuela empezó a reír.

—¿Qué te parece tan divertido? —preguntó Rebeca.

Se encogió de hombros.

Extendió su brazo y con él recorrió toda la habitación. Era luminosa y amplia, decorada con gusto en tonos muy vivos. Enormes flores se abrían en sus paredes, enredadas entre hojas de mil verdes posibles y algunas aves del paraíso extendían sus alas desde las esquinas.

En el centro de aquel jardín plano, su asistente hacía equilibrios para no tropezar con las montañas de folios dispersas por la moqueta. Solo vestía una camisa de hombre, que apenas cubría la mitad de sus piernas. A contraluz, se intuía el encaje de su ropa interior. Llevaba el pelo recogido con un lápiz, pero un par de mechones rubios escapaban a todo control. Soplaba para apartárselos de la cara mientras buscaba el cargador de su portátil.

—Todo me parece divertido.

—Ya, pues no sé si te parecerá tan gracioso el director general cuando nos pida los informes —bufó Rebeca, sentándose sobre la cama.

—Cuando te enojas, tienes aspecto de niña enfadada —le dijo besándole la punta de la nariz—. Me he imaginado la cara que pondría Carolina si ahora entrara por la puerta. ¡O Limón! Reunión de trabajo... eso me ha hecho reír. Con Pascual y Martínez, en diez años, no he mantenido un encuentro como este.

Se acercó despacio.

Se puso de cuclillas frente a ella.

—Pero no creas que, ni por un segundo, he olvidado por qué estamos aquí. No hay tiempo, lo sé. No saldremos de esta habitación hasta que tengamos la decisión tomada.

Rebeca sonrió.

Golpeó el colchón, invitándolo a sentarse junto a ella.

Él cogió su mano, la levantó y le besó la palma.

—Será mejor que me siente bien lejos...

Las siguientes horas, entre los dos, fueron desgranando los pros y contras de mantener aquella escuela abierta o cerrarla. Tan concentrados estaban que Hugo no se dio cuenta de que su teléfono, olvidado en el bolsillo de su chaqueta, no paraba de vibrar.

—No pierdas ni un minuto de vista una cosa: si firmo la jubilación de este maestro y el cese de la actividad de esta escuela, en realidad estoy dando carpetazo al artículo 123 de la Ley del Trabajador. Esto será solo el principio —afirmó con contundencia Hugo—. Aquí está en juego mucho más de lo que tú te crees.

Le clavó la mirada. Quería que entendiera sin necesidad de palabras, pero Rebeca en ese momento rebuscaba entre unos recortes de periódico. Parecía ajena a las indirectas.

«Esta pobre no tiene ni idea de que yo me juego el puesto en la Comisión, algunos miembros del partido se juegan dinero y otros, contratos y... Si pudiera hacer que lo entendiera o, por lo menos lo intuyera, sería mucho más fácil», pensó sin dejar de mirarla.

—Si cerramos la Malinalli Tenepatl, acabamos con un modelo educativo que...

—¡Que está caduco! —respondió ella agitando un dossier.

Por unos minutos, a Hugo Valenzuela le pareció escuchar a Limón y su defensa de un país moderno, con un sistema educativo a la altura de ese futuro.

«Normal. Ella también viene de donde viene. Ni de los campos ni de las fábricas, ni de las barracas ni de... Viene de universidades extranjeras, escuelas de élite... Poderoso caballero es don dinero», suspiró.

—¿No has pensado que haya algo bueno, algo que valga la pena salvar?

—Sí, los niños —respondió convencida ella—. Nadie habla de dejarlos sin escuela.

—Seamos realistas, en kilómetros a la redonda no hay otra.

—Pues se construye.

Hugo empezó a reír de nuevo.

Se levantó y le dio un beso. Le cogió la cabeza entre las manos mientras le explicaba que eso tardaría un tiempo. Que a él le parecía bien, pero ¿por qué no mantener la escuela hasta entonces? ¿Cómo podía ser que a ella esa urgencia no le hiciera sospechar? «Quieren los terrenos y los quieren ya. Después, por supuesto, construirán otra escuela, porque ahí está el negocio también. Mientras, les propondrán a los alumnos que vayan a una escuela a dos horas, o que se vayan internos o... ¿Cuántos de estos niños podrán hacerlo? ¿Cuántos dejarán de ayudar a sus padres con su trabajo? ¿Cuántos podrán pagárselo?», se dijo.

—Esta escuela cumple una función.

—Dudosa... —suspiró ella.

—No hablo de una función educativa solamente. También social. Ofrece oportunidades para algunos y a otros les para el golpe. Sería mucho peor si no...

—¿Cómo lo sabes? Me pediste estadísticas sobre el éxito de sus alumnos y los resultados no son muy alentadores...

Hugo calló.

¿Qué pensaría ella si supiera que en la Comisión Nacional de Educación pronto se sentaría un niño que aprendió a leer y a escribir en ese vagón?

De repente, se acordó de Carolina. «¿Qué pensaría ella si lo supiera?», se dijo, avergonzado. Su secretaria llevaba semanas haciendo horas extras para conseguir evitar ese cierre. Recordó cómo le había dicho que estaba convencida de que ese proyecto merecía una oportunidad. «Carolina, Carolina...», murmuró sin saber que, en ese momento y a miles de kilómetros, su secretaria también pensaba en él. Llevaba toda la mañana intentando contactarlo. Le había llamado al móvil, le había escrito varios correos y había dejado sonar el teléfono de su habitación por horas.

Hugo tenía sus propios problemas.

«Quizás si contara mi historia, si hablara con don Ernesto y le preguntara qué fue del resto... ¡seguro que no todos han acabado como Chico!», se dijo no muy convencido.

Tal vez Rebeca no se enteraba, pero él sabía perfectamente que lo de menos en aquel entramado eran la escuela y los alumnos.

«Y mi firma, mi firma... ¿realmente puede salvarlos a todos? ¡Cómo puedo ser tan engreído! Mi informe ni salvará ni condenará. Esto ha llegado demasiado arriba. Ellos esperaban que yo firmase sin más, no que me lo pensaría tanto. Seguro que ya están preparándose para...», pensó.

El peso de la certeza hizo que mirara aquellos cientos de folios con rencor. No lo había enfocado bien. Aquello no era entre la Dirección General y la escuela, entre el director y el maestro, entre un modelo y otro. Aquello había quedado reducido a una batalla entre Ikal y Hugo, entre el niño ferroviario que soñaba con ser maestro y el inspector jefe que soñaba con formar parte de una Comisión Nacional.

—Adoro a ese anciano —reflexionó Rebeca—. Me parece entrañable. ¡Su esfuerzo ha de ser reconocido! Y estoy de acuerdo en que, en otros tiempos, las escuelas vagón jugaron un papel. ¿Qué te parece si proponemos un homenaje? Un acto con el ministro, una medalla del Congreso. Incluso me comprometo a buscar un museo que quiera acoger el vagón. Lo restauramos y lo enseñamos y...

Hugo Valenzuela oía pero no escuchaba. ¿Medalla? ¿Ministro? ¿Museo?

—Me he permitido redactar un informe en que esas ideas aparecen...

Rebeca se levantó y de un maletín escondido en el armario extrajo un documento encuadernado.

—¿Un informe? ¡Vaya! Improvisado no parece, ni reciente.

—He tenido mucho tiempo esta semana, antes de que llegaras. No hay mucho que hacer por aquí. Por supuesto, todo modificable. Solo algunas ideas y con la intención de facilitarte el trabajo —le sonrió con cautela.

El inspector jefe lo cogió y empezó a leerlo.

—Necesito un cigarro —explotó, dejando caer el documento.

—¿Fumas? —preguntó sorprendida Rebeca.

—Fumaba... —suspiró—. Y creo que hoy es un buen día como otro cualquiera para volver a viejos hábitos.

—Es como si hubieras convertido este expediente en algo personal —dijo tímidamente Rebeca—. Te afecta y empezamos...

—¿Empezamos? —preguntó desafiante mientras se levantaba y cogía la chaqueta.

—Carolina y yo empezamos a preocuparnos, la verdad —completó con una voz dulce y cautelosa.

Rebeca se acercó hasta él. Le cogió las manos.

—Estás sometido a tantas presiones, tanto trabajo... Eres el mejor y eso tiene un precio —comentó mientras le besaba.

Hugo se dejó.

Estaba agotado. Tenía razón: aquello era personal y llevaba días tratando de buscar una solución intermedia. Aquella que le permitiera entrar en la Comisión, contentar a los miembros del partido, ganar tiempo para la escuela y don Ernesto..., pero no era capaz de hallar ese desvío.

Sintió cómo las manos de Rebeca acariciaban su espalda.

—Voy a buscarte el tabaco. Así estiro las piernas. Léete con calma el documento y... cuanto antes podamos seguir con nuestro día a día, mejor. ¿No crees? Deja que te ayude. Por una vez, inspector Hugo Valenzuela, permita que alguien se lo ponga más fácil.

Él retrocedió un paso.

La miró y le pareció que sus ojos estaban teñidos de una preocupación sincera.

La besó en la frente. Accedió.

No se reconocía en aquel hombre sin energía.

Mientras la puerta de la habitación se cerraba, notó cómo el móvil vibraba. Tenía decenas de llamadas perdidas de Carolina y un solo whatsapp: «Ella no es de los nuestros».

El sol apretaba: del capó del coche de alquiler escapaba un vapor tenue que volvía borroso el paisaje de ese mediodía.

Parado, con las ventanillas bajadas y fumando, Hugo Valenzuela se sintió fuera del mundo por un instante. «Una tregua», suspiró, y sus palabras se perdieron entre las volutas de humo sin que nadie les hiciera caso. Al final de aquel camino de tierra solo estaban él y los muertos que, desde su silencio y quietud, lo ignoraban.

Antes de salir a ciento veinte kilómetros por hora, le había dejado una nota a Rebeca: «Vuelvo». ¿Una amenaza? ¿Un deseo? ¿Un grito enfadado? Ni él mismo lo sabía. La breve conversación con la desesperada Carolina había sido un destello de luz: «Como en las películas, jefe. Parece mentira, pero así ha sido. Estaba haciendo fotocopias en el cuartito junto a la máquina del café. Era esa hora tonta en que todos se han ido a desayunar. O eso ha pensado Limónez, que no sabe que yo estoy a régimen. Al principio, no he hecho caso a la conversación. ¡Bastante trabajo tengo ya! Hasta que, por casualidad, he oído vagón, sur, maestro... Limónez hablaba de que era urgente cerrar esa escuela, que el tiempo se acababa, que de todas maneras eso ya estaba finiquitado, que todo aquello era puro trámite, pero que mejor hacerlo de cara a la galería, que vigilara de cerca a Valenzuela que estaba irreconocible... Se me llevaban los demonios al escucharlo. Pero entonces él ha dicho: “Rebeca, tu nombramiento como inspectora jefe está redactado, esperándote”... y casi se me para el corazón».

A él se le había acelerado.

«Cuanto antes acabemos con esto, mejor será para todos», había susurrado Rebeca mientras él la besaba. Así es que era eso: ella conseguía su puesto. ¿Y él? ¿A la Comisión? ¿A la calle? ¿A un pequeño despacho en el subterráneo de alguna capital de provincia? Todo dependía de cómo se portara.

Abrió la puerta del coche, bajó y dio tres pasos.

El cementerio estaba medio abandonado.

No sabía si aquella puerta mal cerrada invitaba a entrar o recomendaba no hacerlo. Guiado por los recuerdos de un niño, caminó por entre aquellos pasillos

de cruces y lápidas, hasta pararse frente a una de las más sencillas.

Le sorprendió descubrir un pomo de flores silvestres sobre ella.

«Tomás Machuca

1905-1940

Viaja ligero de equipaje, dejó atrás hambre, penas y miedos, pero no lo hace solo:
va con nuestras oraciones.

Nos vemos en la siguiente estación.»

En ese momento, un pensamiento idiota se le clavó por dentro: su padre era más joven que él cuando murió. Había vivido un lustro más.

Por años que pasen...

Hugo Valenzuela llevaba veinticuatro horas dando esquinazo a Rebeca.

La tarde anterior había regresado al hotel asegurando que no se encontraba bien, que venía de visitar al médico de urgencias: «Algo del estómago. Me ha recomendado descanso», se disculpó, encerrándose en su habitación. Pasó las horas leyendo el informe de su ayudante, analizándolo. Tuvo que reconocer que era sólido y profesional, al margen de los motivos escondidos que lo alentaran y que él conocía de sobra.

Aquella mañana la había llamado temprano. Le dijo que seguía encontrándose mal: «¿Por qué no aprovechas que es sábado y das un paseo por los alrededores? Hay algunas visitas que valen la pena», le había propuesto. Su tono era cariñoso y ella no sospechó nada. Contraatacó sin mucho convencimiento, proponiéndole pasar la mañana juntos, en el hotel, mientras veían alguna película. Él había insistido en que saliera de paseo.

—A media tarde estoy de vuelta —se despidió, dándole un beso en los labios que a Hugo le supo amargo.

En cuanto estuvo seguro de que se había ido, se vistió y salió. Desde la tarde anterior, tenía una idea metida entre ceja y ceja. Era el momento de llevarla a cabo. No quería testigos.

—Un momento, ¡ya voy! —contestó una voz alegre.

En los escasos minutos que la puerta tardó en abrirse, Hugo se arrepintió varias veces de haber llegado tan lejos. ¿Qué demonios se le había cruzado por la cabeza? ¿Qué hacía allí?

—¿Quién es?

Miró al anciano y, como siempre que lo tenía cerca, sintió que todas las piezas encajaban.

—Soy Hugo Valenzuela... Estuve hace un par de días en su escuela —calló pero al ver que el maestro no se movía, siguió hablando—. Soy el inspector jefe que...

Una sonrisa iluminó la cara de don Ernesto.

—Sé de sobra quién es. Lo que me sorprende es verlo aquí.

Rompió a reír.

—Lo de verlo es un decir. Simplemente que no esperaba que viniera usted hasta mi casa y un sábado por la mañana. —Se apartó de la puerta—. Pero entre, por favor. Tendrá que disculpar el desorden. No esperaba visitas y esta semana la mujer que me ayuda en casa ha estado enferma.

—No quisiera incomodarlo. Si no es un buen momento... —empezó a disculparse Hugo.

—Depende —respondió don Ernesto mientras echaba a andar por un pasillo estrecho.

—¿Depende? —preguntó sin atreverse a seguirle.

—Depende de para qué venga. Si es para tomarse un cafecito y darle conversación a un viejo y solitario maestro, perfecto. Me encanta tener noticias de la capital.

El salón era sencillo pero acogedor.

—No hay muchos muebles ni objetos de decoración... Durante años viví en un vagón de tren. He cruzado el país varias veces, siguiendo a los obreros del ferrocarril. Así que no acumulé muchas cosas. Cuando hace diez años nos quedamos en tierra...

—¿Diez años? ¿Tanto tiempo?

—Tanto o tan poco, según como se mire —suspiró el maestro—. Hay noches que aún me despierto por el traqueteo de la cama...

Hugo Valenzuela sonrió: conocía esa sensación.

—El caso es que cuando nos quedamos en tierra, el Gobierno me concedió esta casita de alquiler. Al poco empecé a tener problemas con la vista y, ¡cuántos menos trastos, menos riesgos!

El inspector jefe se dio cuenta de que tenía mil preguntas por hacer y no sabía por dónde comenzar. Todo lo que le contaba le interesaba. Cualquier detalle, por tonto que le hubiera parecido a un extraño, para él era una noticia de vital importancia.

—Llegó un momento en que no tenía sentido que siguiéramos haciendo kilómetros. El ferrocarril quedó en punto muerto. El Gobierno pensó que era mejor invertir en autopistas o aeropuertos. Empezaron a cerrarse estaciones, abandonarse máquinas viejas... Fueron años duros, tristes. ¡Incluso nos obligaron a reconvertirnos! En vez de construir vías, nos llevaban a dismantelarlas. ¿Puedes imaginar la moral de los trabajadores? Cada día que pasaba, más personas abandonaban el trabajo. O por recortes de la compañía, porque se desmoralizaban y se buscaban otro trabajo... Apenas tenía diez o doce alumnos en el vagón escuela. La Dirección General de Educación convino que no tenía sentido que siguiera.

Hugo Valenzuela observó el juego de sombras y luces que caía sobre el sofá en el que estaban sentados. Le pareció mentira que aquel hombre, con sus zapatillas de cuadros y sus manos cansadas sobre las rodillas, fuera el mismo que le enseñó los ochenta y cinco ríos más importantes del país, que salvó a Quetzal de vivir en la calle y a Chico del calabozo una noche de invierno. El mismo al que todos los obreros del ferrocarril consultaban sus problemas y al que acudían las madres preocupadas por unos hijos que crecían y ellas no conseguían entender.

—¿Y por qué aquí?

—En tantos años pasé por muchos sitios, pero cuando el Gobierno me propuso que la escuela se reconvirtiera en una escuela rural, no lo dudé —calló y se perdió, nadando contra corriente, en el río de su memoria.

Un silencio acogedor los rodeó, tratando de mantenerlos a salvo. Allí no eran don Ernesto y Hugo Valenzuela, un maestro a punto de jubilarse y un inspector jefe con un importante dilema. Eran solamente un par de almas desconcertadas por un futuro incierto.

—Aquí viví un curso muy especial —dijo muy despacio el maestro—. Todo esto eran grandes plantaciones en las que trabajaban decenas de temporeros, pero también sobrevivían pequeños campesinos propietarios de sus chacras. Pensé que sería bonito enseñar aquí.

Hugo Valenzuela asintió.

Don Ernesto no se dio cuenta.

—Pero el progreso también nos está atrapando. Muchas de las fincas han sido vendidas. En su lugar se levantan fábricas o urbanizaciones de casas baratas. Los campos van desapareciendo. Algunos resisten, pero, ¡la tierra da tan poco! Es difícil que los jóvenes quieran quedarse.

—Seguro que ha visto cómo se marchaban muchos de sus alumnos a la ciudad.

Don Ernesto asintió.

—¿A la ciudad? A la ciudad, al extranjero o... mucho más allá.

Intuyó que la pena le rompía la voz al maestro. Se contagió de ella. Alargó su mano y apretó su brazo. Este le lanzó una sonrisa cargada de aceptación y derrota.

—Pero igual que se fueron unos, vinieron otros. Aunque usted no lo crea, en las regiones limítrofes del mundo rico siempre viven niños. En vez de hijos de temporeros, son hijos de los que desaparecieron camino del norte, y en vez de campesinos, son trabajadores de las fábricas. Y ahora ustedes quieren cerrar la escuela y dejarlos aquí olvidados.

La culpabilidad se cogió a los tobillos de Hugo Valenzuela. Empezó a sentir cómo se los apretaba.

—Inspector, no mire a esta escuela como un viejo vagón. No mire a estos niños como futuros delincuentes u obreros en paro. Mírelos de la forma adecuada.

—No si yo no... —trató de excusarse Hugo.

—Hugo, mírelos como lo que son: una promesa.

Tumbado en su cama seguía dándole vueltas a aquel encuentro. ¿Había sido un error? ¿Qué había sacado en claro? ¿Qué había ganado?

Pero sobre todas las preguntas una flotaba en el aire: «¿Me ha reconocido?».

Y una mañana luminosa ocupó aquel cuarto oscuro de hotel. La mañana en que un niño mestizo sujetaba con vergüenza un tarro de cristal con un renacuajo dentro y un maestro le aseguraba que era una promesa de tritón.

29

Bucles

—Hoy volvemos a la escuela —afirmó tajante Hugo Valenzuela.

—¿Otra vez? ¿Para qué? ¡No creo que sea necesario! —protestó Rebeca.

Frente a frente, en la cafetería del hotel, desayunaban y repasaban sus correos electrónicos. Las noticias que les llegaban gracias a Carolina eran cada vez más preocupantes. Limónez pasaba todos los días preguntando si ya habían vuelto, documentos de otros expedientes se acumulaban esperando la firma del inspector jefe, «e incluso la asistente del director general ha llamado en dos ocasiones para convocarte a una reunión privada», le había dicho su secretaria.

—No sé si es necesario o no, Rebeca, pero yo quiero volver. Te prometo que después nos marchamos de aquí. Con la decisión que sea, pero nos vamos.

Su ayudante lo miró mientras bebía su café.

Una sombra de sospecha cruzó su cara. Hugo la detectó a tiempo, pero no supo qué hacer con ella. Se dio cuenta de que estaba siendo evaluado y no estaba acostumbrado a la sensación que eso le provocaba. Buscó alguna excusa y, acto seguido, se enfadó consigo mismo por hacerlo.

—El otro día nos fuimos de allí sin dar explicaciones. ¿Te acuerdas? —le guiñó un ojo—. No son maneras...

A Rebeca pareció aliviarle una respuesta lógica.

—Tienes razón. Pobre maestro... si supiera lo que...

Calló y le sonrió.

Hugo Valenzuela no quería delatarse.

«¿Hasta qué punto sabe ella de qué va todo esto? ¿Qué hay de cierto y qué de incierto?», se preguntó viendo cómo movía su melena, dejando al descubierto un cuello casi perfecto, en un gesto que encerraba muchas propuestas.

Realmente le gustaba aquella mujer. Pero ¿estaba seguro de querer dormir

con su enemigo? Ya sabía que todo aquello era el precio a pagar para conseguir su puesto. Aun así sabía, o creía saber, que Rebeca también se sentía atraída por él.

¿Por qué no jugar un rato? ¿Por qué no convertirla en el cazador cazado?

Aprovechase de la situación para conocer de primera mano los planes del subdirector y de Limónez. «En otras ocasiones lo has hecho, ¿qué te detiene ahora?», se preguntó mientras le abría la puerta del hotel a su asistente.

—Me niego a volver caminando. Ya conocemos el pintoresco barrio de la escuela —le dijo Rebeca mientras señalaba el auto.

—¿Te echas atrás por quince minutos?

—No —respondió ella—. Por las basuras, el barro, el mal olor, las miradas amenazadoras de hombres cruzados de brazos...

Hugo aceptó.

No tenía ganas de discutir por algo tan tonto cuando tal vez estaba a punto de desencadenar la Tercera Guerra Mundial.

El vagón escuela estaba vacío.

Las puertas abiertas de par en par.

Se asomaron y descubrieron un revoltijo de carteras, pelotas, cuadernos y lápices.

—No será difícil seguir el rastro a estos tunantes —le dijo riendo a una Rebeca que, con cara de fastidio, le seguía.

Hugo vio un par de cartones vacíos de zumo.

—Han tomado este ramal de vías muertas... ¡Vamos!

—Pero ¿qué hace este maestro! Un lunes por la mañana y...

—Conocimiento del entorno —contestó Hugo—. O quizás algo de deporte.

Alzó la cabeza: el sol reinaba ya en el cielo a pesar de que era temprano. Una

brisa suave se paseaba entre las hojas de los pocos árboles que acompañaban a las vías que, unos metros más allá, desaparecían en un recodo.

—¿Qué haces? —preguntó Rebeca con más cansancio que enfado.

Hugo había extendido los brazos y caminaba sobre un raíl.

Paso a paso, mantenía el equilibrio y trataba de ir más rápido.

Sonreía.

—Deberías probarlo. ¡Es muy divertido!

El silencio de Rebeca rebotó contra su espalda, pero no le molestó.

En aquel momento estaba demasiado lejos para que le alcanzara.

Los gritos y las risas les fueron guiando.

Tras la curva, descubrieron a un grupo de niños que trabajaba en lo que parecía un huerto mínimo. Los más mayores trataban de arrancar malas hierbas. Un grupo de pequeños iban regando aquí y allá, en desorden, lo que arrancó una carcajada de Hugo.

Un par de cabezas menudas se giraron.

—¡Profe! ¡Profe!

—¡Vienen unos señores!

Hugo y Rebeca alcanzaron las primeras filas del huerto: reconoció la flor de la patata, las hojas de la zanahoria y algunas lechugas. Un poco más allá, unas tomateras ocultaban al resto del grupo, que, arrodillados sobre el sembrado, estudiaban algo con mucha atención.

—¡Voy! —gritó la voz de una mujer adulta, mientras se levantaba.

Hugo Valenzuela creyó que sus ojos le engañaban. Le costó unos segundos aceptar lo que estaba viviendo a pesar de que lo había imaginado durante muchas tardes de lluvia de su juventud.

La profesora era bajita y entrada en carnes.

Su piel tenía el color de los que viven al aire libre. Caminaba hacia ellos y parecía que toda la tierra se movía para acompañarla. Tras ella, avanzaba una corte de niños de todas las edades, con la curiosidad pintada en sus rostros.

La mujer se paró frente a Rebeca, pero clavó sus ojos negros en la cara y el corazón de Hugo.

Con un gesto discreto, restregó sus manos contra sus tejanos desgastados, tratando de quitarse el polvo. Él no pudo evitar que su mirada se quedara prendada de las cicatrices y grietas de sus palmas. Algunas las reconoció, pero descubrió otras nuevas. Sintió una punzada de celos: ¿cómo se las habría hecho?, ¿cuándo?, ¿con quién?

—¿Nos hemos visto antes? —preguntó sorprendida.

Y una melena larga y ondulante borró aquella mañana el huerto, las vías, los barracones, el tren, el expediente de cierre de la Escuela Artículo 123, el despacho de la Dirección General de Educación, el apartamento con CD y libros... lo ocupó todo en la vida de Hugo Valenzuela, dotándolo por fin de sentido.

30

Cerrando

—Buenos días, Ernesto.

—Buenos días, Hugo —tosió, y añadió—: Empiezo a acostumbrarme a sus visitas. No sé qué haré cuando se marche de nuevo a la capital. Tendrá que llamarme por teléfono.

Se estrecharon las manos antes de sentarse en el acogedor salón de la casa. Una mujer le había abierto la puerta y lo había llevado hasta allá, ofreciéndole un café un minuto antes de desaparecer en busca del maestro.

«No se quede mucho rato, ¿eh? Necesita descansar», oyó que le decía a modo de despedida, y no supo identificar si era una orden, una amenaza o una petición. Apenas eran las cuatro de la tarde, pero para don Ernesto parecía media noche. Su aspecto denotaba cansancio.

—Nos hemos acercado hasta la escuela y al no verlo...

Recordó cómo había discutido con Rebeca, quien se había negado a ir a casa del maestro con la excusa de que parecerían dos psicópatas persiguiéndolo incluso cuando estaba enfermo. Hugo no le había hecho caso: «Justo porque está enfermo... ¿qué le pasará?», se había dicho a sí mismo.

—El domingo me resfrié. ¡De la manera más tonta! Pero mis pulmones ya no son lo que eran... Así es que me temo que me quedaré fuera de juego un par de días —suspiró.

—De todas maneras, tiene usted una ayudante —comentó Hugo fingiendo desinterés.

—¿Valeria? ¡Lo hace como favor! Suerte tengo de ella, ¡la verdad!

¡Qué fácil se lo había puesto!

Al encontrarse con su compañera, no había querido reconocer que la conocía. Por suerte, Rebeca había llevado el peso de la conversación, que había durado apenas diez minutos. Los alumnos reclamaban a su profesora y su asistente no veía el momento de marcharse de allí.

—¿No es maestra de la escuela?

—No, no. La escuela tiene un maestro, que soy yo —calló un segundo—. No sé si debería decírselo, es usted el inspector jefe y ...

—No se preocupe. Estoy fuera de servicio —bromeó Hugo.

—Valeria es agricultora. Como lo fueron sus padres, sus abuelos...

Suavemente, don Ernesto hizo caer las hojas del calendario. Le explicó que, gracias a una beca y el esfuerzo de su familia, la chica de la que se había enamorado cuando ni siquiera sabía qué era eso acabó la escuela e incluso llegó a la universidad.

—Usted no puede imaginarse lo que eso significa para alguien como Valeria, para su familia... ¡La primera en conseguirlo! Fue mi alumna durante un curso. Era lista aunque no brillante, pero tenía algo... ¡ilusión!, ¡tozudez!, ¡consciencia!, ¡pasión! Y de verdad se lo digo, Hugo, que eso es mucho más importante.

—Aunque no se lo crea, estoy de acuerdo con usted. La vida me ha demostrado que querer es poder, ¿no? —respondió Hugo.

El maestro asintió.

—Así es que nuestra pequeña Valeria hizo la mochila y emigró a la ciudad. Estudió Ingeniería Agrícola e hizo algunos cursos de administración de empresas. Pensé, pensamos todos, que no volvería.

—¡Pero lo hizo!

—¡Buena es ella! Desde pequeñita amaba trabajar en el campo. Siguió defendiendo este oficio incluso a contracorriente. Sus compañeros empezaron a emigrar, soñaban con trabajar en fábricas, tiendas, empresas... Y ella seguía con los pies puestos en su chacra —rio don Ernesto—. La ciudad y sus oportunidades no la deslumbraron. Estudió, viajó, trabajó en otras partes, pero aquí había dejado su corazón y ella lo sabía —continuó el maestro—. Valeria siempre supo quién era. Nunca se perdió como nos pasa a tantos —murmuró—. En realidad, nunca se había ido de Campos Verdes.

Hugo tuvo la corazonada, nuevamente, de que su maestro le había reconocido. O casi.

—Usted tampoco parece haberse perdido... Siempre quiso ser maestro y morirá con las botas puestas.

—Y usted, ¿siempre quiso ser inspector jefe? No me imagino a un niño soñando ser eso —rio el maestro—. No se ofenda, pero no debe de ser un trabajo muy bonito ir cerrando escuelas, recortando presupuestos...

—Alguien tiene que hacerlo —trató de defenderse Hugo—. Intento hacer mi trabajo de la mejor manera posible. No cierro escuelas por cerrar, sino para intentar mejorar el sistema y la educación de nuestro país.

—No se ofenda, por favor, no se ofenda —terció don Ernesto—. Por cómo habla, ¿soñó con ser político?

Hugo Valenzuela rompió a reír.

—No me va a creer si se lo digo... Soñaba con ser como usted —lo miró enternecido y añadió—: Soñaba con ser maestro.

—Estoy seguro de que será un buen maestro.

—Querrá decir que lo hubiera sido —respondió sorprendido Hugo, pero don Ernesto se levantó como si no lo hubiera oído.

Tanteando, se dirigió a una cajonera, de donde extrajo lo que parecía un álbum de fotos. Regresó al sofá y se sentó junto a Hugo.

—Valeria volvió, heredó el pequeño campo de su familia, compró algunas hectáreas más a familias que se marchaban a la ciudad... —sonrió—. Hará unos cinco años fundó una cooperativa con algunos otros que se resisten a marcharse. Productos ecológicos. En eso andan. Tratan de llegar directamente al consumidor, sin distribuidores. Además, organizan visitas de colegios, asociaciones o empresas para que conozcan su trabajo. ¡Pero ella se lo explicará mejor! Dice cosas que yo ya no entiendo... soberanía alimentaria, comercio justo y... Luego me regaña porque no consigo recordarlo por más que me lo repite.

Suspiró mientras empezaba a pasar las páginas del álbum.

Parecía conocer de memoria su contenido.

—Valeria es una de las alumnas de aquel curso especial que le comenté —

afirmó señalando una foto que Hugo conocía de sobras.

Desde hacía un par de meses, la misma imagen ocupaba la mesa de su despacho. El mismo vagón, los mismos niños, el mismo perro que le habían robado el sueño lo asaltaban de nuevo.

—Ahí los tiene —dijo mientras le cogía la mano y la posaba sobre la foto, invitándole a que la acariciara.

—¿Alguno más se quedó por aquí? —preguntó con un nudo en la garganta—. ¿Mantiene el contacto con algún otro?

Don Ernesto dudó por un segundo.

—¿Por cuál me pregunta?

Hugo consiguió mantener a raya una lágrima tonta que amenazaba con escaparse.

—No sé... En la foto reconozco a Valeria. ¡Está igualita! —aseguró convencido—. A su lado, hay un chico muy alto, con cara de matón.

Don Ernesto pasó las páginas hasta encontrar un recorte que Hugo no necesitó leer.

Sin apartar su vista de la cara del maestro preguntó:

—¿Fue muy duro, Ernesto?

—Lo fue —murmuró mientras se apretaba las manos—. Algunos días aún pienso si no podíamos haber hecho algo... Los patrones, los temporeros, el trabajo de sol a sol... Ese chico nació con la sentencia pintada en la frente. Tenía carácter, orgullo... Si hubiera nacido en otro momento, en otro lugar...

Hugo lamentó haber despertado recuerdos tan dolorosos.

—¿Todos sus alumnos eran campesinos? Yo creía que tenía también a los hijos de los obreros del ferrocarril.

—Claro. Mire, en esa foto está Tomás, uno de los chiquitos. Él siguió los pasos de su padre: trabaja en el ferrocarril —sonrió—. Es revisor. Alguna vez, si el

viaje lo trae cerca de aquí, pasa a saludarme. José se casó con María. Los dos están en la foto. Viven en la capital. Trabajan en unos grandes almacenes. ¡Me invitaron al bautizo de su hijo mayor hace unos años!

Hugo buscaba aquellos nombres entre las caras de la foto. Para su sorpresa, no los había olvidado.

—Y el que está al otro lado del chico que mataron...

—Ese era Tuerto. Bueno, así lo llamaban sus amigos. ¡Era increíble! Podía decirte el nombre de los trenes en cuanto los veía y escuchaba el sonido que hacían. Adoraba aquellas máquinas poderosas. Las llevaba en la sangre. El tren le dio la vida... —la voz se le rompió a don Ernesto.

Hugo se estremeció.

Necesitaba saber, quería saber... aunque pagara un precio alto por ello.

—El tren le dio la vida y...

—El tren se la quitó —suspiró don Ernesto.

Y así supo que Tuerto fue fiel a su sueño.

—Acabó la escuela. Empezó a trabajar como mecánico, pero soñaba con construir aquellas locomotoras que llevaba tatuadas en sus sueños. Y un día, lo supe por Valeria que nunca dejó de verlo, se subió a la Bestia para iniciar su viaje de Sur a Norte. Un conocido le había prometido un trabajo en una gran compañía construyendo trenes, pero le denegaron la visa más de tres veces. No le quedó otra que empezar el viaje y tratar de entrar por libre —comentó.

—Como las mariposas monarca —suspiró Hugo.

Don Ernesto asintió.

—Se fue y el desierto se lo tragó. Nunca más supimos de él. ¡Se pierden tantos! Lo habrá visto en las noticias. Mafias, sobornos, secuestros... Han pasado ya más de quince años y sé que Valeria aún espera esa llamada... La llamada de Tuerto diciéndole «lo conseguí. Vivo al otro lado de la frontera».

—¿Estaban muy unidos? —preguntó con una punta de celos—. ¿Estaban

enamorados?

—Hugo quizás es usted demasiado joven para saber que a veces los hilos del dolor son los más fuertes para unir dos corazones. ¡Ojalá se hubieran casado! Hoy Tuerto vendría a verme algunos sábados, no se hubiera ido y ella no estaría tan sola. Eran supervivientes, eran amigos del alma. Y seguir juntos les permitía mantener vivo el recuerdo de los que se fueron...

Una nostalgia difusa ocupó el salón.

—Pero no sé de todos... A unos cuantos les perdí la pista —susurró el maestro.

Los dos se ausentaron en sus propios pensamientos.

Don Ernesto continuó pasando las páginas que no podía ver, acariciando cada foto, recorte, dibujo o carta allí escondidos. Hugo tuvo la certeza de que ese era un acto cotidiano, un gesto mil veces repetido.

El viejo maestro luchando por mantener su recuerdo vivo y ellos, él, ingrato, volviéndole la espalda. Se imaginó las veces que Valeria y Tuerto habrían dicho su nombre, se habrían preguntado qué le había pasado... y sintió un impulso casi físico de hablar.

—Quizás yo pueda decirle que fue de alguno de sus alumnos.

—Eso sería un regalo enorme para mí. Aunque no lo crea, recuerdo a casi todos. Tal vez el nombre se me olvidó, pero no el mote o su cara...

Hugo Valenzuela tomó aire.

—Ikal Machuca... ¿lo recuerda?

Don Ernesto sonrió.

—El que faltaba.

—¿El que faltaba?

—Valeria, Chico, Tuerto... Ikal. No hay dos sin tres ni tres sin cuatro. Aquel curso fueron inseparables. Cuando uno los veía, creía que así sería toda la vida.

—Ikal Machuca acabó el bachillerato, llegó a la universidad.

—¡Lo sabía!

—Estudió Educación, siempre añorando aquel curso, aquellos amigos, la vida del tren... Prometiéndose volver y cumplir su sueño de ser maestro. Incluso llegó a hacer la tesis y doctorarse. Su madre murió por aquel entonces.

Don Ernesto cabeceó sin atreverse a interrumpirle.

—Y ahí empezó su desaparición.

—¿Qué quiere decir?

—A veces la gente se va de a poquito. Eso le pasó a Ikal. Se fue borrando.

—No me puedo creer que ya no viva —dijo don Ernesto poniéndose en pie.

—Vive de otra manera. Hoy juega al golf, vive solo en un apartamento en uno de los mejores barrios de la capital, viaja en avión y no en tren, es inspector jefe de Educación y.... —miró a su maestro para ver qué cara ponía— se llama Hugo Valenzuela.

Una sonrisa amplia y acogedora lo recibió.

Lo había estado esperando todo ese tiempo.

Ahora sí, por fin, había vuelto.

31
Sin máscaras

—Carolina, tranquila. Habla despacio o no te entiendo.

—Estoy de los nervios, jefe. ¡Estaba en tu despacho, revolviéndolo todo!

—¿Quién?

—He llegado a primera hora. Me ha sorprendido ver tu puerta medio abierta. He pensado que la señora de la limpieza se la habría dejado así. Me he acercado y entonces lo he visto. ¿Crees que se ha molestado en disimular? ¡Qué va! Estaba sentado en tu silla, mirando tu ordenador. Sobre la mesa, un montón de documentos desparramados...

—Carolina, ¿quién? —insistió Hugo Valenzuela.

De sobras conocía la respuesta pero necesitaba la confirmación.

—Limónéz.

—Limónéz.

—Me ha mirado y, todo fachoso, me ha pedido tu agenda para ver con quién habías mantenido reuniones en las últimas semanas... Por supuesto le he dicho que no. ¡Qué se ha creído!

—¿Y?

—Y entonces me ha dicho que ya se la daría al subdirector cuando me la pidiera —tomó aire—. Le he dicho que quiero la petición por escrito. ¿Todo esto por la escuela? ¡No lo entiendo!

Hugo resopló.

—Carolina, lo mejor que puedes hacer es tranquilizarte. Gracias por la llamada. No te preocupes. No te metas...

—¿Cómo que no me meta? ¡Ya estoy metida!

—Lo sé, lo sé. Por razones que no puedo comentarte ahora, esto es mucho

más gordo de lo que parece. Hay muchos intereses mezclados, Carolina. El cierre beneficiaría a muchos y...

Dos golpes en la puerta de la habitación hicieron que callara.

—¿Sí?

—Soy yo, Rebeca.

—Un momento, estoy vistiéndome —dijo, y bajando la voz añadió—: Carolina, de verdad, gracias. Ahora te dejo. En cuanto pueda te llamo. Esto se está poniendo muy feo. Procura que no te pille en medio. Ya has hecho todo lo que podías por la escuela y por don Ernesto.

Colgó.

Respiró profundamente. Cambió su cara y abrió la puerta con una sonrisa casi perfecta, ensayada por muchos años.

—¡Vamos!

—¿A dónde? —preguntó sorprendida Rebeca, que sujetaba un portátil y su famoso informe con la esperanza de validarlos esa mañana—. Ayer me prometiste que tomábamos la decisión. Y no...

—Vamos a desayunar y allí ventilamos un buen par de huevos revueltos y tu fantástico documento. Todo a la vez.

«¡A ver si así puedo con esto!», se dijo Hugo.

El cerco se había estrechado.

No quedaba margen para seguir jugando.

Había llegado el momento de que todos enseñaran sus cartas.

Como buen jugador, no estaba nervioso. Conocía de sobra las posibilidades que tenía y sabía que su situación era desesperada. Lo había aceptado, aunque sentía una pena anticipada por renunciar a la victoria cuando la tenía tan cerca.

Las siguientes tres horas las dedicaron a revisar el informe punto por punto.

Hugo le hizo comentarios sobre el contenido y la forma que hicieron que Rebeca bajara la guardia. Su jefe la había tomado en serio y aportaba puntos que, sin duda, mejoraban el documento. Quizás se había alarmado antes de tiempo.

—Realmente, ¡has hecho un trabajo increíble! —le sonrió Hugo.

—Hemos hecho, jefe —le devolvió el cumplido.

—¡Qué va! Ahí sí que no transijo. Este informe, completo y bien fundamentado, es tuyo. Las propuestas como la del museo y el acto de reconocimiento para evitar una reacción ciudadana... ¡son tuyas sin duda! Lo has contemplado todo.

—Gracias. Pero te aseguro que me he basado en informes tuyos sobre otros expedientes.

Hugo se encogió de hombros.

—Ahora no los recuerdo —zanjó el tema.

—Entonces, ¿le pedimos a Carolina que te concierte una entrevista con el subdirector para presentarlo? ¿O con el director general?

—¿Qué me concierte? No, no... Insisto, el trabajo es tuyo. No seré yo quien me cuelgue la medalla.

—Entonces...

—No quieres esperar a que lleguemos mañana, ¿eh? —rio—. Tú misma envía un correo a la secretaria del subdirector solicitando la reunión.

—¿Para cuándo? —dijo mientras abría su correo.

—Para cuando te vaya bien.

Rebeca le miró sin comprender muy bien. Hizo un gesto interrogativo con las manos, pero antes de que lo pudiera traducir en palabras Hugo la cortó.

—¿De verdad crees que yo también iré a esa reunión?

—Hombre, somos un equipo y...

—No. Insisto, este informe y sus propuestas son tuyas.

—Pero tú lo firmas... —dijo en voz baja y nerviosa.

—No. Yo no lo firmo.

—Pero las correcciones...

—¿Tienes queja? Sinceramente creo que le han dado más consistencia.

—Son perfectas, por eso yo pensaba que...

—¿Qué? Rebeca, tu informe es perfecto. Pero yo no lo firmo —calló y la miró fijamente—. Estoy en contra del cierre de la escuela Malinalli Tenepatl. Sé que la cerraréis, que está más que decidido. Pero no lo haréis en mi nombre.

—Pero ¡has visto los números! Es razonable, es... —gritó Rebeca.

—Supongo —suspiró—, pero no soy idiota. Así no se hacen las cosas. A la mayoría de funcionarios, autoridades y profesores les convencerás. Pero yo sé demasiados detalles. Otros motivos, otros objetivos. Cosas con las que podríamos redactar un nuevo y completo informe, ¿no crees?

Hugo creyó que la cara de Rebeca se iba a descomponer.

—Un día me cuentas que es lo que ganas tú.

Ella protestó.

—No te hagas la tonta. Todos teníamos un premio en este juego —suspiró—. El mío no ha sido suficiente. No me vendo.

—¿Sabes lo que estás haciendo? —le preguntó desafiante su asistente.

—Sí: decir adiós a un nombramiento para la Comisión Nacional, ipso facto. ¿Sorprendida? —la interrogó—. Supongo que solo será el principio. Imagino que mi carrera también se verá afectada. Aunque, como no soy un kamikaze, no pienso protestar ni sacar nada a la luz, si eso es lo que te da miedo. ¿Cómo demostraría todo?

La cara de Rebeca se puso blanca.

—Hugo, piénsalo, eres un profesional de primer nivel. Un jefe...

—¿Remordimientos?

—No dejes que esto te atrape. Es algo pequeño. Y en realidad, tanto tú como yo sabemos que esto se va a cerrar firmemos o no. Tiene lógica y...

—El mal menor —sonrió él—. ¿O es que me vas a decir que me has cogido cariño? No confundas la persona con el cargo. ¿No es mi cargo al que le has cogido cariño?

Rebeca se levantó de golpe, con rabia.

Al hacerlo, la jarra de café cayó. Estalló en mil pedazos.

«Como mi vida en este instante», murmuró Hugo Valenzuela mientras veía cómo la mancha negra se extendía por la alfombra.

—¿Valenzuela? ¿Qué pasa aquí?

«Cuando uno piensa que nada puede ser peor, el destino se empeña en desmentirlo», pensó un segundo antes de girarse para enfrentarse con un nervioso Limónnez.

Los vio marcharse y sintió un alivio pesado que anticipaba noches de remordimientos. Aun así no había dudado ni un segundo al tomar esa decisión: no quería subir al avión con Limónnez y Rebeca.

Las decisiones se encadenaban una tras otra con tanta facilidad que sentía vértigo. En cuanto dijo no al cierre del vagón escuela, el resto de los noes habían llegado casi solos.

—¿Quieres entrar en razón? —le había dicho Limónnez nada más llegar y enterarse, por boca de su asistente, que se negaba a firmar el informe.

—No —contestó sereno.

Empezó entonces el asalto. «Esto es de manual», se dijo Hugo Valenzuela al ver cómo sus dos compañeros pasaban de la preocupación por él a la adulación para acabar con la amenaza.

Pero de nada les sirvió.

Igual que no serviría de nada que él les explicara que esa era la única decisión que podía tomar sin traicionarse una vez más.

—Hay tiempos para decir sí y tiempos para decir no —les comentó—, y contra eso poco se puede hacer.

—Esto va a tener consecuencias —afirmó Limónnez—. Vas a inmolar te por nada. ¡Esto está caduco! ¡Tiene los días contados!

—Tu reacción no me encaja —dijo Rebeca—. Te tenía por un profesional. Si te preocupa tanto la ética, ¡no aceptes el cargo en la Comisión Nacional! Pero firma y sigue trabajando. Eres el mejor. Tarde o temprano te llegará el salto a niveles de decisión más altos.

Hugo la miró sorprendido por tanta desfachatez.

Ella agitó sus manos. «No es lo que piensas», parecía querer decirle.

—Yo no gano nada.

—¿Mi puesto te parece poco? Por lo que tengo entendido —dijo ante un Limónez sorprendido.

Rebeca mantuvo el tipo, desafiante.

—Solo si tú saltas a la Comisión. Y sabes que estoy capacitada para este puesto. Era cosa de tiempo que llegara —suspiró—. Te prometo que he hecho este informe de la manera más profesional que he sabido. Los números no salen. Si no somos nosotros serán los siguientes. Este modelo no sirve.

—Pues que sean los siguientes.

—Insisto, no lo entiendo. ¿Qué pieza me falta? —le preguntó directamente.

Hugo Valenzuela sonrió.

«De perdidos al río. Cualquiera día se enterarán», pensó.

Sintió una satisfacción enorme al decir:

—Sí funciona. Lo sé de primera mano.

—¿Un maestro viejo te cuenta un cuento y...? —atacó Limónez.

Hugo no apartó la vista de Rebeca. Su otro compañero había perdido interés para él. Era mediocre y estaba enrabado porque veía peligrar sus negocios. Pero le importaba que su ayudante lo entendiera. Quizás aún pudiera convencerla de que...

—Me llamo Ikal Machuca. O mejor dicho, me llamaba. Mi padre, que murió cuando yo era niño, era obrero del ferrocarril.

Rebeca tragó saliva y palabras. Abrió los ojos invitándole a continuar.

—Fui alumno de una escuela vagón. De hecho, fui alumno de esta escuela y de don Ernesto durante varios cursos.

Las dudas rebotaron por las paredes y salieron disparadas por las ventanas.

—Y como él está ciego no te reconoció...

—Siempre supo leer más allá. Si hubiera podido ver, mi aspecto le hubiera confundido. Al guiarse por la voz y la intuición, supo quién era. Me reconoció.

Brevemente, les explicó su vida a grandes rasgos.

Limónnez seguía la conversación peligrosamente callado.

Hugo se dio cuenta de que trataba de medir lo que iba a decir.

—Ese es tu pasado. Todos tenemos el nuestro. Lo que me preocupa es tu presente. ¿Qué piensas hacer ahora? —le preguntó el funcionario.

—Tomarme unos días de vacaciones y el lunes volveré a la oficina.

—¿Y?

—Y trabajar...

—Pero eso no es posible —siseó—. Has traicionado la confianza de algunos. ¿Cómo saben que no lo volverás a hacer?

«A buen entendedor pocas palabras bastan», pensó Hugo. Descubrió el miedo agazapado tras aquellas frases. Sin duda, sabía demasiado. A diferencia de Rebeca, les había demostrado que no estaba dispuesto a jugar con ellos.

Se había vuelto un enemigo al que neutralizar.

—Tranquilo. Ya le dije a nuestra compañera que no tengo intención de...

—Tengo que hablar con el subdirector —respondió Limónnez—. Te recomiendo que esperes su llamada antes de volver al despacho.

Anochece sobre los campos.

Recuperó una mirada vieja, que creía olvidada, para recorrerlos.

El avión estaría a punto de aterrizar en la capital, mientras él paseaba oliendo la tierra. Imaginó los bocinazos de los coches por la avenida, que se perdían entre los trinos de los pájaros que salían a alimentarse. Se cruzó con un par

de campesinos que le saludaron con una inclinación de cabeza.

Estuvo a punto de preguntarles por Valeria o por la cooperativa. Pero un pudor extraño se lo impidió. Antes de volver a verla, aunque le costara, le debía una visita a otra persona.

—Don Ernesto...

—¡No dejas de sorprenderme! ¿A estas horas?

—Don Ernesto yo...

—En la puerta no, ¡hombre! Entra, entra.

—Es breve lo que quiero decirle.

—Ya... y por tu tono, triste.

Hugo asintió.

«Gesto inútil como el de mi dimisión. Si hubiera sido capaz de encontrar una solución a medio camino... », se dijo al recordar que su maestro no podía verle.

—Nos cierran la escuela, don Ernesto.

A pesar de que había dado noticias mucho peores, sintió que una pena profunda embargaba sus palabras.

De pie, en mitad de aquel sencillo salón que su maestro pronto tendría que abandonar, sintió ganas de gritar.

Frunció sus labios para evitar que nada saliera de ellos.

Notó un calor pequeño y concentrado en su espalda.

Una mano, pero en realidad mucho más que eso, se había apoyado en su hombro.

—Ikal, ¡qué regalo más bonito me acabas de hacer! Has dicho «nos» — murmuró el maestro mientras le daba golpecitos—. Agradezco que seas tú el mensajero de esta mala noticia. Y no una carta certificada o una llamada de algún

funcionario que ni siquiera sepa dónde queda la estación Delicias.

—Digamos que es mi último servicio, me temo.

Y como hizo tantas veces, don Ernesto fue estirando con paciencia infinita todos los nudos que atenazaban el alma de su alumno. Hasta que llegaron las lágrimas y, tras estas, la calma.

—Las cosas no pasan porque sí.

—Ya le digo yo que no... —contestó irónico al imaginar todos los esfuerzos de Rebeca, Limón, el subdirector...

—Por un lado, tenemos una escuela sin maestro —tosió como si quisiera dar énfasis a su resfriado—. Por otro, tenemos un maestro sin trabajo. Dos más dos.

Hugo le miró sorprendido.

—No creo que sea buena idea. Tengo el título, pero desde la universidad no he pisado un aula.

—Pero has pisado un vagón, ese vagón, cientos de veces —calló un segundo antes de añadir preocupado—: Porque, ¿nos dejarán acabar el curso, no?

—La maquinaria es lenta. Sí. Tenemos un par de meses.

—Suficiente —dijo radiante el maestro—. ¿Tenemos trato?

Le alargó la mano y se la estrechó.

Hugo empezó a reír.

Esta había sido la entrevista de trabajo más fácil y corta que había hecho en su vida. Ya tenía un empleo. Lástima que sería temporal y no cobraría.

Finales que saben a principios

Hugo Valenzuela lo sabía.

Lo supo desde que era niño.

Con una certeza tan clara que lo tenía cegado: no podía ver a ninguna otra mujer aunque la tuviera a cinco palmos.

Valeria fue, era y sería.

Las demás siempre le parecerían copias descoloridas del original que él atesoraba en el fondo de su memoria. Aquella niña decidida, con los pies en la tierra y las manos siempre tendidas, que corría riendo por parte de su infancia. Mil versiones enredaban sus sueños: la que escribía en la pizarra, la que se bañaba en la laguna, la que esperaba los conejos del mago, la que tenía las manos llenas de tierra, la que besaba a su amigo, pero le miraba a él...

¿Seguiría existiendo alguna de ellas?

Sintió un escalofrío recorriendo su espalda. Le dolió imaginar que se hubieran podido perder. Valeria lejos, sí. Valeria de otros, sí.

Pero ¿y si la vida también se las había llevado, como a Chico y a Tuerto? ¿Y si al crecer ya no existía rastro de su amiga?

¿Y si realmente se había quedado solo?

¿Y si al final sería él quien tuviera que mantener su recuerdo vivo porque ellos eran los que realmente lo habían dejado?

¿Y si no hubiera servido de nada huir, enterrar, mudar?

¿Y si...?

Eso no.

«Me lo merecería por haber tardado tanto en volver», era la única respuesta que tenía para todas esas preguntas mientras contemplaba sus pies.

Estaban clavados frente a una verja que se alzaba al final de un camino de tierra. Don Ernesto le había dado la dirección y le había prometido que no anunciaría su visita.

Llevaba allí más de quince minutos sin saber muy bien qué era lo que esperaba. Había paseado a lo largo de la verja. Había saludado a un grupo de campesinos que la habían atravesado para marcharse a sus casas. Estos le habían devuelto el saludo como si encontrarse allí a un hombre como él fuera lo más normal. Ni una pregunta, ni una sospecha, ni un reproche.

Por unos instantes, a él también le pareció lo más normal del mundo estar allí. Sintió que nunca había cogido aquel tren con su madre y Quetzal, que había seguido yendo al vagón escuela cada día y que, ahora, todas las tardes acudía a buscar a Valeria a la salida del trabajo. «Como tantas parejas en tantos rincones del mundo. ¿Qué hay de extraño?», se dijo a sí mismo.

A lo lejos oyó el balido de varias cabras y el ladrido desesperado de un perro viejo. Recordó que hacía siglos que no los escuchaba. La alarma del despertador, la música estridente de su móvil, las bocinas de los autos y los dedos tecleando el ordenador eran los sonidos habituales de su día a día.

Hacía treinta años que no pertenecía a aquel paisaje.

¿Qué deseaba que sucediera cuando estuviera frente a Valeria?

«¿Qué me reconozca como si el tiempo no hubiera pasado? El otro día me vio, dudó..., pero no llegó a reconocirme», se dijo. «Espero que me dé dos besos y nos pongamos a hablar como si nos hubiéramos visto la tarde anterior...». Se rio al imaginárselos hablando de tritones y mariposas, de Quetzal y de la merienda, de lo que serían de mayores... ¿Cómo había podido ni por un instante obviar todo lo que les separaba?

¿Quién sería ahora ella? ¿Cómo sería?

Se retorció las manos, nervioso.

Un par de mujeres con sus niños le sonrieron al pasar junto a él.

—¿A quién espera? —preguntó la más joven.

Él las miró sin saber muy bien qué responder.

—Dentro solo queda Valeria... —añadió la mayor—. Mañana a las seis ya estamos todos aquí otra vez.

Se despidieron con la mano sin darle importancia a que se quedara allí quieto. Les sonrió, pero no estaba seguro de si habían alcanzado a verle.

Cruzó al otro lado.

«¡Cuánta tontería! Lo único que quiero es saludar a una vieja amiga, ver cómo está, darle un par de besos y ya... Hugo Valenzuela, ¡mira que volverte un sentimental a los cuarenta! No va contigo esto de inventar historias», se regañó mientras atravesaba el pequeño paraíso de su Valeria.

Si iba a vivir allá algunas semanas, era de buena educación pasar a saludarla. ¿O qué pensaría ella si alguien le contara que había vuelto y ni siquiera había ido a saludarla? Por una fracción de segundo, una duda tiñó su cara: ¿la mujer hecha y derecha con la que se iba a encontrar se acordaría de Ikal? Acudieron en su auxilio las palabras de don Ernesto: ella y Tuerto los habían recordado todos los días durante muchos años. Todos los días hasta que un tren también los separó a ellos dos.

La tarde caía deprisa, el cielo estaba cubierto, amenazando lluvia.

Tenía que correr o todos sus esfuerzos para llegar hasta allí no habrían servido de nada. Aceleró el paso. Un par de filas de árboles frutales marcaban el camino que conducía hacia una pequeña casa de madera. La puerta estaba cerrada.

Llamó con el corazón encogido. Nadie respondió. Lo volvió a intentar. Por toda respuesta, silencio.

«Demasiado tarde», suspiró, dejando caer sus brazos.

Tendría que volver al día siguiente. Un sentimiento ambiguo inundó su cuerpo: algo parecido a la pena pero con cierto sabor a alivio.

«Ya que estoy aquí, me daré una vuelta», pensó sin dejar de mirar el cielo. Desconfiaba de las tormentas.

Dejó atrás la casita.

Más allá, ante él se abrían hectáreas de campo que, a esa hora, descansaban

tranquilas. Los únicos que las recorrían eran pájaros de diferentes tamaños. Mofándose de unos guardianes mudos de paja, señoreaban picando aquí y allá. Un par de ellos alzaron la cabeza para observarlo, dudando si echar a volar o no. El resto lo ignoró.

Hugo Valenzuela se descalzó.

La tierra estaba caliente: atesoraba las horas, los meses, los años de sol, como si creyera que en algún momento pudiera extinguirse. Descubrió un enjambre de huellas que la surcaban en todas las direcciones. Trató de amoldarse a algunas y seguir la ruta trazada. Pero sus pies eran demasiado grandes.

Si quería encontrar su camino allí, tendría que esforzarse.

Nadie podía marcárselo.

—¡Bendita agua! —oyó a sus espaldas.

Un suspiro partió el tiempo entre el antes y el después.

—Por fin vuelves—. Y él sintió en sus entrañas que esa frase, a penas susurrada, era para él.

Justo entonces, como si la lluvia hubiera esperado aquella voz dulce, sintió cómo la primera gota le golpeaba la frente.

La siguiente gota tardó varios segundos en llegar.

Segundos en los que el mundo pareció quedar detenido sobre sus cabezas.

«¿Cuánto rato llevará aquí, junto a mi?»

Lo supo sin pensarlo siquiera: toda una vida.

Miró el cielo: era gris perla, cubierto y compacto.

—¿A qué saben las nubes? —preguntó.

Y una risa clara y cristalina de niña lo cubrió todo, mezclada con la lluvia rabiosa que se desató: los campos que se extendían ante ellos, los raíles mordidos por el olvido, un viejo vagón lleno de mapas y treinta años de ausencias.

Aristóteles dijo que «la esperanza es el sueño del hombre despierto».

Después de muchos años, he vuelto a soñar despierto.

Mis jóvenes alumnos se ríen de mí: más de una vez me quedo ausente mientras ellos dibujan en sus mesas o descifran ecuaciones en la pizarra. Los mayores, cuando quieren molestarme, me llaman el Bello Durmiente. No lo consiguen.

¡Si ellos supieran!

Se confunden: en realidad, por fin estoy despierto, pero los recuerdos felices regresan desde el ayer sin avisarme y me envuelven. Miro el camino y no puedo evitar quedarme en suspenso, esperando que ocurra, que Quetzal llegue trotando a buscarme cuando acaban las clases como solía hacerlo.

Los sabores, los olores, los colores, los sonidos... todos tienen para mí un significado remoto. Busco conocidos en los rostros que me cruzo. Las anécdotas se me amontonan en la garganta, tratando de convertirse en palabras. Castigo los oídos de todos los que me rodean. Don Ernesto se ríe. Dice que ya se me pasará. Que es solo al principio. Juntos hemos llegado al final de este curso, del último curso de nuestra escuela Malinalli Tenepatl... Eso es lo que dice la carta que nos ha llegado desde la capital. Pero don Ernesto no puede leerla y yo no quiero.

Quizás no nos demos por enterados.

Nos juntamos por las tardes en su saloncito y comenzamos con los «y si...».

Entonces, son los sueños los que merodean a mi alrededor.

Y si hiciéramos esto, cuando pongamos en marcha aquello, construiremos, crearemos... me levanto el lunes así y me acuesto el domingo igual.

Valeria me deja hablar mientras me alcanza una pala para que cave o me señala las manzanas que esperan que las recojamos. No se detiene. Cabecea de cuando en cuando sin dejar de regar, apartar los tomates estropeados de los pedidos, firmar documentos. Pero yo sé que me escucha. Y que le gusta. Añoré mi voz, aunque no me lo diga.

Habla poco y promete menos.

No me ha dicho que sí. No me ha dicho que no. Ya han pasado dos meses.

A veces la descubro mirándome cuando cree que no la veo y en sus ojos brilla ese destello de sorpresa de los que no dan crédito a su suerte. Y por tanto, que esperan que esta se les escape en cualquier momento. Lo noto: teme el momento en que volveré a coger un tren hacía un futuro que no le pertenece, que no nos pertenece, que me pertenece solo a mí.

No hay prisa.

Borraré ese destello.

Estoy donde quiero estar.

No hay ningún otro futuro para mí que no sea el que marca su pelo negro cayendo por su espalda.

Agradecimientos

Este libro nació en un largo verano, que transcurrió entre Barcelona, Santiago de Chile, México DF y Mexicali. Un año, de sol en sol, cumpliendo un sueño largamente acariciado: vivir en América Latina, trabajando en proyectos sociales.

Barcelona. Una mañana de julio, recibí un email de Jaume P. desde Los Ángeles. Con setenta años cumplidos, se había ido a vivir allí para trabajar con las personas que menos tienen. En el mensaje que recibí solo había escrito: «A ti, que te gustan estas cosas». Y añadía un enlace de la entrevista a un maestro a punto de jubilarse en un diario local mexicano *online*. ¡Cuánto nos conocen los que nos quieren bien! La historia me atrapó nada más leerla. Y, sin ser consciente y a fuego lento, se me fue cocinando una novela, la que tienes en las manos. Novela que tuvo título antes que una sola línea escrita: «El último vagón».

Santiago de Chile. Tres meses después, cuando ya estaba instalada en el barrio de Providencia, los personajes se asomaron al jardín que compartía con dos amigas. Entre noviembre y abril de 2016, los personajes crecieron y empezaron a vivir sus aventuras por las noches. Porque el resto del día lo pasaba trabajando en una fundación, en primera acogida de personas migrantes. Un continente se desangra por sus costuras o fronteras. Lo que aprendí de todos los que llegaron hasta mi mesa en aquella pequeña oficina daría para otra novela. Un equipo joven se enfrentaba a dramas inmensos de gente buena y a algunos miserables que se esconden como sabandijas... y no les temblaba el pulso. Nunca tiraron la toalla porque reconocían la dignidad que escondía cada una de las personas que atendíamos, sin importar pasaportes, razas o lenguas. Un día ganábamos la partida, ¡un permiso de trabajo conseguido!, ¡concedida la reagrupación familiar!, ¡una denuncia contra un explotador tramitada! Otro día perdíamos. ¿Y? Al día siguiente, volvíamos a empezar.

Capítulo a capítulo, este libro fue adquiriendo forma. La felicidad suave de aquellos días, vividos en una Santiago amable y vibrante, lo hizo fuerte.

México. Con el manuscrito dormido en mi ordenador y el sueño de mostrárselo a Jaume truncado por su muerte llegada a traición, aterricé en mi siguiente destino. Era mayo. Dejaba atrás las lluvias de otoño santiaguinas y me lanzaba a los brazos de una primavera y un país que me iban a poner la piel y los sentidos del revés.

Todos deberíamos vivir una vez en Ciudad de México, fuera una semana o un año, y sentir el vértigo de esa urbe que de tan grande es inhumana, de tan caótica es absurda, y de tan salvaje resulta de todos y de nadie. Contradictoria hasta dejarte sin aliento, del ruido del Zócalo a la calma de la casa de Frida en Coyoacán, de las cosmopolitas La Roma o La Condesa a los suburbios más duros... Durante seis meses, recalé tres veces en la capital, que se convirtió para mí en puerto seguro, donde curar heridas, atar cabos y dar y recibir amor.

Esta ciudad fue también puerta de entrada a una de las experiencias más grandes que he vivido y que, estoy segura, añoraré por lo que me queda de vida.

Todos y cada uno de los días que pasé en Mexicali fueron especiales por ser intensos. Y eso son muchos días y mucha intensidad.

Cuando llegas a Mexicali en mayo crees estar llegando en lo profundo del verano. Te reciben un sol inclemente y un desierto que parece no tener fin. Seguramente, esta ciudad fronteriza no entraría en la lista de paraísos a visitar para nadie... excepto para mí. Grandes extensiones de casas bajas, colonias a medio destruir o construir —uno nunca sabe—, descampados y polvo, mucho polvo. ¿Un par de árboles? ¿Quizá tres? Muchas tiendas oxo, carritos de tacos y coches. Y un solo muro, pero tan imponente, que es capaz de dividir un continente tratando de dividir una ciudad. A un lado, los ricos, los pobres al otro. Un muro que arranca en el desierto, lo recorre por 300 kilómetros ocupando las mentes y los corazones de todas las personas que arrasa a su paso, y acaba perdiéndose en el Océano Pacífico, a los pies de Tijuana.

Llegué con mil ilusiones, sueños y certezas, algún prejuicio escondido, y ningún realismo. Transité mil penas compartidas y muchas rabias ante tanta injusticia, siempre acompañada de verdaderos amigos de todas las edades. Viví una alegría que de tan pequeña era enorme. Me fui cargada de amor y esperanza de que otro mundo es posible, porque hay gente que se ha puesto a conseguirlo. «Mucha gente pequeña haciendo cosas pequeñas en lugares pequeños puede cambiar el mundo» dijo Galeano y a nosotros nos gusta repetirlo en aquel rincón perdido. Aquellas personas no me cambiaron la vida, me la devolvieron dándole sentido a cada segundo.

Siento Mexicali y me corren tantos nombres por las venas que el corazón se me pone a cien y se colapsa. Todo pasa por una arteria, la calle Misión Santa Inés. Allí estaba todo mi universo: mi casa, mis amigos, mi escuela... A veces visitaba una galaxia cercana, pero con la añoranza de volver allí. Pensar en los que me

acompañaron y escribir sobre ellos es mi pequeño homenaje a tantos guerreros de la batalla de vivir.

Las Escuelitas de Tareas, en las que trabajé, son una constelación de luz en medio de la oscuridad. Más de veinticinco estrellas iluminan las colonias más castigadas de Tijuana y Mexicali, en una de las fronteras más feas del mundo. Sus maestros tienen entre trece y diecisiete años, sus directoras son mujeres de las propias comunidades con solo la primaria. Y entre todos son capaces de tejer redes de amor que recogen a los que caen. A través del juego, los cuentos, los dibujos, las sumas y muchos abrazos, todos aprendemos. Mis niños y mis maestros me acogieron durante medio curso. Me dejaron aprender de todos ellos que un día, sin una sonrisa y un beso, es un día perdido.

A 52 grados, ¿viven solo los cactus? No. Los tíos y niños del Cachiverano me demostraron durante todo julio que no solo se vive, sino que se es feliz. Cuando ya creí que mis tiempos de campamentos habían acabado, me pasé cuatro semanas buscando a Hansel y Gretel, haciendo batallas de agua y preparando crepes... para ochenta pequeñajos. De aquellos días son también el agradecimiento inmenso para un grupo de mujeres con el que hicimos el taller de «El árbol de la vida»: juntas compartimos todos los dolores que nos recorren, los sueños que nos levantan, los amores que nos conforman. Muy parecidos a los de los drogadictos en rehabilitación con los que íbamos a jugar algunas tardes o los inmigrantes haitianos y congoleños a los que acompañamos en su tránsito hacia el sueño americano.

Y un día, se acabó. Tomé un avión. Me planté en Nueva York y Boston, tratando de recuperar el aliento, rodeada de amigos. Y más tarde, otro avión, que me trajo a Barcelona de nuevo.

Pero no me trajo entera. Algunas hebras de corazón se me han quedado enganchadas en la piel de cada una de las personas que ya son parte de mí. Yo viajo con ellas y ellas viajan conmigo. Sin volvernos a encontrar, no nos separaremos nunca.

No estoy hecha de células, estoy hecha de nombres.

Claudia, María, Lili, Sole, Rosa, Irene, Lourdes, Pepe, Angelica, Katherine, Lorena, Aracelly, Delio, Ana, Ingrid, Gema, Nico, Daianna. Alba.

Hugo (gracias por hacerme mejor desde la diferencia, porque «digo rana» y

saltas para que nunca se nos muera este cariño a pesar de los kilómetros y los años), Javier (por estar dispuesto a quererme porque sí y por tu corazón elegante), Pedro (por tu alegría pícaro y tu generosidad), Pilar, Peter y Carmen.

A Dani y Pep, por resistir. A mi hombre en la frontera, Toni, a la todóloga Pathy, a mi Celeste, a Karla, la números, mami Rosi y Lupita, la mejor chef. A los que sueñan: Briana, Alejandro, Imelda, Manuel y Lupita. A mis siempre recordadas Karen y Cruz. A mis admiradas Blanca, Lorena, Maggi y su sobrina mágica, Estelita, Carlos. Esther, la poeta entre ladrillos y soles. Gabi y sus tesoros, mi tocaya Ángeles, Tacko, Marce, Letty, Rosa Noelia, Rosario B. y todas las coordinadoras de las ETC. A todos los niños de Misión del Ángel y a las princesas de Valle de Puebla. A la familia Ramos. A los únicos y inigualables peques de la ETC Calasanz: Emir, Samuel, Valeria... Dilan, Melani y Kahin, soñando siempre su felicidad. Y a los mayores como Yahaira, Nancy, Alejandra... A los de la mejor pandilla del mundo Lupita, Miguel, Vanessa. A mis compañeras de tiendita Yasmine y Yoseline... The Vega Brothers, Alexis, Guillermo, Luis y Brenda. Alba, Mireya, Alicia. Reyna, Dilan, Erika, Elizabeth y Heidi. Bere y Luna. Anna, Gallo, Ana Laura, Imma y Luis. Javier F. Luis Felipe, Hilario, Fernando, Hermes, Federico.

Luca, Abril, Belén y Nico, para que sean, lo que quieran, pero sean. Con pasión y compasión.

Esther, por confiar una vez más en mí, más que yo misma, y en mis pequeñas historias.

Y dedicado a todos los que, por mala memoria y no por falta de amor, no encuentren aquí su nombre a pesar de formar parte de ese largo verano.